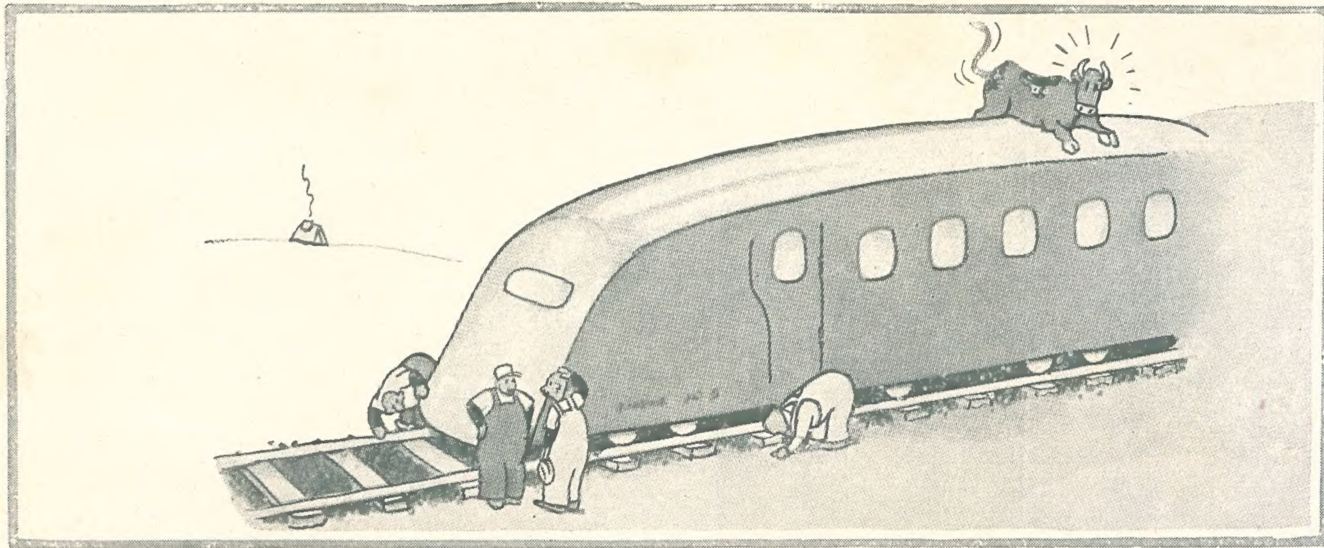
Mundo Argentino

Año XXV - Nº 1267
MAYO 1º de 1935

"ONA"
Por Rodolfo CLARO

20 *centavos en toda la República*



SALPICON

—Sin embargo, yo tengo la seguridad de haber atropellado a una vaca.

(De "The Saturday Evening Post", N. York)

Anecdotario

Visitó el rey de Cerdeña una ciudad de su reino cuyos habitantes estaban en la mayor miseria, y quedó asombrado al verlos con traje de fiesta, y al notar los festejos que le habían preparado.

Como manifestara su extrañeza, alguien le contestó:

—Señor, sabíamos la llegada de vuestra majestad, y hemos hecho lo que debemos y "debemos" lo que hemos hecho.

* *

Decía a Madame de Maintenon la duquesa de Borgoña:

—¿Sabe usted por qué las reinas de Inglaterra gobiernan mejor que los reyes?... Porque bajo el reinado de las mujeres gobiernan los hombres, mientras que bajo el reinado de los hombres gobiernan las mujeres.

* *

El famoso Pico de la Mirandola tenía mucho ingenio desde su infancia. Era aún un niño cuando a un caballero, bastante anciano, se le ocurrió decirle: "Los niños que son tan ingeniosos a vuestra edad se ponen estúpidos al alcanzar la plenitud de su desarrollo."

—Entonces, señor — le contestó Pico de la Mirandola, — nadie debe haber sido, cuando niño, más ingenioso que usted.



¡TITO! Por CARL ANDERSON (De "The Saturday Evening Post".)



—Yo voy a almorzar. No pierdas de vista al detective.

(De "The Passing Show", Londres)

GREGUERIAS

Los hombres que se cruzan de brazos parecen estar afrontando una revolución o una batalla.

* * *

Hay unos puentes en los que el tren entra muy despacio, como para que no se enteren y se vayan a caer.

* * *

Los violines que el artista afina dejan sembrado el aire de pelillos musicales.

* * *

Parece que a esos gatos que chillan tanto los ha mordido el cocodrilo de la noche o los ha pisado un fantasma.

Ramón Gómez de la Serna.

Orgullo y humildad

Un día, en el palacio de los califas, en Bagdad, hubo una larga discusión entre una alfombra y un estandarte de guerra.

El estandarte, cubierto de tierra, decía a la alfombra, con suspiros:

—Aquí estamos los dos en la misma corte. Servimos al mismo amo. Pero, ¡cuán diferentes son nuestros destinos!

"Yo no tengo un día de descanso ni de tranquilidad. Mientras que tú estás siempre encerrada y al abrigo de todas las intemperies. No temes soportar ni los asedios a las ciudades, ni las fatigas del desierto, ni los vientos y la tierra.

"Mientras que yo tengo que dar la señal de todas las expediciones, tú estás rodeada por jóvenes doncellas, tiernas como las rosas. En cambio yo estoy siempre en andanzas, cargado de cadenas o perpetuamente agitado por los vientos."

Y la alfombra le contestó:

—La razón de nuestra vida consiste en que yo soy humilde y no tengo la pretensión, como tú, de llevar mi cabeza enhiesta al aire.

Saadi.

CANTARES

No esperes que una mudanza
me dé la tranquilidad;
que amo en ti más la esperanza
que en otras la realidad.

* *

Está tu imagen, que admiro,
tan pegada a mi deseo,
que si al espejo me miro,
en vez de verme, te veo.

* *

Cuantos te han tratado y tratan,
en tu amor aprender suelen,
todos, las penas que duelen;
yo, los dolores que matan.

* *

Las malas son esas penas
que, sin matar, nos maltratan;
las que de un golpe nos matan,
¡esas sí que son las buenas!

* *

Te pintaré en un cantar
la rueda de la existencia:
pecar, hacer penitencia,
y luego vuelta a empezar.

Ramón de Campoamor.

PRECIOS DE SUBSCRIPCION:

Mundo Argentino — Semanario Ilustrado	REPUBLICA ARGENTINA — CAPITAL E INTERIOR	EXTERIOR — TODA AMERICA Y ESPAÑA	EXTERIOR — DEMAS PAISES
1 año (52 números)..	$ % 9.—	$ % 11.—	$ % 15.—
6 meses (26 „)..	„ „ 5.—	„ „ 6.—	„ „ 8.—

Dirección y Redacción: RIO DE JANEIRO 300
U. T. 60, Caballito 1020 - 29

OFICINA DE AVISOS Y SUBSCRIPCIONES:
Avenida Diagonal ROQUE S. PEÑA 655
U. T. MAYO (38) 2012, 2013 y 2031 al 2033.



Mundo Argentino

SEMANARIO ILUSTRADO

APARECE LOS MIÉRCOLES

Buenos Aires, 1º de Mayo de 1935

NUESTRO PROXIMO NUMERO

SUMARIO:

FUNDADOR

ALBERTO M. HAYNES

LA FIESTA DEL TRABAJO

El significado del 1º de Mayo es conocido. Fué originariamente un acto de protesta local promovido en el seno de la clase proletaria por la ejecución de un bárbaro castigo, pero con el correr de los años ennoblecióse el símbolo hasta convertirse en lo que es, vale decir, en la augusta Fiesta del Trabajo, conmemorada en todo el mundo, sólo que perturbada más de una vez por

EL CHOQUE DE PASIONES SECTARIAS QUE LOS POLITICOS ESTIMULARON EN PROVECHO PROPIO,

encargándose de alimentar el fuego de un odio sin sentido, en países como el nuestro, de sólida estructura democrática. Por este camino aconteció que hasta se llegara a celebrar el 1º de mayo con una huelga revolucionaria, lo cual era un contrasentido. Se consideraba entonces que el capital era un enemigo implacable, devorador de hombres, y la consigna consistía en abatirlo a cualquier precio. Los trabajadores, aviesamente conducidos, perdían contacto con la verdadera realidad social. Las huelgas eran agresivas y se decretaban en pos de fugaces e impacientes conquistas. La cátedra y la literatura se pusieron al servicio de los demagogos para coronar esta empresa demoledora, hasta el día en que la gran guerra aconsejó bruscamente quemar las viejas tablas, demostrándonos que nos habíamos entretenido demasiado en vanas posturas sociales, ajenos al hondo drama de la historia. Sobre los escombros de tamaño incendio, en el que todos los ideales ardieron con análoga violencia, flotaba la común perplejidad del hombre — proletario o burgués — que ha perdido su bienestar.

LAS HUELGAS, QUE FUERON LA NORMA, SON AHORA EN EL MUNDO CIVILIZADO LA EXCEPCION

estéril. La huelga es una llave herrumbrada que no abre ninguna puerta. En nuestro país, las últimas estadísticas prueban elocuentemente cómo, por fortuna, los trabajadores han evolucionado hacia una más clara y permanente conciencia de sus derechos, y han aprendido a comprender que lejos de ser enemigos son solidarios aliados del capital, porque el capital implica posibilidades de ocupación, y sólo de su proficuo y equitativo empleo es dable esperar el goce de esas promesas que las más avanzadas legislaciones, como se ve, defraudan. Ya, quien más, quien menos, sabe en qué consiste el decantado comunismo, que ha hecho correr mares de tinta durante largos años, y esta es la hora en que los asalariados comprueban cómo todos sufrimos los males que aquejan a las vilipendiadas industrias, al comercio internacional y a los mercados de cambio. Honradamente fué reconocido hace poco tiempo en el congreso argentino que "ahora sobran tierras, y que contra lo que tan insistentemente se había venido pensando, aunque se repartieran éstas, no se solucionaría el problema de la desocupación y del hambre del pueblo". Pero lo importante es saludar el advenimiento del trabajador, que ya no apela a la huelga como a un instrumento de defensa para su clase.

SOLO CUARENTA Y DOS CONFLICTOS OBREROS SE PRODUJERON DURANTE EL AÑO 1934 EN EL PAIS,

lo cual significa una cifra ínfima en las estadísticas de la especie. De esta cifra, casi la mitad — diez y ocho huelgas — son todavía el fruto de agitadores profesionales que operan emboscados y acerca de cuyas intenciones ya saben a qué atenerse los asalariados inteligentes. Agréguese que sólo en cinco conflictos se probó la razón que les asistía para otorgarles en estricta justicia las concesiones que perseguían, y se tendrá la sensación cabal del descrédito en que ha caído el viejo expediente, que en suma no era otra cosa que el licencioso aprovechamiento de la clásica ley de la oferta y la demanda, reguladora de las relaciones entre los hombres. Lo cierto es que

LAS MEJORAS QUE DISFRUTA LA CLASE TRABAJADORA LAS HA OBTENIDO MEDIANTE EL EJERCICIO DE SUS DERECHOS POLITICOS,

única gimnasia fecunda, compatible con el respeto a las instituciones del país. Mejoras éstas de extensión y calidad tal, que superan aun a las de los estados proletarios. Y la evidencia de la fuerza que esta conducta implica, adquiere repentina sazón en los doscientos mil sufragios con que la capital ha consagrado su representación en el Senado. Hay, pues, el derecho de celebrar este 1º de Mayo como la Fiesta del Trabajo fecundo, de la concordia laboriosa destinada a asegurar el engrandecimiento nacional y la prosperidad común por el camino que nos señalan las convicciones democráticas y el sentimiento de la Constitución.



UNA GRAN VIDA ARGENTINA en TRES

tiranía de Rosas, el triunfo de Caseros

UN ACTOR DE LA HISTORIA Y TESTIGO DE GRANDES HECHOS

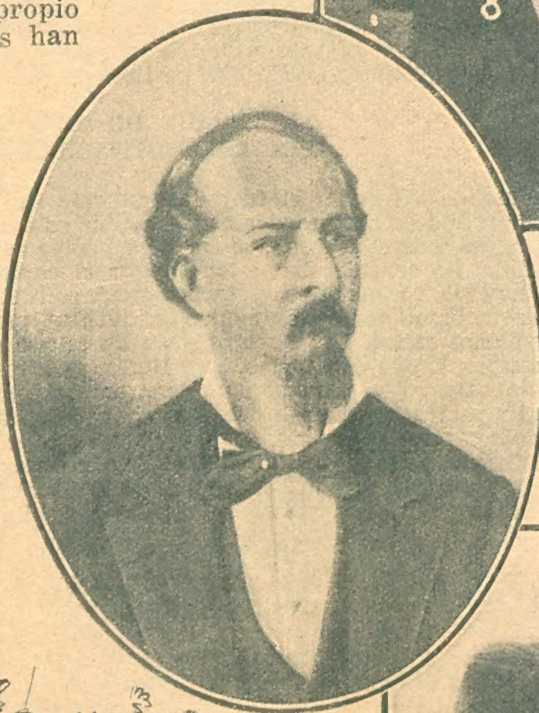
RECIENTEMENTE se ha celebrado, con carácter de loa nacional, el primer centenario del nacimiento del doctor Francisco S. Soler. Con este motivo, las publicaciones de toda la república han recordado al pueblo argentino los méritos de tan insigne varón. Pero mucho más interesantes que los datos biográficos de los hombres eminentes son sus anécdotas. Estas arrojan siempre una vivísima luz sobre los acontecimientos históricos y sus personajes, que en vano buscaríamos en los documentos oficiales. Por eso, dejando de lado fechas y datos que ya conocéis, vamos a relatar una serie de sabrosas anécdotas, tomadas de una libreta de apuntes del propio doctor Francisco S. Soler, y que nos han facilitado sus dignos descendientes.



Una reliquia histórica: grupo de médicos graduados en la Facultad de Medicina de Buenos Aires, el día 11 de abril de 1860: 1, José Teodoro Baca; 2, V. Casullo; 3, Esteban del Castillo; 4, Manuel Verdier; 5, Vicente García; 6, Pedro Matos; 7, Juan A. Mendilaharzu; 8, Carlos M. Querencio; 9, Francisco S. Soler; 10, Clodomiro Corbalán; 11, Santiago Larrosa; 12, Emilio García Wich.

ROSAS PERSEGUIA Y DESTRUIA A LOS INDIOS; URQUIZA LOS PROTEGIA Y EDUCABA

El doctor Soler nació precisamente el mismo año en que a Rosas se le confería la suma del poder público, esto es, en 1835. Quiere decir que la infancia y los primeros años de juventud del doctor Soler transcurrieron en pleno delirio rosista; cuando no se podía circular por las calles sin una cinta roja en la solapa (los hombres) y un moño del mismo color en el pelo (las mujeres); cuando era obligatorio encabezar los documentos públicos y la correspondencia privada con el pintoresco grito: "¡Viva la Santa Federación! ¡Mueran los salvajes unitarios!"; cuando no se permitía oficiar actos religiosos si los altares no estaban presididos por un retrato del Ilustre Restaurador...



Retrato del doctor Soler a los treinta años de edad, cuando se incorporó al ejército argentino al iniciarse la guerra del Paraguay.

El doctor Soler cuenta sus impresiones y las de Buenos Aires en el día que se dió la batalla de Caseros. Tenía él diez y siete años y estudiaba medicina. Desde muy temprano, y durante gran parte de la mañana, los habitantes de Buenos Aires habían escuchado, llenos de ansiedad, el estampido de los cañones y de la fusilería como ecos lejanos. Los porteños vivieron durante ese día horas de aguda angustia, pues hasta las últimas horas de la tarde no se supo con certeza quién era el verdadero vencedor. Por la noche llegaron las tropas triunfadoras de Urquiza, que fueron recibidas y escoltadas por el pueblo entre aclamaciones de júbilo. En las calles de Buenos Aires no hubo lucha de ninguna clase.



Birrete que usó el gran patriota doctor Francisco S. Soler, al graduarse de médico el 11 de abril de 1860.



"Al día siguiente — cuenta el doctor Soler — fuí con mi padre — contemporáneo y amigo del general Urquiza — a ver a éste en su campamento de Palermo, para pedirle la entrega de algunos prisioneros conocidos que se habían batido en las filas de Rosas.

"Lo que más me impresionó al llegar a Palermo fué la disciplina perfecta de los regimientos de Urquiza, formados por indios de las tribus que educaron los jesuítas, raza indígena pura, de tipo espléndido, y que evidenciaban en su porte y maneras la educación heredada de los jesuítas y la obra civilizadora del caudillo entrerriano."

Como veis, la antítesis entre Rosas y Urquiza es completa: el primero organiza a

ETAPAS de NUESTRA HISTORIA: La famosa expedición al desierto para destruir y la guerra contra el Paraguay

Comentada por JOAQUIN LINARES

famosa expedición al desierto para destruir a los indios; el segundo los instruye y disciplina..., y gana con ellos la batalla de Caseros que libra al país de la tiranía.

ROSAS HACIA LADRAR A SUS ENEMIGOS...

"¡Fué aquella una época excepcional; tiempos duros y crueles! — anota en su cuaderno el doctor Soler. — ¿Quién no recuerda al degollador Oribe? Era entonces mi jefe el eminente médico doctor Angel María Donado. Prisionero de Rosas el doctor Donado, el tirano se lo envió a Oribe, quien lo hizo hacer de perro con collar en el cuello y un palo en tramojo que le obligaba a andar en cuclillas. El doctor Donado tenía que ladrar y comer como un perro. Cuando Oribe le arrojaba un hueso tenía que gritar: ¡guau!, ¡guau!, y arrojarse sobre el despojo. Esto me fué contado por el propio doctor Donado, que era una persona cultísima, un caballero distinguido, veraz y altivo como un antiguo hidalgo. Urquiza, sabiendo que Donado era médico, se lo pidió a Oribe y lo hizo cirujano de sus ejércitos."

Que recojan esta anécdota auténtica los jóvenes historiadores que en estos días quieren reivindicar la memoria de Rosas, con motivo de cumplirse el primer centenario de la tiranía, esto es, la suma del poder público otorgado a Rosas por el pueblo el 28 de marzo de 1835.



Perfil romántico del Buenos Aires unitario y rosista: don Francisco Soler, padre del doctor Francisco S. Soler.

La figura patriarcal del doctor Francisco S. Soler, poco antes de morir, a los ochenta y ocho años de edad, después de una vida fecunda en buenas obras y altos hechos. Fué médico distinguido, soldado valiente, abnegado filántropo, legislador, catedrático notable y organizador de institutos docentes.

Fran.co S. Soler
D.or en Medicina

Recuerdo de la Gran Aldea: chapa de mármol que usaban los médicos del Buenos Aires antiguo, hace sesenta años.

EZEQUIEL PAZ COMBATIA CON EL FUSIL Y CON LA PLUMA

El distinguido médico y abnegado filántropo que fué el doctor Soler, alternaba los libros de estudio con los campos de guerra, como los antiguos caballeros. Aquí lo vemos actuando en uno de los episodios memorables de la historia argentina: la batalla de Pavón.

"Después de la derrota de Pavón — cuenta el doctor Soler — el doctor Donado y yo nos dirigimos a Rosario y, al llegar a sus suburbios, desde una azotea, un centinela nos dió el grito: "¡Alto! ¡Quién vive!"

"— Somos los médicos — respondimos.

"— ¿Soler está vivo?

"— Sí, aquí estoy... — contesté.

"— ¿Y Donado?

"— Aquí está...

"El centinela que nos reconocía era Ezequiel Paz, quien dirigía en Rosario un diario muy combativo y estaba vinculado a la familia de los fundadores de "La Prensa".

EN LA GUERRA DEL PARAGUAY FUE MEDICO DE MITRE

Después de algunos años de relativa tranquilidad nacional, en los que el doctor Soler pudo consagrarse a su fecunda obra de educador, organizador de establecimientos docentes y a la práctica austera de su profesión, se produjo la guerra contra el tirano del Paraguay, Francisco López, quien soñaba con ser emperador de Sur América. El doctor Soler se incorporó como médico al ejército argentino, actuando en toda la sangrienta y espantosa campaña que duró seis años. Su valor y abnegación fueron tan ejemplares, que llegó a conquistar por méritos de guerra el grado de coronel, y numerosas condecoraciones de los gobiernos argentino, uruguayo y brasileño.

"En Tuyutí — refiere el doctor Soler — asistí, en consulta, al general Mitre, que padecía de un ataque de enteritis, provocado por las malas aguas que se bebían."

Y a continuación relata esta anécdota:

"En la sangrienta batalla de Curupaytí era mi ayudante el practicante José Antonio Ortiz Herrera, que luego fué gobernador de Córdoba. Atendíamos a dos heridos debajo de un árbol. De pronto, un espantoso estruendo se produce sobre nuestra cabeza... y veo a Ortiz que, lívido y consternado, me indicaba a su paciente, a quien acababa de matar una granada, dejándonos a nosotros milagrosamente ilesos. A Ortiz, a quien el movimiento que hizo para tomar la tijera de operar le salvó la vida, se le había caído el gorro al suelo. El peligro nos había acostumbrado a todo, y estas tragedias que a cada instante presenciábamos no nos quitaban la serenidad. Yo no me inmuté, y para devolver el ánimo

(Continúa en la página 53)



Vivía despreocupado y feliz, y, de pronto. . .

LA DELACION

SONO el teléfono en el despacho de Edmundo Dranti, y éste dejó en el borde del libro la lapicera con que estaba escribiendo, y se dispuso a atenderlo. Tomó el tubo y se lo aplicó a la oreja, diciendo:

—¡Hable!

Al otro lado del hilo una voz de mujer, preguntó:

—¿Hablo con el señor Edmundo Dranti?

— Con él mismo. ¿Quién habla?

— Cualquiera. ¿A qué decirle mi nombre, si no me conoce?

— Bien. ¿Qué desea?

— Pues... Usted perdonará, señor Dranti, que, sin tener el gusto de conocerle, me dirija a usted. Pero en cambio tengo el gusto de conocer a Sofía, su esposa...

Edmundo Dranti se sentía molesto por tantos inútiles circunloquios.

— Bien, bien — interrumpió nervioso. — ¿Qué desea?

—¡Caramba, no se anticipe a los acontecimientos! ¡Ya tendrá usted tiempo de ponerse nervioso!

— Si no acaba de una vez, corto.

— Paciencia. Usted perdería más.

—¡Por favor! ¿Quiere decirme de una vez qué desea?

— Poca cosa. ¿Tiene usted... confianza en su esposa?

— No tengo que dar cuenta a nadie de eso.

— Y a mí menos, naturalmente. Pero quiero suponer que usted tiene plena confianza en su esposa.

— Piense lo que le dé la gana.

— Pues es lamentable, señor Dranti, porque Sofía no honra mucho que digamos su apellido.

—¡Qué está usted diciendo!

— La verdad. No tenía por qué darle a usted esta noticia, pues es usted un grosero y se merece todas las canalladas que puede hacerle su mujer.

—¡Imbécil! — gritó Edmundo en la bocina del teléfono, y colgó el auricular hecho una fiera. — ¡Imbécil! — repitió pasándose la mano por el rostro sudoroso y abrasado.

Tomó de nuevo la lapicera, pero no le fué posible seguir escribiendo. La noticia que acababan de darle le había puesto en tal estado de nerviosidad que hasta se temía a sí mismo. ¿Era posible que su adorada Sofía, la mujer a quien él se había entregado con los ojos cerrados, llenándola de comodidades y venturas, le pagara afrentándole? ¿Y quién sería aquella mujer desconocida que le daba la noticia? ¿Podía ser otra cosa que una despechada o una celosa, que se vengaba así de esa otra mujer que sin duda le había despojado de "su hombre"? Esto debía ser, evidentemente, además de ser una cobarde y una infame, pues se valía de él, ¡de él que vivía tan feliz y tan confiado!, para realizar su venganza. Obrando así, no exponía nada y podía ganarlo todo. Por no darle gusto, Edmundo Dranti llegó a pensar en no tomar ninguna medida, en no decir una sola palabra a su mujer. Pero, no bien se hizo este propósito, sintió una inquietud devoradora. No; él no podía continuar guardando aquel terrible secreto, mostrándose afectuoso con Sofía. ¡No! Su orgullo de hombre honrado, recto, le imponía la venganza, el castigo.

Empezó a pasearse por el despacho como una fiera dentro de su jaula. Y mientras se paseaba, su mente seguía batallando; concibiendo y desechando propósitos. Tan embebido estaba en sus meditaciones que no oyó el pito de los talleres, ni se dió cuenta de que enmudecían las maquinarias que durante ocho horas diarias hacían trepidar el despacho con su ruido y su movimiento. Volvió a la realidad recién cuando su secretario se asomó a la puerta del despacho para preguntarle:

—¿Se le ofrece algo, don Edmundo?

—¡Ah! Nada, nada, Margol; puede usted retirarse.

En cuanto hubo desaparecido el secretario, Edmundo Dranti tomó su sombrero de la percha y salió. Afuera, arrimado al cordón de la acera, le esperaba el auto que, como todos los días, había venido a recogerle.

Ya en su casa, pasó al comedor. En él lo esperaba Sofía, radiante como siempre. Se acercó a ella y le besó en la frente. Sofía le devolvió el beso con una sonrisa en la que se transparentaban su bondad y su dicha. Durante el camino, Edmundo habíase formado un propósito: no decirle una sola palabra, ni siquiera demostrarle su inquietud. El era uno de esos hombres extraños que sólo creen lo que ven, y, antes de proceder, quería cerciorarse de la verdad. ¿No podía ser aquello una calumnia? Si podía serlo, en efecto, ¿a qué anticiparse, infiriendo a aquella pobre mujer, confiada y agradecida, el insulto de su duda?

Almorzaron en medio de la cordialidad de siempre. Hablaba ella, y él le escuchaba atentamente; hablaba él, y ella se derretía escuchándole. ¡Como siempre! ¡Como siempre!

En los breves momentos en que callaban, Edmundo le clavaba los ojos, queriendo descubrir en su rostro hermoso las huellas de la traición; pero era inútil su afán; no lograba



Almorzaron en medio de la cordialidad de siempre. Hablaba ella, y él la escuchaba atentamente.

de una desconocida puso una sombra negra en su corazón.

CUENTO POR

ELENA S. MUÑOZ

descubrir la más mínima huella. ¿Era posible que aquella mujer que trasuntaba bondad, agradecimiento, inocencia, pudiera ser una desleal? No; no era posible. Si por desgracia lo era, su castigo debía ser ejemplar. Cuando Sofía levantaba los ojos del plato para fijarlos en él, Edmundo desviaba los suyos, avergonzado de su asedio. Y seguían conversando, amablemente, como dos enamorados llenos de ilusiones.

Cuando terminó el almuerzo se retiraron, como siempre, cada cual a su habitación. Ya en la suya, Edmundo Dranti hizo sonar la campanilla, llamando a la criada, que a poco se presentó en la puerta, inquiriendo:

—¿Llamaba el señor?

— Sí. Necesito hacerle unas preguntas...

— Usted dirá.

Edmundo se sintió de pronto como humillado. ¿Era posible que él, tan digno en todo momento, descendiera a interrogar a una sirvienta? No; todavía no había perdido esa gran dignidad que era su orgullo. La criada, de pie frente a él, tornó a preguntar:

—¿Llamaba el señor?

— Sí..., pero no necesito nada...; disculpe.

A la hora de siempre regresó a su despacho en la fábrica. No dudaba de Sofía y, por lo tanto, no podía tomar en serio aquella delación anónima. Quiso consagrarse a sus tareas; pero le fué imposible. A pesar de su entereza, aquella revelación danzaba, incesante, en su mente. De pronto desaparecían las letras y los números del libro en que escribía, y aparecían en su lugar su mujer... y "otro"; un hombre desconocido que la estrechaba entre sus brazos, y que la besaba, y que...

No podía más; volvió a tirar la lapicera y volvió a pasearse por el despacho, como por la mañana. No quería pensar y, sin embargo, los pensamientos acudían a su mente, atropellados, terribles..., y así no podía seguir. Necesitaba desahogar su corazón; que alguien le escuchara y le convenciera de que su Sofía era la más honrada de las mujeres, aunque al decirle tal cosa le engañara sin compasión. ¿Y quién podía decírselo... sino ella? Pues iría a ella y le pediría que libertara su cerebro de aquella tortura enloquecedora. Luego le pediría perdón por haber dudado, por haber creído posible la acusación de que la había hecho objeto aquella despiadada desconocida. Tomó el sombrero y salió como disparado. En un taxi se hizo conducir a su casa. Iba el coche velozmente por la calle Segurola, y de pronto, inesperadamente, como si el cielo o el demonio acudiera en su ayuda, vió descender a su mujer de su coche y penetrar en una casa de humilde apariencia.

Este descubrimiento le dejó helado, como si le hubieran vaciado las venas. Hizo detener el coche a la cuadra siguiente, y, desde su interior, acechó el otro coche, asomando apenas la cabeza. La espera no fué larga, pero para él fué infinita. Cuando su mujer abandonó aquella casa, él se encaminó a ella. No podía ser más humilde. Se extrañó sobremanera que su mujer pudiera tener una cita con un hombre en semejante lugar. Se asomó a la puerta y vió que tres niños de corta edad jugaban en el patio. Dos varones y una niña. Al ver a ésta su corazón tuvo un vuelco. ¡Aquella criaturita era el vivo retrato de Sofía! ¡Era una Sofía en miniatura! ¿Sería hija de ella aquella niña? Una oleada de sangre le enrojeció el rostro y le hizo sacudirse como afiebrado. ¿Era posible que su mujer tuviera una hija? Pero ¿una hija de quién? Mil encontrados pensamientos se entrechocaban en su cerebro, produciéndole un vivo dolor. Se paseó un momento por la acera, cavilando, rememorando... A fuerza de devanarse los sesos pudo recordar que Sofía, cuando él le declaró su pasión, le había dicho textualmente: "Tengo una mancha sobre mi conciencia, Edmundo; no merezco su amor"; pero él, que la amaba entrañablemente, que a pesar de ser hombre de honor no era un mojigato, le había respondido: "No quiero saber una palabra de su pasado, Sofía. Me basta con que no tenga que lamentar el porvenir"; y como ella le había jurado quererle y respetarle sobre todas las cosas, se había unido a ella, gustoso y orgulloso, y no había tenido hasta entonces el más leve motivo de queja. Pero... ¿Y esa niña? ¿Sería ella la "mancha" a que había aludido? Sí, en efecto, lo era, no le había engañado; no había tratado de ocultársela. El fué quien no quiso saber nada. Pero no le tenía desasosegado la existencia de aquel angelito, sino la existencia del padre, que acaso seguiría teniendo un gran ascendiente sobre su mujer. ¡Y esto, no!; esto no lo toleraba; esto no entraba en sus liberalidades.

Cuando, a fuerza de cavilar, se sintió un poco más calmado, se acercó de nuevo a la casa. En un arresto de decisión hizo sonar el llamador. Acudió una señora a atenderle. Entonces Edmundo, con voz lo más firme posible, pidió referencias de aquella niña, que seguía jugando en el patio. La mujer quiso negarse a darlas, quizá por consejo de la madre, pero al fin, cuando él le dijo que hacía poco había visto salir a Sofía de aquella casa, y que él era su marido, la pobre mujer ya no tuvo fuerzas para negar. Sí; aquella niña era hija de Sofía de Dranti, y ella se encargaba de su crianza; pero eso sí, poniendo tanto celo y amor en ella como ponía en sus hijos; esto lo dijo con orgullo de madre, muy justificado. Edmundo, averiguado todo esto, inquirió:

—¿Y el padre? ¿Se sabe algo del padre de la nena?

— No, señor — repuso la mujer sinceramente. — El padre... ha muerto.

—¡Ha muerto! — exclamó Edmundo con un terrible júbilo; y tornó a preguntar, recalcando las palabras: — ¿Ha muerto de verdad?

— Puedo jurárselo, señor.

— Entonces... no necesito saber más. — Llamó a la nena, le hizo unos cariños, enternecido y próximo a las lágrimas, y puso en su manita temblorosa un puñado de billetes. — Toma, chiquita, para que te compres muchos caramelos. — Y dirigiéndose a su interlocutora agregó, a media voz: — ¡Por caridad, se-

(Continúa en la página 9).



Los NERVIOS FEMENINOS y la BELLEZA

Mi querida María del Carmen:

¿Por qué estoy tan nerviosa?, me dices, y esa pregunta es la que formulan todas las mujeres que se sienten descontentas o amargadas porque han perdido o creen estar perdiendo el amor de su esposo o porque su corazón tiembla ante el paso alado del tiempo sin que el amor les haya ofrecido aún el fruto agridulce de la experiencia.

¿Por qué estoy tan nerviosa?

La respuesta puede hallarse fácilmente entre las líneas de sus cartas o entre las frases de sus confidencias. La solución del problema es, por supuesto, asunto más complejo.

Los "nervios" en una mujer son indicación de que algo falla, y muy seriamente, ya sea en su personalidad o en su ambiente, y a menudo ese estado nervioso desaparece mágicamente cuando las condiciones de vida son reajustadas, o, mejor aún, cuando cambia la propia actitud con respecto a estas condiciones.

Conozco a una mujer que llegó a los bordes de la postración nerviosa a causa del intenso sufrimiento, verdadera pesadilla, producido en ella por los amoríos de su esposo con otra mujer más joven. Hasta que un día comprendió, de pronto, que todas sus preocupaciones no alterarían el hecho y que era probable que perdiera el amor de su marido, a pesar de todos sus penares. Y ya que todos sus esfuerzos para conservarlo no daban resultados prácticos, ¿por qué no preservar a lo menos parte de la propia dignidad y cultivar no sólo una especie de curiosidad divertida en el pequeño devaneo presente, sino también una completa indiferencia por los futuros sentimientos del maduro Romeo a su respecto?

En su caso, esta maniobra mental llegó a la más perfecta de las conclusiones. Al marido descarriado no le pareció muy satisfactorio que una de las acreedoras a su cariño renunciara tranquilamente a él, y, más aún, que se mostrara muy de acuerdo en entregarlo a su rival con un gesto que casi podía interpretarse como de alivio.

Tampoco contribuyó a la calma de su espíritu ver a la regañona y taciturna compañera de ayer metamorfosearse súbitamente en un ser equilibrado aunque enigmático, cuya conducta digna y serena indiferencia hacían inesperadamente atrayente y deseable.

Pero cualquiera que fuera el resultado accesorio de tal decisión, ya sea que el marido hubiese vuelto al cariño de la esposa o resuelto, en cambio, continuar al lado de su nuevo amor, es evidente que aquélla había logrado, a lo menos, conquistarse a sí misma. Ya no sería una víctima de los propios nervios. Tuvo el buen sentido de ajustar su actitud a los hechos que ya no podía controlar, y logró así salvar no sólo su tranquilidad de espíritu presente, sino ahorrarse también muchas horas tristes en el futuro.

La experiencia adquirida en el trato con mujeres de edades distintas y diferentes clases sociales, me ha convencido de que casi universalmente el sexo femenino sufre a causa de la tiranía temporaria o crónica de sus nervios.

Y como la tuya, sus cartas y confidencias revelan muy frecuentemente las causas de tal anomalía a otros ojos que no sean los de las interesadas, quienes a menudo ignoran la fuente de su mal.

Cuando una mujer de treinta y siete años confiesa que a pesar de que gasta una fortuna en cremas y cosméticos no consigue borrar las pequeñas arrugas que circundan sus ojos y que son para ella objeto de tanta preocupación, y en seguida agrega que los nervios la dominan, el diagnóstico del caso es sencillo. No se trata de una perturbación física, sino mental cuya cura radica en un completo reajuste de los valores y de las ideas.

Existe además otro ángulo en esta cuestión. Los psicólogos modernos sostienen a menudo la teoría de que la mujer soltera es víctima de un perenne estado de secreta envidia de sus amigas casadas; que sus días están entristecidos y amargados porque cree que la que considera la mejor aventura de la vida le ha sido vedada. Es probable que los señores psicólogos tengan razón en muchos casos.

Pero si bien es cierto que el matrimonio, con todo lo que trae aparejado en experiencia, compañerismo, sueños compartidos y la dicha y responsabilidad de los hijos, desempeña un papel importante en el proceso de madurez y dulcificación del carácter de la mujer, ésta no se convierte necesariamente en un ser trunco y amargado por el hecho de permanecer soltera.

La Naturaleza es maestra en el arte de adaptar los seres a sus condiciones de vida, aunque es innegable que en este, como en todos los casos, existen excepciones, personas de temperamento reconcentrado y egoísta que se torturan porque creen que algo de lo que desean, o imaginan desear, les es denegado.

Por otra parte, todas conocemos a esas mujeres casadas que son solteronas mentales, así como también a esas deliciosas tías viejas cuyos propios frustrados instintos maternales encuentran expansión en el cariño y cuidado de los chicos de la familia o de la vecindad.

Desde luego, querida amiga, si crees que tu estado nervioso proviene esa sensación de fracaso de tus sueños, lo mejor que puedes hacer es casarte, ya que en la mano tienes la oportunidad.

Tal vez descubras que el matrimonio no es la estupenda aventura que anticipaban tus ilusiones. Tal vez ni siquiera sea una aventura en ninguna acepción de la palabra, sino una inquietud más, ya que la felicidad es esencialmente un estado mental, algo que cada uno lleva en sí independientemente de las circunstancias exteriores. Pero a lo menos tendrás la satisfacción de que tus amigas casadas te admitan en el círculo encantado de sus confidencias y de saber, en el fondo de tu corazón, que el matrimonio habrá enriquecido el caudal humano de tus experiencias.

Pero este no es el único punto de vista del problema de los nervios femeninos.

La nerviosidad es uno de los mayores destructores de la belleza de la mujer, y paradójicamente, cuanto más se preocupe ésta por su aspecto avejentado, tanto más vieja parecerá.

Pero dejando de lado ese miedo tan frecuente de la persona que teme envejecer porque cree que el paso de los años disminuirá sus atractivos a los ojos de su esposo, ¿por qué esa preocupación por las canas que son la manifestación normal de la madurez?

¿Son, acaso, los cabellos grises menos favorecedores que los tonos más obscuros de las cabelleras juveniles? ¿Cómo se explica entonces la antigua boga de las pelucas empolvadas y el reciente furor de las melenas platinadas?

Si la moda decretara súbitamente que los cabellos grises son elegantes, ¿cuántas mujeres se preocuparían del hecho de que las hiciera parecer de mayor edad? Después de todo, ¿puede darse algo más avejentador que algunos sombreros modernos? Y, sin embargo, tal consideración no nos impidió, por cierto, llevarlos.

La mujer moderna, en su ansiedad por prolongar la juventud a toda costa, olvida frecuentemente que la Naturaleza no ha podido aún acostumbrarse a la idea de que los cuarenta años deben tener la misma apariencia que los veinte. Pero, en cambio, esta sabia madre ha dispuesto que mediante cuidados normales y serenidad mental toda mujer puede retener su atractivo indefinidamente. Los cabellos sedosos, los ojos brillantes, los dientes hermosos, un cutis suave y una figura graciosa pueden adornarla mientras ella se quiera tomar la molestia de conservar tales atributos.

Lo importante para ti, como para todas las que se encuentran en tu caso, es, cuando el espectro de la perdida juventud empieza a hacer su medrosa aparición, recordar que es imprescindible ajustar la actitud mental, pasando de la envidia a las personas más jóvenes que carecen tal vez de muchos de tus atractivos a la apreciación de las propias y más maduras cualidades.

Estudia el modo de darles un fondo sentador y conviértete así no en la grotesca y pintarrajeada imitación de una colegiala, sino en un tipo distinguido, que las jóvenes tratarán inconscientemente de imitar. El exquisito cuidado, el ritmo en el andar, la gracia de los movimientos, son elementos de belleza que el tiempo no puede marchitar.

A veces me pregunto si el temido desvío del marido con frecuencia no se basa en la natural repugnancia por los métodos demasiado crudos que la esposa emplea para prolongar sus declinantes encantos. Los cosméticos, y entre ellos se cuenta la tintura para los cabellos, deben ser aplicados con gran habilidad para evitar el aspecto artificial, pero muchas personas, en sus frenéticos esfuerzos por aparentar juventud, los exageran a tal punto, què aumentan sus años en vez de disminuirlos.

Es evidente que existe una cualidad que todo hombre admira en su esposa, y es la de la dignidad. Nada hay de tan desagradable a los ojos masculinos como el espectáculo de una mujer madura que trata de portarse como una chiquilina.

La próxima vez que sientas esos "nervios" torturantes que te recuerdan el paso de la juventud, pregúntate si has estado cometiendo alguno de estos dos pecados. Estúdiate luego en el espejo y descubrirás en tu cara las huellas de la preocupación de envejecer. Llama entonces en tu ayuda a tus poderes de razonamiento, ya que nada es difícil ni duro una vez que ha sido serenamente aceptado. Nadie está obligado a ser víctima de la tiranía de sus nervios a menos que así se lo permita.

Y recuerda que muchas de las cosas que tememos no llegan a suceder en realidad, y que los reveses verdaderamente serios aparecen de pronto, cuando menos se los espera, sin darnos felizmente tiempo para anticiparlos.

Cuanto más fuerte y sana te encuentres, menos propensa te sentirás a esas depresiones infundadas, que han sido origen de más cabellos blancos y trazado más arrugas de las que podría causar toda una vida de problemas.

No pierdas tu encanto, María del Carmen, no te conviertas en una rezongona, no hagas que tu eficiencia disminuya a causa de la esclavitud que has permitido a tus nervios ejercer sobre ti.

Te abraza, *Vicky.*

FIN

La delación

(Continuación de la página 7)

ñora! Cuando la nena le pregunte quién soy yo..., ¡engáñela! ¡Dígale que soy su padre!...

Al decir estas palabras sus ojos brillaban como los de un niño que pugna por no romper a llorar.

En el mismo auto regresó Edmundo Dranti a su oficina. Se sentó a su mesa y se dispuso a trabajar. Una extraña sensación de bienestar le llenaba el espíritu. Durante el camino había resuelto cuál sería su actitud. Callaría; no le daría a su pobre mujercita el dolor de tener que echarse a sus pies, humillada. No tenía ningún derecho, desde que no había querido escucharle cuando ella había pretendido abrirle su corazón.

Pero aún siguió pensando. Su conciencia parecía reprocharle: "Es poco lo que haces por tu mujercita; aún puedes hacer algo más hermoso, más digno de ti, y que no te costaría mucho. ¿No dices que la quieres con toda el alma? Pues con eso basta para que te decidas." "¿Y qué puedo hacer?" "¿No lo adivinas? ¡Tonto! Darle la más grande de las alegrías. Depararle un hogar a su hijita. Llevarla a su lado... ¡Esto sería la mayor felicidad para ella! Es decir..., aún podrías darde una felicidad mayor. ¿No te gusta la nena? Yo he visto que la admirabas, que te la comías con los ojos... ¡Es buena, preciosa! ¡Es hija de tu Sofía idolatrada! ¿No te sentirías orgulloso de ser su padre?" "Sí, sí; me sentiría el más orgulloso de los hombres. ¡Quiero ser su padre; quiero hacer la verdadera felicidad de Sofía!"

Este diálogo, sostenido con su conciencia, resolvió definitivamente su situación. Sería una vez más digno de su Sofía; digno de todo, y en particular de sí mismo. En silencio, pero con el corazón, dió muchas, pero muchísimas gracias a aquella infame desconocida que, pretendiendo llenar de sombras su corazón, había colmado su vida de felicidades.

FIN

EL BARRIO QUE PERDIO SU JARDIN ZOOLOGICO

HAY algo más triste que una obra de arte mutilada?

Ya sea como indicaba Wilde, que la naturaleza imita al arte, ya que éste copia a aquélla, lo cierto es que se siente la misma desolación espiritual ante la naturaleza abandonada, ante la naturaleza construída y delineada por el hombre, y recobrada por ella nuevamente, sin plan alguno.

Cuando ambas desolaciones se juntan, el espectáculo es sencillamente imposible. Y eso, exactamente eso, es lo que ocurre en el jardín zoológico del Sur, transitoria y fugaz creación de un intendente que alguna vez consideró que el Parque Patricios estaba demasiado lejos de Palermo...

UNA LOBA DE LEYENDA

Del origen de Roma, la ciudad eterna, señora del mundo, no quedó más que la leyenda infinitamente poética de aquellos dos hermanos, Rómulo y Remo, amamantados por una loba. Y desde entonces la loba romana, llevada al bronce, perpetúa la histórica leyenda.

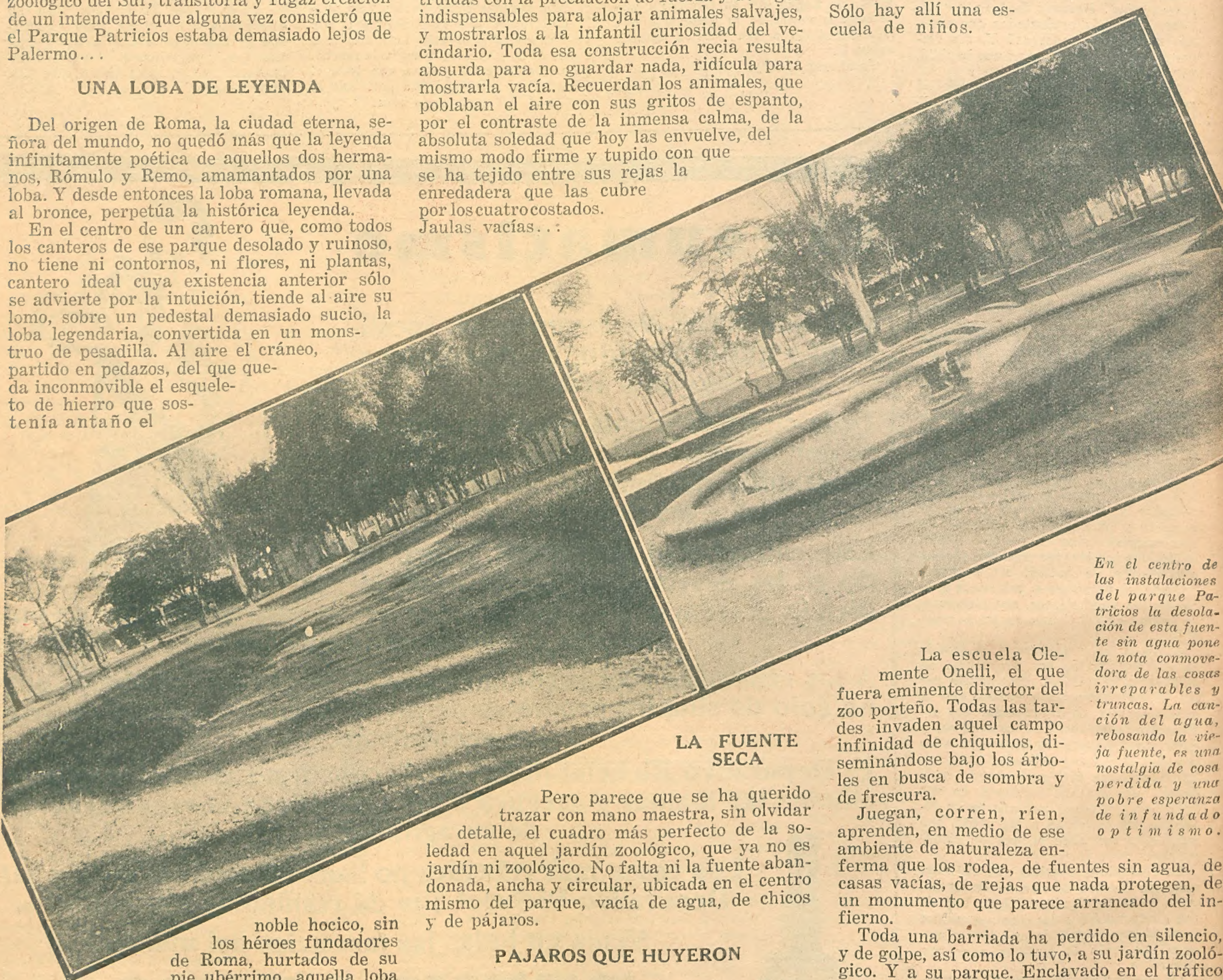
En el centro de un cantero que, como todos los canteros de ese parque desolado y ruinoso, no tiene ni contornos, ni flores, ni plantas, cantero ideal cuya existencia anterior sólo se advierte por la intuición, tiende al aire su lomo, sobre un pedestal demasiado sucio, la loba legendaria, convertida en un monstruo de pesadilla. Al aire el cráneo, partido en pedazos, del que queda inconmovible el esqueleto de hierro que sostenía antaño el noble hocico, sin los héroes fundadores de Roma, hurtados de su pie ubérrimo, aquella loba existe como conjetura, en sus dos cuartos. El resto deshecho, mezclado en hierro y cemento, tortura como visión de animal fabuloso, emigrado de las jaulas vacías que se apilan en el contorno. Todo da una triste impresión al paseante que se acerca a este lugar.

LAS JAULAS VACIAS

Cubiertas de enredaderas, con las puertas colgantes, torcidos los barrotes, abiertas las puertas, nueve jaulas enfiladas recuerdan los huéspedes que albergaron hace algunos años: el oso, el tigre, el lobo...

Hoy ya no hay nada en ellas, más que ruina y desolación. Y enredaderas. Y suciedad.

Como el hombre que despierta de pronto de una abstracción que lo dominaba íntegramente, así están aquellas nueve jaulas, construídas con la precaución de fuerza y de vigor indispensables para alojar animales salvajes, y mostrarlos a la infantil curiosidad del vecindario. Toda esa construcción recia resulta absurda para no guardar nada, ridícula para mostrarla vacía. Recuerdan los animales, que poblaban el aire con sus gritos de espanto, por el contraste de la inmensa calma, de la absoluta soledad que hoy las envuelve, del mismo modo firme y tupido con que se ha tejido entre sus rejas la enredadera que las cubre por los cuatro costados. Jaulas vacías...



Este es el camino abandonado que lleva a la fuente seca del jardín zoológico del Sur. Puede apreciarse en la presente foto el estado de los abandonados canteros.

En el centro de las instalaciones del parque Patricios la desolación de esta fuente sin agua pone la nota conmovedora de las cosas irreparables y truncas. La canción del agua, rebosando la vieja fuente, es una nostalgia de cosa perdida y una pobre esperanza de infundado optimismo.

LA FUENTE SECA

Pero parece que se ha querido trazar con mano maestra, sin olvidar detalle, el cuadro más perfecto de la soledad en aquel jardín zoológico, que ya no es jardín ni zoológico. No falta ni la fuente abandonada, ancha y circular, ubicada en el centro mismo del parque, vacía de agua, de chicos y de pájaros.

PAJAROS QUE HUYERON

Cerca de la fuente seca, como punto de convergencia de caminos borrados, surcados de maleza, se alza un templete circular. Las altas columnas yerguen al cielo su gracia esbelta. De columna a columna, una red de alambre y un techo revelan el destino preciso de aquella construcción: fué la casa de los pájaros. Hoy aquello es superfluo, injustificable, innecesario, sin destino. Los pájaros no sólo no están en su casa, sino que hasta parecen haber emigrado del parque, asustados de tanta ruina.

Los árboles no encierran nidos y se inclinan hacia la tierra de aquel parque, que ya ha dejado de serlo, perdido en el tiempo y en la memoria de la administración municipal. Los caminos interiores olvidaron su papel y ya no llevan a ninguna parte; se pierden entre el pasto alto y los yuyales, confundidos con antiguos bordes de canteros.

LA ESCUELITA DE NIÑOS

Sólo hay allí una escuela de niños.

La escuela Clemente Onelli, el que fuera eminente director del zoo porteño. Todas las tardes invaden aquel campo infinidad de chiquillos, diseminándose bajo los árboles en busca de sombra y de frescura.

Juegan, corren, ríen, aprenden, en medio de ese ambiente de naturaleza enferma que los rodea, de fuentes sin agua, de casas vacías, de rejas que nada protegen, de un monumento que parece arrancado del infierno.

Toda una barriada ha perdido en silencio, y de golpe, así como lo tuvo, a su jardín zoológico. Y a su parque. Enclavado en el tráfico agitado y febril, pulmón de ciudad, aquella obra del hombre ha vuelto a la naturaleza, acaso para señalar cómo es mejor la obra del hombre cuando corrige con amor a aquélla.

Sin pájaros, sin flores, sin agua, sin canteros y sin caminos, este parque es la imagen acabada y perfecta de la desolación.

Los vecinos se preguntan si este estado de cosas puede prolongarse mucho tiempo. No se concibe que todo un populoso barrio como el

Nos habla de él

JORGE BEN

del parque Patricios quede despojado así de uno de sus paseos predilectos, porque nosotros hemos visto hace tiempo, en un día domingo, converger hacia este destruído jardín zoológico una muchedumbre de hombres, mujeres y niños para distraerse contemplando a través de las rejas los representantes del reino animal que allí se alojaban.

Y es de esperar que se repare esta falta y que el parque Patricios vuelva a poseer su jardín zoológico, y que los canteros tornen a ser lo que eran, así como ese desgraciado monumento que comentamos adquiera la belleza que ostentaba. De lo contrario, este abandono edilicio será sencillamente imperdonable.

Esta loba, que en un tiempo fué romana, sin el Rómulo y Remo de la leyenda, y con la armazón de su cráneo deshecho igual que la parte superior, exige un retiro perentorio del resquebrajado pedestal, en obsequio de las normas más primarias del buen gusto y la estética.



Los pastos en medio del camino, que pueden observarse claramente en esta fotografía, revelan el absoluto descuido que impera en el parque zoológico del Sur, y contrasta singularmente con la nota alegre que ponen el sol y las palmeras exuberantes.



Estas son las jaulas enfiladas y vacías, envueltas por las enredaderas, con los yuyos que llegan hasta las puertas. Sucias y abandonadas, van camino de su ruina progresiva, después de la etapa inevitable del desahucio dado a sus antiguos huéspedes, impresionantes y feroces, que ya no están.



Este templete elegante, con sus capiteles corintios, destinado primitivamente a digno encierro de las aves cantoras, ha enmudecido y sigue el paso de derrumbe que imprime a todas las instalaciones del jardín zoológico del Sur un sello de desolada ancianidad inverosímil e injustificado.



Otro aspecto, tan elocuente como los anteriores, de la destrucción implacable de los canteros y jardines. Pueden observarse, tanto en el de la izquierda como en el de la derecha, los bordes destruídos y la prodigalidad de las malezas.

La boda del general Goering, primer ministro de Prusia y brazo derecho de Hitler



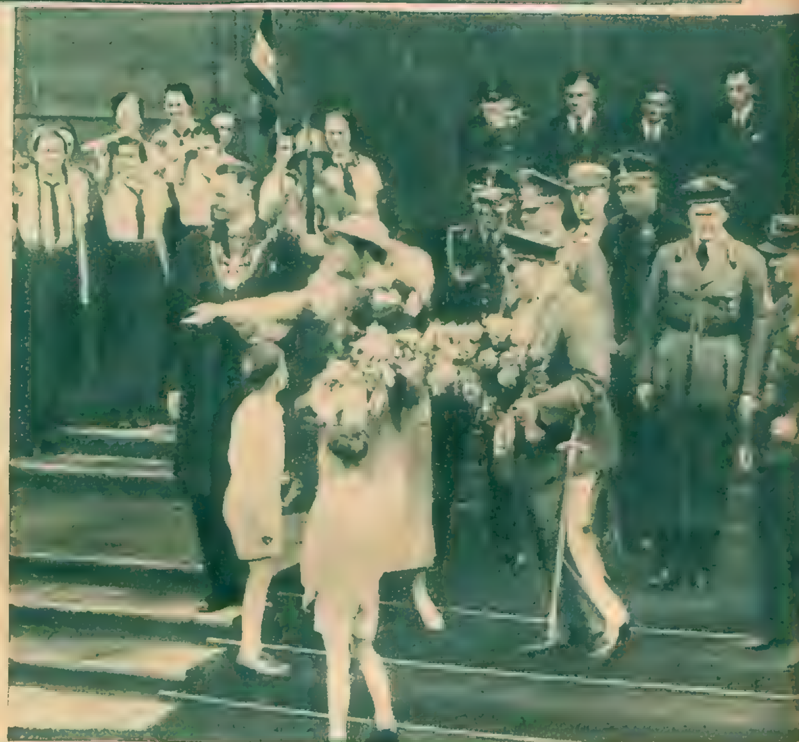
El día 10 de abril ppdo., realizóse en la Catedral Protestante de Berlín el enlace del general Herman Goering, primer ministro de Prusia, con la señorita Emmy Sonnemann, actriz teatral, muy conocida en Alemania. Aquí aparece la pareja al salir del templo, ya realizado el enlace.



Flanqueada por una guardia de honor, compuesta por altos militares prusianos, la pareja desciende por la escalera de la Catedral Protestante de Berlín, después del casamiento que fué apadrinado por Adolfo Hitler.



El general Goering, brazo derecho del canciller. Hitler, y su esposa, la cantante Emmy Sonnemann.



Por la mañana verificóse la ceremonia civil. Aquí aparecen ambos a la salida del Registro Civil, esperando el coche.



El día anterior a la boda los novios recibieron a sus amistades y a gran cantidad de admiradores que les trajeron regalos, testimoniándoles así su simpatía. El general Goering y Emmy Sonnemann sonríen ante un obsequio que ambos acaban de recibir.

NOTAS CORDOBESAS



Otro grupo de delegados del Rotary Club, que asistieron al congreso llevado a cabo en la capital cordobesa, durante la simpática fiesta organizada en su honor en el Bristol Hotel.



El gobernador de la provincia, doctor Pedro J. Frías, y otras personalidades en el Crisol Club, durante el almuerzo en honor de los delegados del Rotary Club que últimamente se reunieron en Córdoba.



Héctor A. Cattaruzza, que derrotó en el match final, por la disputa del Campeonato de Tennis del Centro de la República, a Ricardo J. López Pelliza, resultando campeón del torneo.



Julio Aguirre se clasificó campeón de resistencia de la provincia de Córdoba en el reciente campeonato ciclístico.

Fotos Ardiles.

La BELLEZA FEMENINA en las PROVINCIAS

DE

OLAVARRIA

(BUENOS AIRES)



MARIA HAYDEE LANARI CALDERON.



CELIA HAYDEE ORMAZABAL.



MARIA DELFINA CORUBESIES.



NORMA OFELIA ALVAREZ.



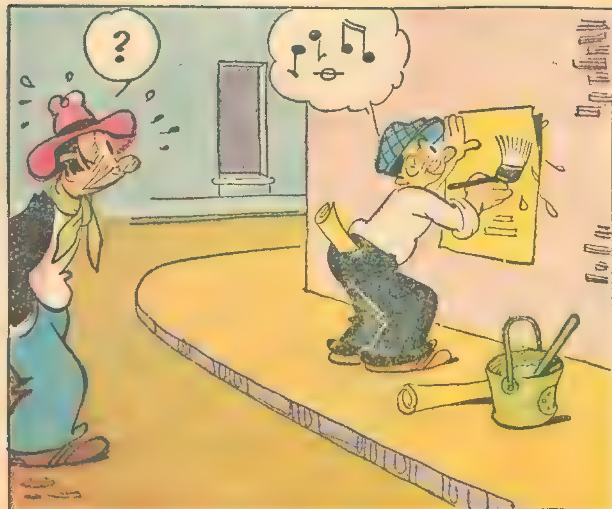
HILDA ELSA OLIVER.

Fotografías de J. Alvarez



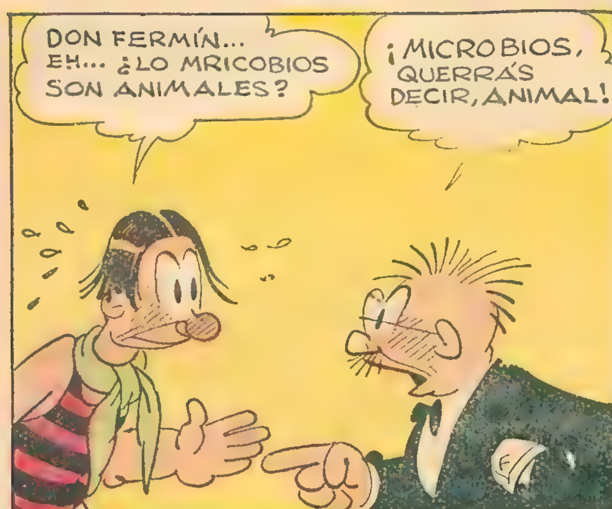
Don Fermín

POR DANTE QUINTERNO







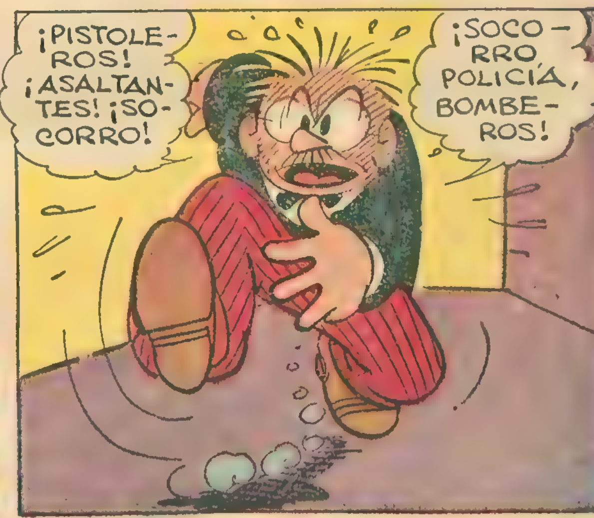
















PAGINAS OLVIDADAS



LA GRAN QUERENCIA PAYADOR

(FRAGMENTOS)

Queda en la tierra esparcida
la osamenta de esa raza
que fué en domas de la vida
de todas la más guapaza.

Yo sudé con sus sudores,
padecí sus padeceres,
trabajé con sus trabajos
y gocé con sus placeres.

Con maña entré, y con coraje
escapé a la Salamanca;
yo me zafé de la Viuda
que quiso saltar al anca

de mi pingo en noche obscura;
pero divisé la luz
de una capilla lejana
y a tiempo le hice la cruz.

Sofrené la Mula Anima
libertando el alma en pena
de la monja pecadora
que purgaba su condena.

Desde el bosque santiagueño
a los montes de Jujuy
me quejo con el "crespín"
y lloro con el "cacuy".

Yo consuelo el alma triste
del que nace "lobatón";
y junto a los grandes ríos
hago guerra al yaguarón.

Por resuelto tengo banca
con hembras de zafarrancho;
para el alma de las buenas
el cantar sirve de gancho.

Con guitarra que otros tocan
bailo yo si estoy contento;
cuando estoy triste, mi vida
se prende del instrumento.

Mi guitarra llora siempre
los lloros de mi canción
si la toco arrimadita
bien juntito al corazón.

Con mi canto a los que sufren
yo les doy mi sombra amiga,
como el árbol del desierto
al gaucho sin techo abriga.

Por amar sufro una pena
que da gozo en el sufrir;
una pena que me mata
y a un tiempo me hace vivir.

Cuando amor canto, amor cantan
yuyos, árboles y flores,
con la voz de sus fragancias
y el tono de sus colores.

Cuando amor lloro, amor lloran
las nubes, con sus donaires;
y cantan amor los pájaros,
payadores de los aires.

Cuando amor lloro, amor lloran
tristes ánimas en pena
que amortajadas de luna
cruzan la noche serena.

Con mi guitarra en las manos,
yo no he de quedar difunto
si me topo con el diablo
a payar de contrapunto.

Con mi guitarra en las manos
me acompañan las estrellas,
y en mis trovas siempre digo
algo que me dicen ellas.

Con mi guitarra en las manos
soy el rey de la creación;
en mi voz canta la vida
y el cielo en mi corazón.

. . . .

JOAQUIN CASTELLANOS

PANORAMA SONRIENTE

Por LORIBAN PETISEN

HERRERA Y REISSIG Y EL CONSULADO

El inolvidable poeta de "Los maitines" y "Las pascuas del tiempo", hubo de recurrir, en 1907, apremiado en su situación económica, al gobierno de su país, solicitando una modesta ubicación de cónsul de segunda; pero lo que él llamaba "indiaje político" en aquel violento "Epílogo wagneriano a la política de fusión" se vengó de esa y otras frases, cerrándole para siempre todas las puertas y hasta negándole el puesto que pedía.

Verdad que lo solicitó — cuenta Alberto Zum Felde — en una carta orgullosa, condimentada de ironía, un tanto fuera de las normas protocolares y que a los mandatarios oficiosos habrá parecido insolente.

Pero ello no justifica la torpe negativa, tratándose de un hombre tan valioso. Hubo necedad en los dirigentes, al confundir la espiritualidad excepcional de un artista de talento con la vulgar incorrección de un quidam.

"La ocasión la pintan calva — escribía Herrera — y juzgo que sería del caso demostrarme en un acto que por todos lados me satisfaría, la confianza y la buena voluntad de V. E. y del señor presidente. En todo caso, yo que no he querido molestar en persona al señor X y que desearía no se me confundiera con los tantos cuantitativos, acudo a la magnanimidad y luminoso criterio selectivo del señor ministro con todos mis escasos méritos... políticos, y con la frente bien alta y bien limpia, por si juzgare la hora digna de mis aspiraciones.

"No sé qué me dice el corazón, de obscuro y negativo, como la sentencia infernal del Dante; pero conste en el peor de los casos, que "a mí no me han hecho", sino que "soy"; que es más lo que merezco que lo que he pedido, y que siempre daré más de lo que se me ha dado.

"Mi ilustre amigo el señor X, en caso de serle grato, podría valientemente hacer valer mi nombre y mis palabras ante el señor presidente y tal vez algún día se me hiciera justicia ¡y el Uruguay fuera digno de Julio Herrera y Reissig!"

¡Ingenuidad la del poeta!... En vez de tomar por el único atajo que conduce a esos nombramientos: el de la amistad y el del padrinazgo, esperó que le harían justicia por sus propios merecimientos intelectuales; y a la actitud mansa y adulatoria, grata a los gobernantes, la sustituyó con ese gesto orgulloso, lleno de gracia.

Pero ni el señor X ni el excelentísimo señor ministro estaban para gestos; ellos, como todos, estaban para "colocar" a los amigos, y así el poeta se quedó sin el consulado.

LA RUTA DE DON QUIJOTE

Regresaron al aeropuerto de Barajas, cinco avionetas piloteadas por Torres, Méndez Uriarte, Puga, Loyarza y Aranguén, que acababan de recorrer la inmortal ruta de Don Quijote y Sancho Panza.

¡Plegue al cielo que no se les ocurra a los brillantes aviadores hispánicos, escribir y sobre todo, publicar sus "impresiones" de la ruta!

HAZAÑA FEMENINA

En la ciudad de Toulouse existe un campamento de refugiados del Sarre. El otro día, una alemanita de veinte años, monona, pizpireta, penetró al campamento, tomó fotografías, y una taza de té; preguntó doscientas cosas, anotó cuarenta y cinco y desapareció en un automóvil que la esperaba ahí nomás.

Si se le ocurre a la pizpireta alemanita hacer una cosa análoga aquí, en Villa Desocupación, la desuellan.

¡LAS COSAS DE RIPLEY!

"La Nación" de la otra mañana publica el dibujo de un cochino con dos patas. Nació en la granja del señor Aldovato, en 9 de Julio.

Y lo publica Ripley como un caso realmente extraordinario.

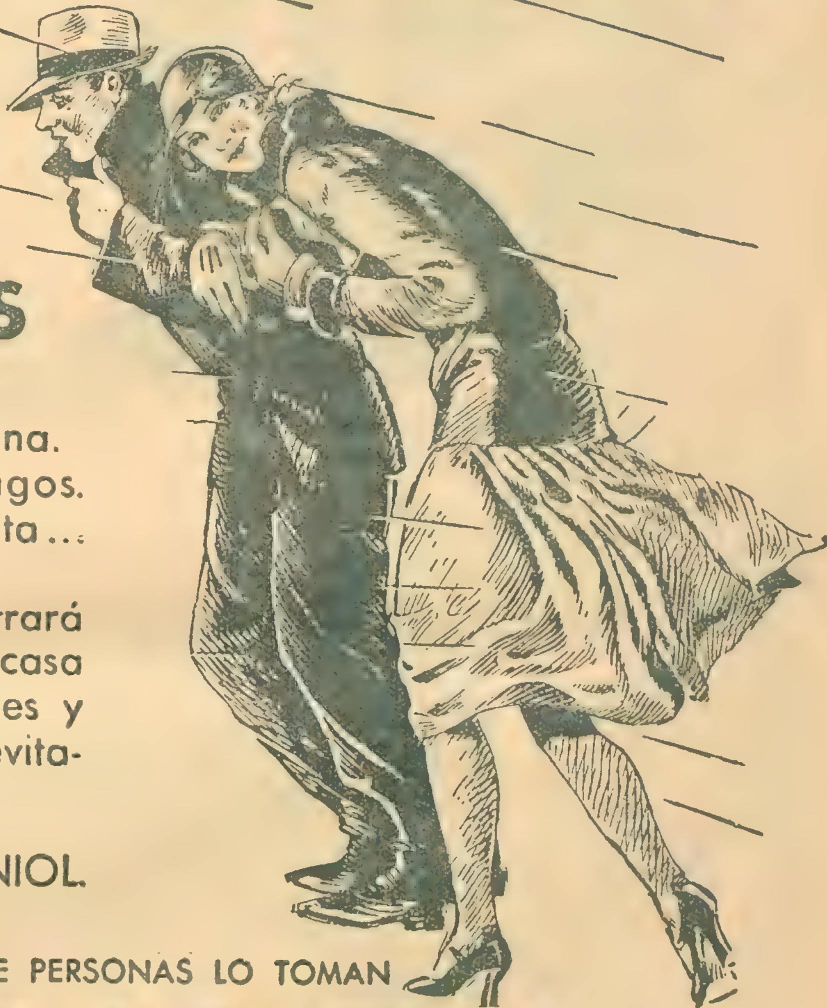
No hay tal cosa.

Basta subir a un ómnibus, después de un partido de football, para hallar innúmeros espécimen de la índole.

Con una pequeña variante: que el chancho del señor Aldovato nació con dos patas, y los de los ómnibus "andan en dos patas".

También se puede dar el caso de un cerdito que nazca con dos patas... y un pato, el mismo día y hora.

Depende de la casualidad y de una constante observación de los acontecimientos íntimos de la vida animal en las granjas.



...viniendo a instalarse con su compañera en una mesa próxima a la nuestra. Ana María y yo, levantándonos bruscamente, abandonamos el salón.



El calvario de muchas mujeres está reflejado en...

Ana María

...cuya vida es una larga cadena de penurias sin ninguna compensación.

I

TENIA yo doce años cuando conocí a Ana María, triunfante en la hermosura de sus veinte años, con sus cabellos de sol, sus ojos de cielo, su donaire de princesa y sus pensamientos afianzados en esa jerarquía que es patrimonio de las almas dilectas.

Mis padres vivían en aquel entonces en el pintoresco barrio de Belgrano, donde a poco de instalarse intimaron con un matrimonio inglés y un joven de nombre Ernesto, muchacho de alma simple y buena, espíritu de empresa con dominio de números, pero sin la disciplina del carácter y la voluntad.

Entre ambas familias había comunidad de afectos, a los cuales nosotras, mis dos hermanitas y yo, permanecíamos ajenas, pues nuestra vida se deslizaba sin otro objetivo que nuestros estudios y nuestros juegos. Y como Ana María y yo éramos grandes amigas, la corriente de los afectos debía necesariamente vincularla a nuestros vecinos. Fué así cómo los Taylor conocieron a mi amiga, amistad a la que muy pronto la cordialidad tendió su puente de plata.

Nosotras, que ya comenzábamos a pensar y a soñar, y que nuestros pensamientos y sentimientos se dejaban impulsar muellemente como al influjo de un soplo primaveral, llegamos al terreno de las confidencias, que es caricia sedante cuando se vuelca en corazón amigo.

Así supe un día sus amoríos con Ernesto. Jóvenes los dos, con ese capital de optimismo que es canto de esperanza en el oro de la edad veinteañera, se prodigaron sus sentimientos, que mecidos por un mismo impulso, adquirían la alcurnia de los grandes amores.

II

—Querida tía — díjole una tarde Ernesto, que esperaba la visita formal de su prometida Ana María, — vas a conocer a la más angelical de las criaturas.

—Mi buen Ernesto — contestó la señora de Taylor, — supongo que tu elección no será objetable. Tú sabes con cuánto cariño he guiado tus pasos hasta ahora, y cómo he soñado para ti un destino feliz; sólo deseo que apliques raciocinio y que no te cieguen los impulsos. En fin, veremos.

En ese instante sonó el timbre, y la mucama volvió acompañada de Ana María y de una hermanita de ésta.

Ernesto, muy formal, hizo la presentación como si la señora de Taylor no hubiese visto nunca a Ana María.

—Mi tía... La señorita Ana María Rojas, mi prometida... La señorita Elena, hermanita de Ana María...

—¡Oh! ¡Cómo corres, y nada me habías dicho, bribonzuelo!

—Perdónelo, señora — intervino Ana María con su acostumbrado acento de dulzura que captaba la inmediata simpatía de todos aquellos que podían oírla. — Ernesto es un muchacho sincero y vehemente, y cede quizá demasiado fácilmente a los primeros impulsos de su corazón; hace apenas tres semanas que nos hablamos, y ya su espíritu se asoma inquietante hacia la felicidad o la desdicha.

—Hacia la felicidad — se apresuró a decir Ernesto. — Y ahora, si me permiten, mientras usted, tía, y la señorita Elena conversan, yo desearía enseñar a Ana María la fotografía de aquella santa mujer que fué mi madre.

NOVELA CORTA

Por

Edna C. Plowman

Y mientras los enamorados se alejaron de la habitación para lograr su objeto, la señora de Taylor y Elena guiaron su conversación hacia el tema de los amores de Ernesto y Ana María.

—¿Qué opina usted, señorita, sobre este casamiento?

— Me parece muy bien. Ernesto es un muchacho de altas calidades, bueno y correcto, noble en su sentir y de continente caballeresco, todo lo cual me hace pensar en el hombre ideal para formar un hogar que sea santuario de virtudes. Además, Ana María, que ha sido hermana ejemplar, no podrá sino ser una excelente esposa y compañera del hombre que ha elegido. Sabrá usted, señora, que al fallecer nuestro padre — siendo nosotras muy jóvenes aún — y nuestra madre enferma e incapacitada, por lo tanto, de vigilar nuestra crianza, Ana María fué en todo momento más que un dulce refugio, más que la augusta serenidad del regazo materno; fué la multiplicación del esfuerzo diario para procurarnos el sustento adquirido con trabajo y dignidad. Por eso, cuando los he visto acercarse el uno al otro en mutua comprensión espiritual, me pareció que el destino marcaba al fin un derrotero feliz para quien, como mi hermanita, habíase ganado en bondad y sacrificio toda la dicha presentida.

— La he escuchado, señorita Elena, no sólo con la impresión de un relato triste y agradable a un mismo tiempo, sino sintiendo que sus palabras han afianzado en mi corazón el concepto más amplio con respecto a la felicidad de ambos, y ha fijado en mi retina la visión de un porvenir venturoso para estos dos jóvenes que van a desafiar la vida sin más razón que su amor, glorificado en sus corazones como un mandato de Dios.

Ilustró LEMOS

III

La muerte de la madre de Ana María, acaecida seis meses después de aquella tarde en que Ernesto presentó a Ana María como su prometida, intensificó en el corazón herido de la niña ese amor que venía a llenar en parte el enorme vacío producido por la desaparición de su adorada madrecita.

Huérfana de cariño maternal, Ana María se sintió impelida por una fuerza irresistible hacia los únicos brazos que se le abrían como una promesa y que le ofrecían un refugio seguro ante el vendaval que comenzaba a azotar su vida sencilla y triste: Ernesto. Y en el refugio de ese pecho anhelante y querido aprendió a rezar sus más fervientes oraciones.

—¡Ya no tengo a nadie en el mundo! ¡A nadie más que a ti, Ernesto! ¡Te quiero desesperadamente!

Y a Ernesto, que estaba enamorado perdidamente, el suceso lo conmovió hondamente; sintió la necesidad de apresurar los acontecimientos, abreviando el noviazgo.

— He determinado la fecha de nuestra unión — díjole un día, poco después del deceso de la señora de Rojas. — Elige tú el día dentro de un plazo de seis meses.

En los ojos de Ana María asomaron lágrimas. Y ambos se confundieron en estrecho abrazo. Afuera, en las calles bulliciosas y llenas de sol, sonreía la vida...

Decidida la fecha, seis meses después se casaron. Con los más gratos augurios realizóse el sueño dorado de Ana María y Ernesto, iniciándose una vida nueva, feliz y llena de promesas para aquellas dos almas unidas bajo la bendición de las estrellas.

Yo ya había cumplido mis quince años, y me unía a Ana María una amistad sincera y cordial, pues a pesar de mi juventud alcanzaba a comprender el corazón de esa noble amiga que había llegado a prodigarme tanta confianza. Seguí siendo su confidente. Esta circunstancia me hizo más seria, conquistando entre mis relaciones, y aun en mis mismos padres, un concepto de mujer excepcionalmente juiciosa. Finalicé brillantemente mis estudios, consagrándome a cultivar la provechosa amistad de mis amigos, que vivían una vida apacible, feliz y llena para mí de buenos ejemplos.

Fué en ese entonces cuando debimos abandonar el pintoresco barrio de Belgrano, por cuanto habiendo sido designado mi padre para ocupar un alto cargo en la gobernación del Chaco, debimos trasladarnos con él. ¡Con cuánta angustia recibí esa noticia! Ella significaba mi separación de una amiga querida que tan exquisitamente había logrado impresionar mi corazón.

Corrí a su casa. Entré desesperadamente en la habitación donde Ana María arreglaba flores en una hermosa vasija de cristal.

—¡Pero, Lucy! — exclamó ella intrigada al verme. — ¿Qué es lo que pasa? ¿Te ha ocurrido algo grave?

—¡Es que traigo una triste noticia, amiga mía! — respondíle toda compungida.

Sus manos debieron aflojarse al oírme, pues la magnífica vasija cayóse al suelo con estrépito. Llevóse las manos a la cabeza, y quedóse mirándome perpleja, como si repentinamente se hubiese convertido en una estatua.

—¿Qué es lo que has hecho? ¿Qué te pasa, Lucy? Háblame, querida, no me dejes en la duda.

—¡Es que me voy, Ana María!

Ella no comprendía. Continuaba en la misma actitud extática, los ojos interrogadores. Le expliqué:

— A papá lo mandan al Chaco. ¡Debemos seguirlo, irnos con él!

—¡Oh!

Recién entonces pareció retornar a la vida, y sentándose a mi lado trató de consolarme.

— Será una ausencia breve... No quiero que te pongas así. Volverás... No olvides que es preciso ir donde nos destinan. Será de provecho para ti, Lucy; conocerás algo nuevo, tendrás muchas satisfacciones, nuevos afectos; pronto me escribirás y me contarás todo... ¡Tontita! Si es maravilloso viajar, conquistar distancias, sentir la emoción de paisajes nuevos, frecuentar la amistad de personas que de otro modo no se hubiese llegado a conocer...

Cuando la abandoné aquella tarde, salí reconfortada. Hubiese sido una ingrata al no sentirlo, pues las palabras amables y cariñosas de mi amiga no podían sino llenarme de resignación y esperanza.

El día que me despedí de ella y de Ernesto casi hasta llegaron a contagiarme algo de su entusiasmo por ver y sentir la emoción de lo desconocido.

IV

Pasaron ocho años. Cumplida mi padre su misión, emprendimos el retorno a Buenos Aires.

Nuevos afectos habían distraído mi tiempo en la ciudad chaqueña donde residíamos, llegando casi al punto de olvidar a aquellos amigos de los cuales tanto disgusto me había costado la separación. La correspondencia había sido normal al principio, casi entusiasta; luego un día le escribí a Ana

(Continúa en la página 21)



TODOS LLEVAMOS EL DESTINO EN LAS LINEAS DE LA MANO

PERO MUY POCOS SABEN LEERLO

APRENDA USTED A HACERLO

LA INTERESANTE MANO DE UN NIÑO

Signadas con los números 1, 2 y 3 encontrarán ustedes tres manos. Las dos numeraciones impares corresponden a la estampa cabal de la derecha y la izquierda, y la del centro a un diagrama explicativo. Estas manos corresponden a un niño de no más de seis años, y presentan relieves y líneas de extraordinaria sugerencia, para una edad en que recién comienzan a definirse, en la epidermis de la palma, los signos de la personalidad futura. Son, en efecto, la línea de la vida, la del cerebro, la del corazón, la saturniana, la hepática y la solar, las seis que en una forma u otra se acusan en la piel de un niño. Las demás signaturas, así como los montes, si bien se diseñan, son objeto de posteriores apariciones, desapariciones o transformaciones. Pero en el caso que vamos a estudiar ahora todo aparece revestido de una originalidad realmente insospechada. Esta mano de niño revela mayores matices de pensamiento y una vida vegetativa que la de un adulto de tipo medio. Es, pues, la mano de una individualidad que se perfila, segura y recta, hacia el cumplimiento de su destino, sea cual fuere el mismo. Pero no debemos darle a esta afirmación un carácter fatalista o indubitable, porque volvemos a apoyarnos en lo aseverado con harta frecuencia desde estas mismas columnas: que la educación, la cultura, la vida de relación pueden y deben modificar lo que aparece como impuesto por los secretos dioses del destino humano.

La mano izquierda denota a un hipersensible. A una criatura de reacciones sentimentales agudas y que da, además, a su cerebro una aplicación constante para deducir cosas e intuir. El espectáculo del mundo es para esta individualidad primordial una mezcla de asombro y de realidades presentidas. La línea de la cabeza marca excelente dominio mental, la de la vida, sobre todo en sus comienzos, un organismo sano y robusto, a pesar del juego constante de los sentimientos a que hemos aludido anteriormente. La línea del corazón implica la existencia de una naturaleza sensible, propicia a los enternecimientos repentinos. Y la cantidad de pequeñas rayas entrecruzadas sobre todo sobre el campo de Marte, dan cuenta de un espíritu inquieto, contradictorio, temperamentalmente artístico y pasional. La solar anticipa éxitos entremezclados con derrotas, ante las cuales no se detendrán las fuerzas ideales que parece alimentar esta criatura, ignorante, claro está, del tesoro que implica mucho de lo afirmado. La mano derecha corrobora todo lo afirmado, y además agrega algunas circunstancias hereditarias. Quizá sus padres no lleguen a captar las excelencias ideales que encierran el cuerpo y el alma de su hijo, que se acusan como extraordinarias, pero que pueden malograrse por efectos de la incomprensión o de una educación defectuosa, arbitraria.





1



3



2

En cuanto al diseño de la mano, insiste sobre dos aspectos de la personalidad: la que emana de la línea cerebralis, muy promisora, y la que tiene sus fuentes en el monte de la Luna, adonde va a terminar, precisamente, la cerebralis. Los dedos finos, bien diseñados, y constituyendo el tipo de la mano cónica, descubren inclinaciones artísticas y literarias, estimuladas por una imaginación viva y preferencias meditativas, tal cual lo deja entrever la preponderante importancia del monte de la Luna con respecto a los demás de la mano.

MANO DE ASTA NIELSEN

¿Recuerdan ustedes a Asta Nielsen? Su mayor nombradía data de las épocas heroicas y deliciosas del cine mudo. Por aquel entonces su nombre figuraba en las carteleras entremezclado con el de los principales astros y estrellas de la pantalla. Hoy Asta Nielsen, si no está olvidada en la historia del cine, permanece por lo menos obscurecida en el recuerdo de los espectadores. Sus creaciones más ejemplares fueron la de Hamlet, en la versión cinematográfica de la célebre pieza teatral de Shakespeare, y su interpretación en "La mujer en el fuego". Pues bien, en la mano de Asta Nielsen, diferenciada aquí con el número 4, está plenamente diseñada su inclinación artística (obsérvese la línea de la cabeza, que fija la función predominante de la inteligencia) y los éxitos obtenidos en su carrera (la solar lo demuestra). Con respecto a esta solar que aparece aquí, tan marcada, categórica y dominante, debemos hacer una observación: al final sufre un pequeño "corto circuito", si se nos permite la expresión. Y ese corto circuito contiene todos los elementos negativos necesarios para que el nombre de Asta Nielsen, no obstante todo lo promisor de las signaturas, no alcanzara la repercusión magistral de otras estrellas.

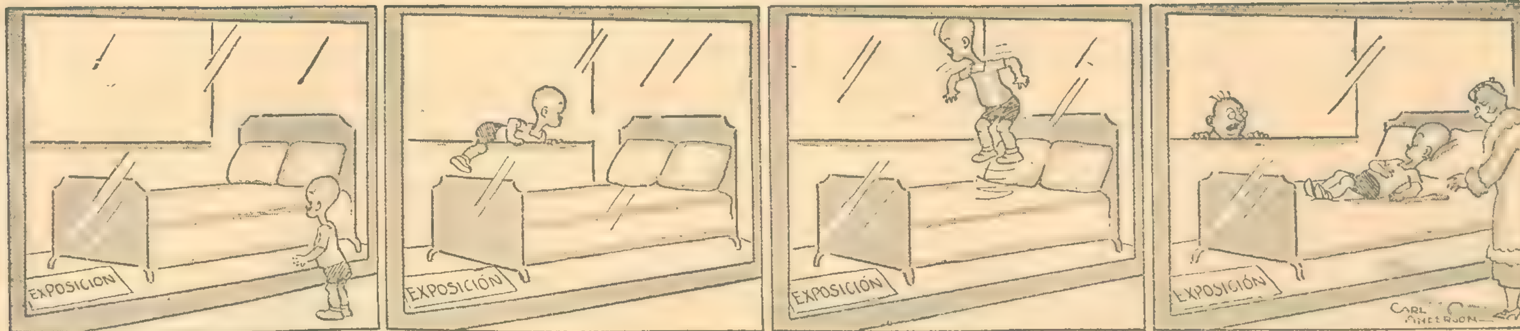
EL DEDO MEÑIQUE

Observe, lector, el dedo meñique de su mano. Es importante saber sus características, del mismo modo que se conocen ya las del dedo pulgar. Y sobre todo establecer en qué forma el meñique participa en la formación de conjunto, cuando se unen los dedos, la mano estirada para descubrir su forma, es decir, si ésta corresponde a las de naturaleza cónica, cuadrada, intermedia, etc., etc.

Si el meñique se une al anular y presenta en su extremo una especie de curvatura destinada a hacer más sensible y objetiva dicha unión, es evidente que la persona dueña de tal mano tiene sentimientos familiares muy arraigados. El culto de la amistad, de la familia, y la voluntad para querer con constancia y hasta con devoción, son virtudes que pueden, a simple vista, conjeturarse, debiendo luego ser corroboradas con el estudio integral de las líneas.

El meñique que tiende a separarse y presenta una desviación contraria a la descripta aquí, manifiesta en cambio todo lo contrario. Un meñique excesivamente largo puede denotar frialdad espiritual, avaricia, egoísmo. Excesivamente corto, bonachonería, mentalidad fanfarrona y un tanto bufonesca.

CONSERVE ESTA PAGINA Y TENDRA EL MEJOR TRATADO DE QUIROMANCIA



¡TITO!

Por CARL ANDERSON

Ana María

(Continuación de la página 19)

María dándole una noticia que se me ocurrió le sería grata. Un joven ingeniero, bien vinculado en la ciudad, ayudante de mi padre, me cortejaba... Esperé de ella un consejo. Me envió entonces una carta desgarrante. ¡A sólo un año de matrimonio era ya una desencantada! "En estos días — me decía en su carta — la felicidad me sonreía aún. La suprema aspiración de mi vida había sido la de ser madre. ¡Cuántas ilusiones! ¡Cuántos desvelos, querida! Ayer he dado a luz un niño..., ¡un niño muerto! Pero ¿este doble accidente biológico constituye mi infelicidad? No, Lucy. En mi vida se ha operado un cambio fundamental; en mi hogar, lo mismo. Apiádate de mi dolor. ¡Todo ha terminado para mí! Por eso, querida, del matrimonio nadie mejor dice que Moliére, aquel francés que tanto nos deleitaba con sus comedias: "Es un asunto más grave de lo que se piensa. En él se va a ser desgraciado o feliz toda la vida; por eso un compromiso que se adquiere hasta la muerte debe ser objeto de grandes precauciones."

Comencé a intuir la tragedia de Ana María. Le escribí otra carta pidiéndole confidencias que acaso ella no juzgó oportuno hacerme, pues no me contestó, y desde ese momento perdimos todo contacto.

Cuando regresé al viejo barrio de Belgrano, corrí con el corazón opreso por una angustia inexplicable a la casa que anteriormente ocuparan los Taylor. No los encontré. Hacía dos años que se habían marchado a Inglaterra. En la modesta casita que Ana María y Ernesto ocupaban hasta mi partida, no había nadie. Los vecinos, en su mayor parte nuevos, nada supieron decirme de ellos. Ya me retiraba desilusionada, cuando encontré a una antigua vecina, quien me proporcionó datos tristísimos de Ernesto. Del barrio se habían alejado avergonzados. La casita donde floreció un día la vida llegó a llamarse simplemente "la casa del borracho"...

En casa sufrimos al conocer el mote que catalogaba una depravación tan grande. ¡Ernesto víctima del alcohol!... Lo sentimos por él, porque era un buen muchacho, pero lo sentimos más por Ana María, que era seguramente una sacrificada.

Llamé por teléfono a la casa donde trabajaba Ernesto. Me contestaron en mala forma. Más tarde, ante mi insistencia, un compañero que lo había seguido después de ser expulsado de su empleo, me dió la dirección.

— Ernesto ya no trabaja. Yo lo he ayudado mucho, señorita, pero el vicio está tan arraigado en él, que todo es inútil. Es, como se dice vulgarmente, un caso perdido. La esposa, según creo, ha instalado una especie de pensión. Entiendo que se arreglan más o menos...

Así fué cómo di con el nuevo domicilio de mi vieja amiga, y hacia él me dirigí inmediatamente.

En la puerta cancel me recibió un niñito de unos seis años.

—¿Podría ver a la señora Ana María, nene? — le pregunté.

— Es mi mamita. Pase.

Seguí al chicuelo hasta el patio. Allí me encontré con mi buena amiga.

—¡Ana María! — exclamé inundada por una repentina alegría.

—¡Oh! ¡Tú!... — exclamó, echándome los brazos al cuello. Luego me tomó por el talle y me condujo a un comedorcito humilde. — Siéntate. ¡Qué linda estás, Lucy!

—¡Y tú muy cambiada, Ana María!

—¿Cuántos años han pasado?

— Ocho...

—¡Ocho años! Han sido como veinte para mí. ¿Cómo diste con nuestra casa?

— Hablé con un ex compañero de Ernesto.

Nos miramos un instante en silencio. Mientras tanto, el hijito de Ana María nos miraba atónito. Lo obsequié con algunas monedas, y el querubín se alejó saltando de gozo.

— Es el mayor: Andresito — me explicó Ana María.

—¿Tienes más?

— Otro. Lolito. Tiene tres años. En este momento no está en casa. Ha salido con uno de los muchachos que vive con nosotros. Ernesto no trabaja. Ni siquiera se preocupa por las criaturas. De mí hace tiempo que no se acuerda para nada...

Me miró tristemente. Sus ojos se humedecieron.

— No te pongas así, Ana María — le dije, tratando de consolarla. — Quiero verte reír feliz como antes... Conozco tu tragedia... Sin embargo, creo que en medio de tanto dolor es posible aún un rayito de felicidad. La vida es eso: martirio.

Entramos decididamente en el terreno de las confidencias. ¡Con cuánto ardor anhelaba ella tener cerca a una amiga sincera a quien participar sus penas! ¡Cuántas veces había pensado en mí, tan lejana!...

Me contó su historia. Ernesto era un tarado. El primer hijo era la prueba de que una dolencia mal curada despertaba en él todo su apogeo. He ahí la causa de su inclinación hacia el alcohol. Ana María misma había padecido el contagio; hubo de ser sometida a un tratamiento enérgico, precisamente cuando nació Andresito. Ella curó, pero Andresito fué la víctima. ¡Cuántos sacrificios! ¡Cuánto heroísmo le costaba esa pequeña vida que amaba tanto y que estaba condenada por esa herencia fatal!

Llegó al punto culminante de su triste historia y quedóse en suspenso. Era evidente que en su interior estaba librándose una cruenta lucha. Parecía titubear. Algo, quizá alguna otra miseria que hubiese olvidado, pugnaba por salir de sus labios. Justamente en ese instante se sintieron pasos de hombre en el corredor.

— Es Ernesto que llega — me advirtió ella, poniéndose de pie.

Cuando Ernesto entró, lo reconocí, pese al cambio que había sufrido. Ya no era Ernesto ni la sombra de aquel muchacho bueno, sencillo y noble que conociera diez años atrás. El alcohol había hecho verdaderos estragos, imprimiéndole en el rostro rasgos inconfundibles. Poco después llegaron los dos muchachos que convivían con ellos. Provincianos los dos, uno callado, reservado: el que traía al hijito menor de Ana María; locuaz y alegre el otro. Amables y corteses ambos, me hicieron sumamente grata la permanencia en esa casa, cuyo ambiente, después de ocho años de ausencia, era totalmente distinto en todos sus detalles. Cuando me despedí aquella noche de Ana María, llevaba un peso enorme en el corazón. Jamás había experimentado

(Continúa en la página 24)



Cuando se ha vivido dormido, el...

DESPERTAR

Al oír sonar el timbre de la puerta de calle, Julita de Albizú se alzó del sillón en que se hallaba hundida, llorando silenciosamente.

— ¿Quién será el que llama? — se preguntó visiblemente turbada.

Un momento después apareció la criada en la puerta, anunciando:

— Es la señorita de Casol.

— ¡Enriqueta! ¿Dónde está?

— La hice pasar a la sala.

— Hágala pasa aquí. No tengo ganas de moverme.

— Está bien, señora.

Marchóse la criada a cumplir la orden y Julita corrió al espejo. Frente a él, se pasó el pañuelo por los ojos, en los que brillaban las lágrimas, y se frotó la cara. No quería aparecer ante su amiga con ese aire de Magdalena que tan mal le sentaba. Enriqueta Casol, alegre, pizpireta, acaso se burlaría de sus sentimentalismos. . ., y no sin razón, seguramente. "Las cosas de la vida hay que tomarlas en broma" — le había dicho más de una vez, y por cierto que no estaba desacertada.

Un minuto escaso después apareció en la puerta del tocador Enriqueta Casol. Venía resplandeciente. Su juventud y la vivacidad de sus ojos atraían poderosamente. Hasta las mismas mujeres sentían admiración por ella.

— ¡Julita! — exclamó con su voz cristalina, arrobadora.

— ¡Enriqueta!

Y Julita corrió a echarse en los brazos de su amiga.

— ¿Cómo tú por aquí? No te esperaba. Me dispensas el honor de visitarme con mucha frecuencia. . . y yo realmente no merezco este honor.

— ¿Cómo no has de merecerlo, si eres una amiga de verdad? Pero. . . ¿qué veo? Tienes los ojos encendidos..., irritados. ¿Has llorado?

— ¡Oh, no! ¿Por qué voy a llorar? No tengo ningún motivo para ello.

— Así será. . ., pero, si se quiere, nunca falta un motivo. Nunca falta una sombra sobre el límpido cielo de nuestra felicidad.

— Pues sobre el cielo de la mía no hay ninguna nube. Pero, ¿qué haces aquí, de pie? Siéntate. . . Ven.

La arrastró consigo y fueron a sentarse en un amplio sofá. Para evitar que su amiga insistiera sobre el estado de su ánimo, Julita de Albizú se dispuso a acosarla a preguntas.

— Tú siempre paseandera, Enriqueta. No paras un momento en tu casa.

— En efecto; me aburro en ella. Yo quiero aire, luz, alegría, y esto, querida mía, ¿dónde encontrarlo sino fuera de casa?

— A mí no se me ha ocurrido nunca salir a buscar la felicidad en la calle.

— Es que la tendrás dentro de casa..., cosa que no me ocurre a mí.

— ¡Quién sabe!

Dijo Julita este "quién sabe" con un gesto tan amargo, que Enriqueta no pudo menos que saltar.

— ¿Ves? ¡Tú no eres feliz! ¡Tú has llorado, aunque hace poco me lo negaste! Ese "quién sabe" te ha vendido. ¿Qué te pasa, digo, si puede saberse?

— No me pasa nada.

— ¿Es que no me tienes confianza?

— ¡Oh, no digas tal cosa! ¿Cómo no he de tenerte confianza si eres mi mejor amiga? Porque lo eres, ¿verdad?

— ¿Y puedes dudarlo? A ver, di, ¿qué te ocurre?. . . Tus vacilaciones me. . . me crispan, y es que. . . no sé, me preocupas tú de una manera particular. Como si fueras una hermanita menor, indefensa, y estuviera en el deber de cuidarte y protegerte. . ., y esto haría con mil amores, de ser posible, pero . . . ¿para qué puedes necesitarme a mí si tienes quien te proteja, quien vele por tu tranquilidad y tu felicidad? Ya sabes, querida, a quién me refiero. A tu marido.

Julita de Albizú ahogó un gemido.

— ¡No me hables de mi marido! — dijo balbuciente. — ¡No me hables de él, que me destrozas el corazón!

Los ojos de Enriqueta se abrieron enormemente y sus mejillas se tiñeron de rojo.

— ¿Qué ocurre con Ernesto?. . . ¿Es que ya no lo quieres?

— ¡Lo quiero con toda el alma!

— Entonces. . .

— Es él quien no me quiere a mí.

Enriqueta sonrió indulgente.

— ¡Eres una criatura, Julita! ¡La criatura de siempre! ¿Cómo se te ocurre pensar que Ernesto no te quiere, si yo lo he visto siempre amable y generoso contigo?

— Pues a pesar de todo, no me quiere. Y si me quiere, es un desleal. Ama a otra mujer.

— ¿De veras?

— Lo sé positivamente, y para mi mal, nada más que para mi mal.

— Acaso es sólo una ilusión tuya, querida. ¿Cómo has descubierto que te engaña?

— Fué sin querer. . ., te juro que fué sin querer. Al recogerle ayer el traje, de uno de los bol-



...es algo así como un regreso a la vida.

CUENTO

POR

JULIAN DE MESA



sillos del pantalón cayó al suelo un papel muy dobladito. Lo levanto, indiferente, lo desdoblo, fijo en él los ojos, y... ¡No me lo preguntes, Enriqueta! Sentí que se me destrozaba el corazón. Era una carta de amor..., una carta de una mujer sin alma, que me lo roba, que me despoja de lo que más quiero...

—¡Me dejas asombrada, Julita! ¿Y quién firmaba la esquela?

—¿Quién habría de ser? Una cualquier cosa. Una mujer incapaz de escribir lealmente su nombre... Firmaba "Chacha". ¡"Chacha"! Pero ¿no te suena a ti a nombre de mujer malvada, cínica, maldita?...

—¡Vamos, querida; no la insultes así! ¡Acaso no lo merezca! Acaso no sea consciente del daño que te hace. Puede ignorar que Ernesto es casado. No la insultes, aunque no la perdones tampoco. Tú no debes perdonar a quien te roba la felicidad, ni tú ni nadie.

—Es que no la perdono, no. No soy rencorosa ni vengativa, pero, no, no la perdono.

Quedaron un momento en silencio, que rompió por fin Enriqueta Casol para decir:

—Dices bien: no debes perdonar a esa mujer. Yo te ayudaré a defenderte de ella. ¿Me lo permites?

—¿Tú? Pero, ¿vas a molestarte tú?

—¿Me lo permites? Pues si me lo permites, déjala por mi cuenta, que yo trataré de dar con esa "Chacha" y la haré desistir de continuar robándote la felicidad con que siempre soñaste y que tanto te corresponde. ¿Me lo permites?

—Sí.

—Venga entonces un abrazo. Un abrazo de alianza.

Julita de Albizú se dejó caer en los brazos de su amiga, con la confianza con que se hubiera dejado caer en los brazos de su madre, pero llorando amargamente: llorando no sabía si de dolor o de felicidad.

Mimosa, lagotera, Enriqueta se abrazaba cada vez más fuerte al cuello de Ernesto Albizú.

—¿Quién te quiere más en el mundo?

—Tú.

—¿Quién me quiere más en el mundo?

—Yo.

Parecían dos enamorados en plena luna de miel.

La criada entró en el gabinetito trayendo el servicio de té, que dispuso sobre un velador. Enriqueta y Ernesto se sentaron a tomarlo. Mientras lo tomaban, Enriqueta se complació en burlarse de su "entrañable" amiga Julita, como se permitía llamarla.

—¿Sabes una cosa, Ernesto? Esta mañana he estado a ver a tu mujer. ¿Y sabes la novedad? ¡Ha descubierto nuestros amores!

—¿Nos ha descubierto?

—Es decir: te ha descubierto a ti; a mí, no. Pero tú tienes la culpa. ¿A quién se le ocurre dejar en el bolsillo del pantalón, olvidada, una esquela comprometedora?

Ernesto, pálido como un muerto, se palpaba los bolsillos inconscientemente.

—¡He cometido una gran torpeza! ¿Y ahora?

—¡Bah! No te aflijas. Julita es... ¿quieres que te diga lo que es?... Una tonta. ¡Si vieras! se ha puesto a llorar delante de mí como una Magdalena. Hubo un momento en que me apenó. Sobre todo cuando le pregunté si te quería, y me repuso haciendo pucheros: "¡Lo quiero con toda mi alma!" Y esto es verdad, Ernesto; tonta y todo como es, te quiere..., es capaz de todo por ti... Por ti, que no lo mereces, porque la engañas... Yo, en su lugar, ya lloraría por ti clamando al cielo por tu restitución... ¡Te acogotaría! Pero ella, tan sentimental, tan apasionada, cree, sin duda, que en el mundo no hay más hombre que tú. Fíjate: ¡que no hay más hombre que tú!

Ernesto Albizú la escuchaba en silencio, reconcentrado, con la cabeza caída sobre el pecho. Las palabras de aquella mujer, **a quien hasta hacía un instante había ado-**

rado, y que en ese momento odiaba por cínica, tuvieron la virtud de una llamarada para su corazón en tinieblas. Ella. entre burlas y veras, le decía algo en lo que él no había reparado a pesar del tiempo: que su mujercita era un tesoro de candor y de bondad; que lo amaba entrañablemente a pesar de todo... Enriqueta siguió charlando.

—Cuando me hubo contado todas sus penas, para consolarla le dije que yo la ayudaría a encontrar a esa mala mujer que le roba la felicidad. ¡Y si vieras cuánto se alegró ella!... ¡Es más tonta! ¡Figúrate si yo he de ayudarla! La ayudaré, es claro, a que no descubra jamás la verdad de nuestros amores. Así podremos seguir tú y yo gozando del mundo, cosechando las flores de nuestro amor sin miedos ridículos....

Ernesto continuaba ensimismado, más nervioso cada vez. Las palabras procaces de su amiga le quemaban la sangre..., no podía continuar oyéndola. Temía estallar. A Enriqueta no le pasó inadvertida su actitud. Y se encaró con él.

—Pero, ¿qué te pasa, hombre! ¿Te ha entrado sueño, arrepentimiento? ¡Habla!

—¡Oh, nada de eso, querida! —Y haciendo un esfuerzo, agregó: —¿Sabes la verdad? Estaba paladeando nuestra felicidad, muy superior a la que puede brindarme mi mujer, que, como has dicho con tanta justicia, es una sentimental y una...

Terminado el té, se despidieron. Se despidieron con la cordialidad de siempre; acaso con más cordialidad que nunca. Pero era aquella cordialidad como el canto del cisne. Al salir a la calle, Ernesto Albizú respiró con más fuerza que nunca el aire fresco de la tarde. En ese momento se sentía feliz, alegre. Las palabras despectivas de Enriqueta habían sido unas palabras milagrosas para él; le habían despertado de un sueño de plomo; le habían aclarado la razón, y, sobre todo, le habían saturado el corazón de amor y de piedad.

No dudó de obtener el perdón de su Julita. Para no dejarle una cicatriz dolorosa en el corazón, le curaría la herida que le había causado con una mentira. ¡Una mentira que ya le venía a los labios!...

FIN

DESDE PARIS

Relicario *de* Claudio Bernard

Por ANIBAL PONCE

Encontrándose ausente en Europa nuestro crítico literario, Aníbal Ponce, durante algunas semanas suspenderemos su habitual sección "Hojeando los últimos libros". En su reemplazo publicamos, a partir de este número, los sabrosos comentarios que nos envía desde la capital de Francia.

No hay una biografía de Claudio Bernard que se pueda comparar a esa maravilla de ciencia y de arte que es la "Vie de Pasteur", de Vallery-Radot. El ilustre fisiólogo la merece, sin duda. La investigación científica, cuando es dirigida por un hombre de genio, presenta todos los sobresaltos de las aventuras, todas las incertidumbres dramáticas de las expediciones a lo desconocido. Pero fuera de ese interés intelectual, ya de por sí apasionante, hay además la característica propia a cada investigador, su rasgo personal, su perfil inconfundible: las minucias de sus trabajos, los secretos de su técnica, su manera particular de comportarse frente a los experimentos y las teorías. ¡Qué diferencia, por ejemplo, entre el austero químico Dumas, que se indignaba y ruborizaba cada vez que en sus clases algunos de los experimentos fracasaban, y ese otro desconcertante fisiólogo Magendie, que se reía a carcajadas cada vez que los hechos probaban lo contrario de lo que él había previsto! Discípulo de Magendie, precisamente, Claudio Bernard lo había sorprendido por su extraordinaria habilidad como "preparador". Y se cuenta que al verlo trabajar unos días después, Magendie le había gritado desde la otra punta de la mesa, con el tono rudo que afectaba para esconder un alma bonachona: "¡Pues hombre, pues hombre, eres más fuerte que yo!..."

¡Más fuerte que Magendie! ¿Sería ya para aquel adolescente el colmo del elogio, la anticipación de la gloria? Sería difícil asegurarlo en ese instante. Porque Claudio Bernard, cuando muchacho, sólo soñaba con el teatro... Empleado de una farmacia en uno de los barrios pobres de Lyon, abandonaba de cuando en cuando el mortero en el que resolvía los extraños menjurjes de la medicina de entonces para escribir lo mismo "vaudevilles" que tragedias, y uno de esos "vaudevilles" no sólo se representó en Lyon, sino que hasta le procuró una ganancia de cien francos. ¡Claudio Bernard autor de piezas ligeras! ¡Quién pudiera encontrar el manuscrito de la "Rose du Rhône" para inclinarse un instante sobre el alma de aquel muchacho que soñaba con tantas cosas enormes, mientras llevaba cada día, desde la farmacia de su patrón hasta la Escuela de Veterinaria, los remedios que él mismo preparaba para las bestias enfermas! ¡Quién pudiera encontrar también esa otra tragedia en seis actos, llamada "Arturo de Bretaña", y que tenía, no muy lejos del final, nada menos que un cántico en honor de la Virgen María!

Tanto confiaba en ella nuestro pobre empleado de farmacia, que un buen día abandonó Lyon para buscar en París los aplausos más resonantes de su público. A modo de credencial traía una carta de recomendación que una celebridad de su pueblo enviaba nada menos que a Saint Marc Girardin. La entrevista con el crítico todopoderoso ha sido contada de manera muy distinta. Pero según el testimonio del propio hijo de Saint Marc Girardin, el crítico se cuidó de leer semejante tragedia interminable, y después de escuchar un rato a aquel muchacho de cabeza hermosa y de mirada tan tranquila, le aconsejó que estudiara medicina... Claudio Bernard estudió medicina. La mesa de autopsias lo sedujo primero; la mesa de vivisección, después. En ella trabajaba cuando Magendie le lanzó bruscamente el elogio famoso; en ella había de trabajar toda su vida.

He visto ayer esa mesa con profunda emoción, y sobre ella, cuidado-

(Continúa en la página 64)

Ana María

(Continuación de la página 21)

una sensación más grande de angustia que ante esa mujer tronchada en plena juventud, ante la tragedia honda de esa mártir, hija excelente, hermana cariñosa, amiga dilecta y madrecita amorosa, que por un triste azar de la vida se había abismado para siempre acaso en este valle de sombras.

V

Transcurrieron dos años. Ana María y Ernesto volvieron a quedarse solos, pues las iras y los malos momentos que éste hacía pasar a los que lo rodeaban, terminaban por molestar en tal forma a los dos muchachos, que no vieron otra solución que alejarse de la casa, ya que la vida se les hacía completamente insoportable y porque sus sentimientos de bondad no les permitían ser testigos de las vejaciones a que era sometida la dulce Ana María. La situación se tornó angustiosa por la falta de los aportes de los ausentes, y la miseria comenzó a enseñorarse de aquel hogar casi deshecho. Fué entonces que mi madre intercedió como consejera, y para evitar la vergüenza de una separación, ya que la vida era cada día más insoportable para la pobre Ana María por las discusiones y los malos momentos que provocaba Ernesto, ahora con mayor frecuencia bajo los efectos del alcohol, les aconsejó una separación temporaria. Ana María decidió irse con las criaturas a la estancia de un viejo tío, y Ernesto vino a vivir con nosotros. Durante la ausencia, que sería de cuatro a cinco meses, nosotros intentaríamos por todos los medios la regeneración de Ernesto, tan necesaria para la armonía y felicidad del hogar, y para lo cual teníamos grandes esperanzas, puesto que él tendría que portarse bien y respetar un hogar tan sagrado como el nuestro. Ana María se fué; no sé si por arrepentimiento o por el dolor que le causó ver partir a su mujer y a sus hijos, el caso fué que Ernesto cambió radicalmente, tanto de carácter como de costumbres. De la noche a la mañana pareció tomarles una repugnancia tal a las bebidas alcohólicas, que las veces que lo tentamos a beber, nos rechazó terminantemente el ofrecimiento. En sus palabras había una firmeza tal, que nos dió la gratísima impresión de que habíamos logrado nuestro propósito; más que calmar, anular su vicio. Aceptaba entusiasmado nuestros consejos, se avergonzaba de su vida arrebatada bajo el influjo del tóxico, nos prometía con lágrimas en los ojos rehacer su vida maltrecha y reconquistar el cariño de su esposa y el bienestar para sus hijos.

Advertimos a Ana María del cambio, y ella regresó de la estancia ple-

De JAIME FALCON

ANVERSO Y REVERSO DE LA ACTUALIDAD BIBLIOGRAFICA

● BOLETIN DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA...

Con motivo del cincuentenario de la Biblioteca Pública (1884-1934) ha publicado un magnífico número especial destinado a hacer conocer la importancia alcanzada por aquella institución y el museo de la Facultad. Colaboran en dicho número conmemorativo: Ricardo Levene, Alberto Palcos, Hanny Simons, Arturo Capdevila, Narciso Binayán, Diego Luis Molinari, Luis Aznar, Antonio Salvadores, Pedro Henríquez Ureña, Amado Alonso, Rafael Alberto Arrieta y otros.

● CRISOL DE ENSUEÑOS...

...título romántico de un libro de versos de ANTONIO MILLAN RAMOS (hijo). Versos de juventud en que se canta a los "veinte abriles", a los "vergeles de flores" y otras ingenuas retóricas de la temprana edad, disculpables en el poeta bisoño, pero no en el educacionista.

● PIEDRAS DEL CAMINO...

...poesías de JOSE MASCIAS (hijo). Su prologuista, Juan José Morosoli anticipa: "Mascias, como lo advertirá el lector, es una araña de caminos comenzados. Promete conducir a todas partes y no lleva a ninguna..." Por el estilo son las piedras que encuentra en su camino sentimental; las sortea con despreocupación, cayendo unas veces en la expresión prosaica y simplista y otras diciendo cosas candorosas con apariencia de poéticas. "IMPRESORA URUGUAYA, S. A. MONTEVIDEO."

● EL NACIONALISMO ARGENTINO Y LOS OBREROS SOCIALISTAS...

...es el libro de A. H. VARELA, respecto al cual dice ALBERTO E. URIBURU, en el prólogo: "Este libro tendrá trascendencia, porque es el primero, entre nosotros, que plantea sin una pizca de pudor liberal, el gran problema de la transformación del Estado."

● LECTURAS FAMILIARES Y ACCION SOCIAL...

...es un pequeño volumen en que la autora, G. O. C. DE WILDE, dama de abolengo social e intelectual, ha reunido algunos relatos y crónicas de hechos y cuestiones observadas directamente en el medio social y religioso que la autora ha frecuentado. Interesan particularmente las informaciones sobre el origen de algunas instituciones, y algunas notas de viaje.

● ANGLO-SOUTH-AMERICAN READER...

...libro de lectura ideado como complemento de los métodos y manuales usuales para la enseñanza del inglés. Proporciona material de trozos en verso y prosa metódicamente graduados, teniendo en cuenta el ambiente característico suramericano. La obrita está planeada y compilada por los profesores EVELYN M. BELL y M. C. K. DE LOPUJIN DEMIDOW.

tórica de vida, acariciando la esperanza de aquel renacimiento feliz.

Poco tiempo después de una pausa aparentemente feliz, Ernesto tornó a vivir con más intensidad que antes la depravación a la que lo condenaban sus taras, y una vez más perdió el empleo que tan dignamente había conseguido.

Ante lo irremediable, Ana María se refugió en el amor de sus hijitos.

Yo la visitaba casi cotidianamente. En una de mis visitas sorprendí una escena desgarrante. Oí que Andrés, el mayorcito, le preguntaba:

— Mamita, ¿no se enciende el fuego hoy? ¿Te has olvidado?

Vi cómo ella se tapaba la cara para ocultar el llanto.

— Mamita — insistió la criatura. — ¿Lloras? ¿Por qué?

El pequeño quedó sin contestación. Tomé rápidamente mi portamonedas, y a pesar de sus resistencias, puse un billete en sus manos.

VI

Durante dos años atormentó mi mente la presunción de algo de trascendental importancia en la vida dolorosa de mi buena amiga. Algo que ella no se atrevió a decirme nunca. Algo que pugnaba por salir de su interior y que ella hacía esfuerzos sobrehumanos por contener.

Un día la encontré echada en la cama llorando amargamente. Me esperaba.

—¡Lucy! — exclamó sorprendida al verme. En seguida saltó del lecho, y echándose en mis brazos, apretó fuertemente la cabeza contra mi pecho. Lloramos juntas.

Ese día me reveló el secreto.

—¡Mi hogar, Lucy, Lucy querida, está deshecho!... ¡Ya nada espero, porque mi vida ha venido al mundo con una predestinación fatal! Mis hijos pagarán inocentes estas trágicas e injustas consecuencias. Uno de ellos perpetuará las taras del padre... Será..., ¡quién sabe qué será! El otro, el chiquito, Lolito, que nació sano, que crece fuerte y robusto, ¡quién sabe qué suerte le espera!... ¡La suerte de mis hijos es mi mayor tormento! — me decía con desaliento.

— Sepárate de Ernesto, Ana María; creo que esa es la única salvación. Podrías venir a vivir con nosotros.

— No es posible, Lucy. Lee...

De su seno sacó una carta. La leí con avidez. Era de Ernesto. En ella le manifestaba su deseo de alejarse para siempre, y en su parte más dolorosa la culpaba de sus desgracias. "Muchas veces — le decía — he pensado en nuestra situación. En mis momentos de lucidez no podía soportar el dolor de mi caída. Muchas veces he pagado para sentarme a llorar a las mesas de los bares, refugio anhelado de mi vida náufraga. No podía sobrellevar el dolor inmenso de saberte perdida para siempre. Yo fuí culpable al dar mis primeros tropezones sobre el abismo, a cuyo fondo me arrojó tu infidelidad."

Levanté los ojos sorprendida. Ana María me miró avergonzada. Continué la lectura: "Y he aquí la distancia que media entre tú y yo. Desde el día que te sorprendí en los brazos del otro, freno estos impulsos locos de vengar mi deshonor. Pensé que el honor podía serme negado con anticipación a ese hecho, que no tenía derecho a protestar por esa infamia, porque mi vida misma era una cosa infamante. Ebrio, inconsciente, buscaba mi viejo nido. Así pude convivir contigo, imponiéndome la obligación de injuriarte, de atormentar tu vida pecadora. Nada te faltaba. Otro que no era yo adquiría, brindándote un mendrugo, el derecho de poseerte y de afrentarme. Esto ha trascendido, y yo que guardé el secreto, que viví consciente de tu adulterio y que ninguna reacción intenté para evitarlo, huyo enlodado de ti y de mi hijo, con el corazón sangrando, con la voluntad muerta, ahogando en las copas repletas de olvido el recuerdo del nido que pudo ser nuevamente feliz como en sus primeros tiempos. Sin embargo, llevaré mi crueldad hasta el extremo. No tolero ni consiento nuestro divorcio. Si él se realizara, se cumpliría esa venganza; saciaría en ti y en tu amante esta sed terrible que me devora y me aleja."

—¿Es este el secreto que no te atrevías a decirme?

—¡Cómo me comprendes! Ese es, Lucy. Temí perderte; eres mi única amiga sincera, mi única confidente. Guárdalo. Tu madre, como mis hermanas, deben ignorarlo siempre. Ellas no me perdonarían... Tú comprendes el porqué de este pecado. ¡Dios me absolverá!

— Y yo también, Ana María.

— Has leído la carta. En ella me condena a mantener indisolubles los lazos que me unen a él. No me importa eso, Lucy. Creo que sólo la muerte podrá romperlos; pero me rebela su inculpación. No porque no sea cierta, he sido infiel. Ernesto no comprendería nunca el porqué de mi infidelidad. y, sin embargo, él ha sido el único causante. Ni yo ni Nono somos culpables. Como ahora, Ernesto se ha ausentado muchas veces durante largas temporadas, dejándome en el más completo abandono. Ahora se va a Tucumán. Volverá quién sabe cuándo... Nono es un hombre noble, virtuoso y bueno en extremo. Nadie más que él comprendió y sintió con más intensidad mi tragedia, poco tiempo después del nacimiento de Andresito. Es un buen amigo. Hace más de seis años que nos conocemos. Cuando me vió abandonada, con mi hijito enfermo, se apiadó de mí. Me ofreció su ayuda sin insinuarme siquiera una compensación. Su bondad atenuó los horrores de mi desamparo. Para mí fué un padre; para mi hijo, la salvación. Recorrió con él todas las clínicas, todos los consultorios médicos; ningún remedio era caro cuando éstos eran indispensables para la salud de mi hijito. Me visitaba a menudo, y no obstante, no puedo reprocharle ni siquiera una insinuación que atentara contra mis deberes de mujer honesta. Venía a visitar al nene sin hacer mención de las provisiones que me enviaba regularmente, ni del dinero con que obsequiaba a mi hijo. Vivía tranquila. Había llegado hasta a olvidar a Ernesto. Más aún: mi marido no me interesaba ya. En sus breves estadas en casa había llegado a ser un tormento. El alcohol lo había reducido a una piltrafa. Todos los días llegaba a casa borracho; vivíamos separados bajo el mismo techo. Ni yo le interesaba, ni él podía provocar en mí más que repugnancia. Cada vez que emprendía un viaje me dejaba una carta y desaparecía por una larga temporada. Se olvidaba hasta de que teníamos que comer, y se alejaba dejando que yo me arreglara como pudiera. Fué entonces cuando Nono comenzó a llenar mi mente. Hay un instinto que juega un papel preponderante en nuestra vida. Llegué a desear a Nono. Cuando él se dió cuenta, prolongó el intervalo de sus visitas. Pero un día no pude contenerme más. Y aquel hombre que me amaba en silencio, que con tanto respeto me trataba, hizo de mi vida sacrificada un culto. Yo anhelé con todas las fuerzas de mi alma, con todo el imperio de mi instinto, esta unión que nadie puede condenar. He aquí el porqué de mi pecado. Este pecado mío engendró a Lolito. Mis dos hijos le llaman Nono. Deberían los dos llamarlo papá. A pesar de todo, no vivo feliz. La vida de

(Continúa en la página 53)

El FOLLETIN de "MUNDO ARGENTINO"

La CIUDAD sin ALMA

Por WARWICK DEEPING

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Como ayudante del doctor Tredgold, el doctor Juan Wolfe se instala en la casa de aquél, que es un hombre solemne y aparatoso, lo contrario de Wolfe, sencillo y natural. El doctor Tredgold atiende a los enfermos distinguidos de la localidad, mientras que su colega es designado para atender a los humildes.

III

En el consultorio del doctor Tredgold, sobre la chimenea, encerrado en una caja de cristal, había un microscopio polvoriento. Era una "pieza de exposición", como la obra maestra que el artífice exhibe en el escaparate de su negocio para indicar al pasante lo que es capaz de producir en las grandes ocasiones. El doctor Tredgold no ponía sus manos en él desde hacía muchos años, tal vez desde el día en que lo había comprado. Lo mismo que le ocurría con su fina colección de instrumentos, la mayoría de los cuales se habría visto en figurillas para manejar diestramente. Uno y otros formaban parte del escaparate de "Buena Vista", al par de las alfombras de la suntuosa residencia, o de la platería, o del primoroso cupé con su tronco de magníficos tordillos.

A Wolfe, desde el primer momento, se le fueron los ojos tras del microscopio. Un día, después de almorzar, Tredgold lo encontró limpiando los lentes y el espejo del aparato.

— Supongo que no habrá inconveniente en que use esto, doctor — inquirió.

— Al contrario, mi estimado doctor Wolfe. — La digestión siempre tornaba a Tredgold más efusivo que de costumbre. — Puede usted usarlo todas las veces que quiera — asintió con benévola condescendencia. — ¿Qué va a ser eso? ¿Un poco de herborización?

— Deseaba observar algo menos conocido que las plantas medicinales, doctor: aguas estancadas y protozoarios — dijo Wolfe en el tono del que confiesa una censurable curiosidad.

— ¡Ah! ¡Interesante! ¡Interesantísimo! — exclamó el viejo, que tenía una idea muy vaga de los protozoarios, como que en la vida había aproximado su pupila al ocular de un microscopio. — Muchas veces he lamentado no disponer de tiempo para tan científica recreación. Hace bien en cultivar esos entusiasmos, usted que puede, amigo mío. Aproveche mientras es joven.

Si el doctor Tredgold hubiera sospechado el objeto de las investigaciones de Wolfe, seguramente no había manifestado tanta complacencia. Pero estaba convencido de haber inculcado a su ayudante, a raíz de la primera reprimenda, el sentido de su propia posición. El incidente provocado por la dislocación del hombro de sir Jorge, aunque muy cercano en el tiempo, ya se hallaba lejos en la memoria. A partir de esa noche, Wolfe se había conducido con discreción y mesura, y además con buena disposición para aceptar cualquier clase de trabajo que le asignara. A Tredgold le había tocado siempre tratar con jóvenes dóciles y acomodaticios, con alma de muchachos, que se dan prisa en cumplir sus tareas para ir a jugar al billar o a las cartas en el salón del Hotel del Ciervo Blanco. Pero Wolfe ni esto hacía. Por lo tanto, Tredgold informó a su esposa que el nuevo ayudante se comportaba a su entera satisfacción. Y como el joven no fumaba dentro de la casa, ni aportaba jamás por la sala, ni se mostraba tan glotón como la primera noche, doña Sofía se inclinaba cada vez más a considerarlo como a una persona bastante pasable.

Entretanto, nadie parecía haberse enterado de las misteriosas andanzas de Wolfe por todos los rincones de la ciudad. El joven médico era demasiado astuto para malograr la misión que se había impuesto en Navestok obrando precipitadamente o con ostentación. No siendo de los que hablan fuera de lugar, quería observar y volver a observar muy bien las cosas antes de pronunciar una sola palabra o traicionarse con una actitud.

Naturalmente, Wolfe no había dicho nada de las muchas negligencias o errores que descubriera en los casos asistidos por Tredgold, habiéndose limitado a modificar los tratamientos sin insinuar jamás la menor duda acerca de la "vasta experiencia del doctor".

Atendía a sus pacientes con solícito cariño. El vecindario se sorprendía de que el nuevo ayudante de Tredgold se molestara en permanecer más de cinco minutos en cada casa que visitaba. Los más serviles trataban de adularlo haciéndole notar el contraste entre su preparación y la torpeza de sus predecesores, aunque pensaran que su bondad y su llaneza eran el velo con que intentaba cubrir su incapacidad. La verdad sólo la conocían los enfermos, que tenían fe en él y se sentían aliviados con su simple presencia; pero la olvidaban en cuanto recobraban la salud.

Una tarde de marzo llegó a "Buena Vista" un mensaje de la señora de Mascall para el doctor Tredgold. Hallábase éste ausente y Wolfe trabajando en el gabinete en la preparación de algunos medicamentos. La criada entregó la carta a doña Sofía, que era quien, en ausencia del esposo, ejercía la jurisdicción en materia de llamados.

Doña Sofía conocía perfectamente a todo el vecindario y tenía un olfato privilegiado para husmear las buenas presas en la clientela de su marido. Enviar a un subalterno como Wolfe a ciertas casas de Navestok había sido una falta de tacto, una locura imperdonable. Pero la viuda de Mascall era, a su entender, de una categoría que no podía ofenderse porque la atendiera Wolfe en lugar de Tredgold. Además, los Mascall no interesaban como clientes; era gente que gozaba de una irritante buena salud, o que, en todo caso, evitaba en lo posible incurrir en gastos de médico.

— Susana, entrégale la carta al doctor Wolfe. Dile que vaya en seguida y trate de remediar las cosas como pueda; que el doctor no estará de regreso hasta muy tarde.

Wolfe recibió la orden y se apresuró a cumplirla. Él mismo ensilló el caballo que Tredgold tenía reservado para uso de sus ayudantes, y partió a escape hacia la granja de los Mascall, cuya ubicación no ignoraba, porque le habían bastado tres semanas para conocer la ciudad y sus alrededores como la palma de su mano.

Junto a la verja blanca de "El Brezal" estaba aguardándole un muchacho, que le ayudó a apearse y se hizo cargo del caballo. Wolfe cruzó el jardín, y siguiendo un camino empedrado entre dos hileras de añosos cipreses, llegó hasta el pórtico. La propiedad era muy antigua, como lo atestiguaba la fecha, 1768, grabada sobre una piedra en el frente de ladrillo; pero todo estaba tan bien cuidado, que producía en el visitante una grata impresión de frescura.

En el momento en que Wolfe se disponía a posar la mano en el llamador de bronce de la señorial puerta de cedro, entreabrióse ésta de pronto, y el médico se halló frente a una muchacha alta, de una delgadez más bien desgarbada, cuyos cabellos negros le caían sobre los hombros. Acababa de bajar precipitadamente la escalera del vestíbulo y brillaba en sus ojos pardos una ansiosa expectativa. Mas en cuanto la puerta se hubo abierto del todo, Wolfe vió cambiar repentinamente la expresión del rostro de la muchacha.

— Pensé que era el médico — explicó, alzando los ojos hasta los del desconocido. — Como lo esperábamos de un momento a otro...

— No se ha equivocado, señorita. Soy el ayudante del doctor Tredgold.

La joven observó a Wolfe con no disimulado disgusto y mantuvo la mano en el picaporte.

— Pero es que nosotros hemos llamado al doctor Tredgold.

— Así es, señorita. El doctor Tredgold estaba ausente, y como la misiva de la señora de Mascall encarecía urgencia, he venido yo por si puedo ser de alguna utilidad.

La mirada de la muchacha seguía fija en Wolfe. Por el momento parecía desafiarlo, como si aguardase el veredicto de su intuición para franquearle el paso. Wolfe le devolvió la mirada con la franqueza del que no espera sufrir una repulsa.

— Si usted prefiere esperar dos horas, o más tal vez — dijo, — me volveré como he llegado y haré que venga el doctor Tredgold.

— Sería un disparate — afirmó ella, comenzando a formarse una impresión decisiva.

— Así me parece — corroboró él.

La joven sonrió, y su mano abandonó por fin el picaporte.

— Usted comprenderá, doctor... Mi desconfianza...

— Comprendo y justifico sus dudas, señorita. Mi traza no es quizá la que más conviene a mi profesión.

— No es eso, doctor, sino que los ayudantes del doctor Tredgold...

El desparpajo del desconocido aventajaba de tal modo al suyo, que la muchacha se sentía turbada.

— Los ayudantes del doctor Tredgold — completó él la frase interrumpida — suelen ser jovencitos ignorantes y chapuceros.

— ¡No he querido decir eso!

— Pues dígalo, y nos daremos la mano sobre ese particular.

Riéndose, ella se apartó para dejarlo entrar.

— Voy a avisar a mamá — dijo. — ¿Quiere decirme su nombre, doctor?

— Wolfe.

— Wolf — dijo ella con picardía, para que el apellido quedara convertido en *lobo*.

— Pero no tema, señorita — dijo él sin inmutarse ante la pulla. — Soy un lobo manso. La gente no se cuida de cerrar las puertas cuando me acerco.

La joven volvió a mirarlo, esta vez con simpatía, y corrió escaleras arriba, ágil como una gacela.

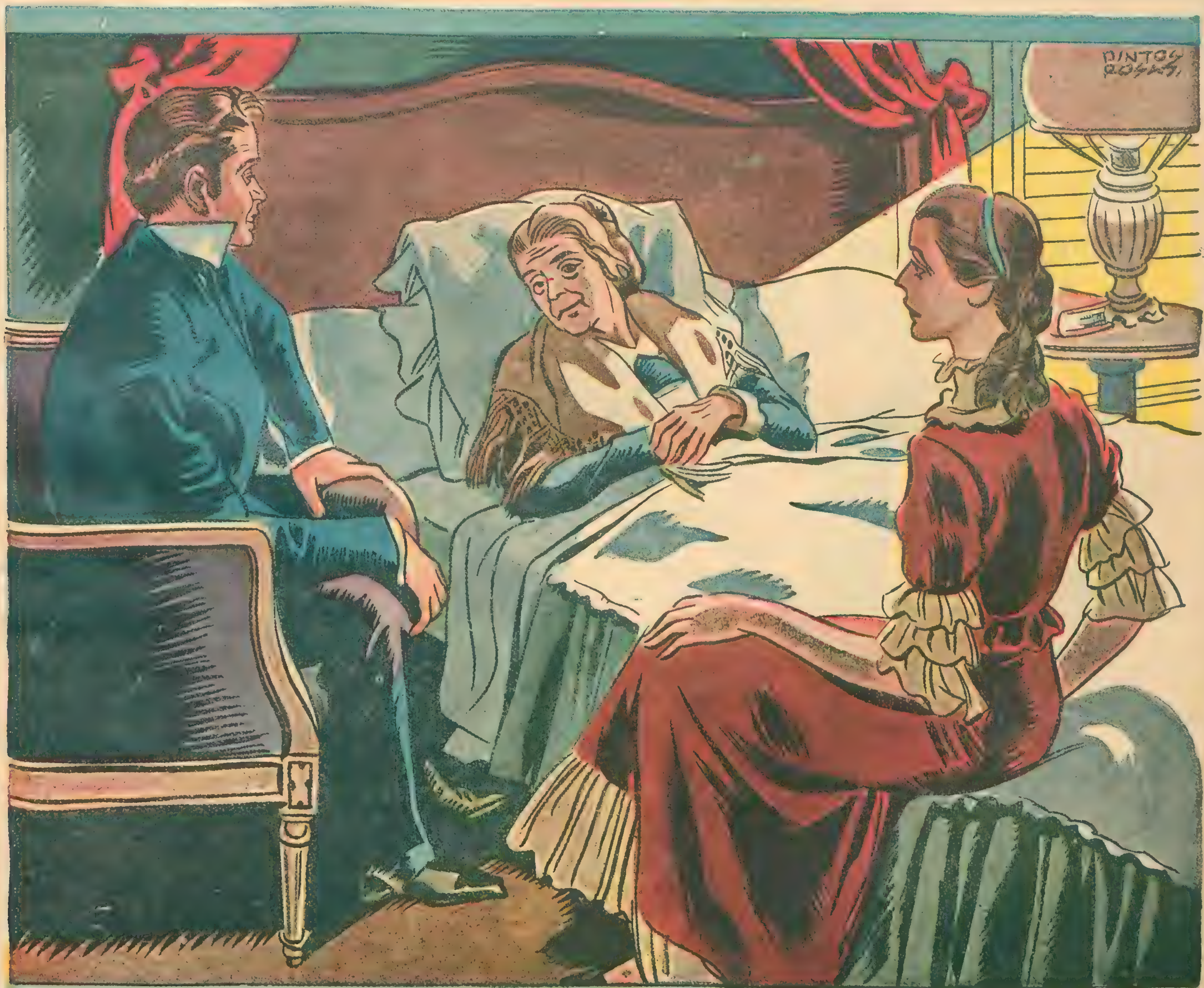
Wolfe quedó esperando en el vestíbulo. Le había hecho gracia la jovencita. Debía de tener diez y siete años a lo sumo. Su impetuosidad, su desenvoltura, la hacían simpática; no su belleza, pues su rostro no era siquiera bonito: la barbilla más bien prominente, la boca demasiado grande, los pómulos algo angulosos. Pero, como muchas caras imperfectas, tenía la fascinación de sus irregularidades, y sus característicos y provocantes chispazos de expresión surgían como destellos de sol entre los jirones de un cielo nublado.

No tardó en regresar. Estaba seria y preocupada.

— Haga el favor de subir, doctor. Mamá ha empeorado de pronto. Apenas puede respirar.

Trepando los escalones de dos en dos, subieron ambos al piso alto. La señora de Mascall no estaba tan grave como su hija suponía. Se trataba, simplemente, de un acceso de asma. Wolfe le propinó un medicamento improvisado con las drogas de su botiquín de mano y se sentó en silencio aguardando el efecto del remedio.

— Ha sido una suerte que viniese usted tan



pronto — dijo la enferma a Wolfe en cuanto se sintió aliviada. — No sé cómo agradecerle su eficacia, doctor. Lamento haberlo molestado, pero me sentía tan mal...

— Los médicos, señora, vivimos para ser molestados.

— No se oye decir eso con frecuencia, sin embargo — hizo notar la señora, reprimiendo un golpe de tos.

— No le conviene hablar todavía — dijo Wolfe. — Quédese quieta y callada el mayor tiempo posible.

— Resultará un poco difícil — replicó ella, risueña, — porque soy una charlatana incorregible.

— Lo cual significa que debemos retirarnos — dijo Wolfe, dirigiendo una mirada a la muchacha y poniéndose de pie. — No creo que el ataque vaya a repetirse. De todos modos, mañana vendrá el doctor Tredgold y...

— ¡No, por favor! Muy pocas veces en la vida he necesitado de él; pero le aseguro que no me inspira confianza. Ha sido una suerte que viniera usted en lugar de Tredgold. En sus manos me encomiendo, doctor Wolfe — dijo, tendiéndole cordialmente las suyas; luego, volviéndose hacia su hija, agregó: — Elsa, acompaña al doctor hasta la puerta.

Juntos bajaron la escalera.

— Doctor Wolfe — dijo ella cuando se despidieron en el vestíbulo.— le ruego que me perdone; he sido una necia.

— Al contrario, señorita Elsa — sonrió él: — yo pienso que ha procedido usted muy cuerdamente.

IV

Daban las once en el reloj de la iglesia cuando un muchacho entró corriendo en el despacho del señor Turrell, el cervecero, y le informó:

— Ahora puede encontrarlo, señor. Está en la plazoleta de la Fuente.

Turrell pareció comprender el significado de tan obscura información, porque se levantó al punto, se encasquetó el sombrero, cruzó el patio de la cervecería y caminó rápidamente hacia el sitio indicado, deteniéndose bajo el arco de una especie de zaguán estrecho que desembocaba en la plazoleta.

Turrell se quedó parado en el zaguán, observando a Wolfe, que iba y venía por la plazoleta, haciendo resonar las baldosas con la contera de su bastón. Los ojos del cervecero brillaban de satisfacción. "¡Por fin te pesqué!", parecían decir.

Algunos de los terratenientes de la ciudad no eran ni ciegos ni tontos; Turrel entre ellos. No podían ver con buenos ojos al ayudante de Tredgold con las narices siempre metidas en cosas que, a su juicio, no le correspondían. Quizá Wolfe veía llegar la tormenta que se cernía sobre él. Pero estaba decidido a llevar sus inquisiciones hasta el fin, sin preocuparse de las consecuencias que podría acarrearle el hacer públicas oportunamente sus sensacionales revelaciones. La vida en Navestok, especialmente la de los humildes y los pobres, corría por un cauce de vergonzosa miseria, incuria e insalubridad.

Turrell, cuyas rentas provenían principalmente de los alquileres que cobraba como propietario de la mayor parte de las inmundas viviendas de la ribera del Wraith, fué el primero en reaccionar contra el excesivo celo de Wolfe.

El cervecero gozaba de la reputación de ser el hombre de peor genio en Navestok. Había sido un pendenciero en su juventud, y en la misma escuela se estaba formando su hijo Héctor.

Habituado a vociferar cuando se dirigía a sus obreros y sus sirvientes, no se tomó la molestia de acercarse a Wolfe para interpelarlo.

— ¡Eh! ¡Oiga usted!

El vozarrón semejaba un rugido. Wolfe vió a un hombre cuya corpulenta figura llenaba casi enteramente la entrada de la plazoleta. Sus largas patillas rufas, que llegaban a tocarle las solapas, daban a su rostro, de una fealdad horrible, una expresión diabólica, que acentuaba el brillo felino de sus iris verdegrises. Después de observarlo un momento, Wolfe, impertérrito, extrajo un frasco del bolsillo, hizo funcionar el brazo de la bomba y llenó el frasco.

— ¡Eh! — volvió a vociferar el cervecero. — ¡Venga aquí!

Wolfe seguía indiferente a los gritos, como si no los oyera; pero en las puertas y ventanas se mostraron muchas cabezas curiosas. Turrell estaba muy pálido, y esto era señal segura de su enojo.

— ¿Es sordo usted o se hace el sordo?

En cuatro zancadas estuvo junto a la bomba. No ignoraba que sus inquilinos observaban la escena. Por eso le exasperó más la tranquilidad de Wolfe.

— Perdone, pero francamente, señor... — dijo éste.

— ¿Sabía usted que no estoy acostumbrado a que nadie se haga el desentendido cuando le hablo?

— Yo, señor, casualmente tengo por costumbre no contestar jamás cuando se me llama a gritos.

— Sí, ¿eh? — masculló el viejo. — ¡Bonita respuesta para un simple subalterno! Me gustaría saber qué es lo que ha venido a hacer usted en mi propiedad.

— Ejerzo mi profesión, señor.

— ¿Pretenderá que estaba medicinando a la bomba? — gruñó Turrell, haciendo una mueca que podía tomarse por sonrisa. — Lo que le conviene, joven, es limitarse a los asuntos que le conciernen.

— Es que esto — dijo Wolfe, colocando el corcho a la botella con deliberada parsimonia — me concierne muy directamente, señor Turrell.

— ¡Nada de fanfarronadas ni de impertinencias, por favor! Nosotros no recibimos órdenes de jóvenes agitadores políticos forasteros que vienen a la ciudad con un peine y un par de zapatillas por todo bagaje. No estoy aquí para discutir, caballero, sino simplemente para indicarle que debe pensar nada más que en sus píldoras y ungüentos. El agua de esa botella es de mi propiedad. ¡Devuélvamela!

— El frasco me pertenece, señor.

— ¿Es el viejo Tredgold quien te ha ordenado hacer esto?

— El doctor Tredgold no ha soñado en semejante cosa.

— ¡Ya me parecía! Tiene demasiado buen sentido. Es él la única persona responsable en esta ciudad, y no cualquier componehuesos que gana dos libras por semana. A la gente de esta clase, cuando se da demasiadas ínfulas, la echamos a puntapiés. ¿Comprende? ¡Deme esa botella!

Wolfe la destapó, y manteniéndola invertida, dejó caer su contenido sobre el piso, a los pies del cervecero.

— Aquí tiene su propiedad, señor. — Miró al cervecero en los ojos, tapó el frasco y lo guardó en el bolsillo. — Me alegro de que nos entendamos mutuamente, señor Turrell. También los simples subalternos tenemos nuestras responsabilidades. ¡Buenos días!

— ¡Vaya una insolencia! ¿Se ha creído usted que ..?

Era inútil continuar, porque estaba dirigiéndose a las espaldas de Wolfe. Además, las caras asomadas en derredor de la plazoleta formaban un círculo de sonrisas maliciosas.

Bien podía reír la gente ante el curioso espectáculo de dos hombrones disputándose inexplicablemente la posesión de unos pocos gramos de agua encerrados en un frasco azul.

(Continúa en el número próximo.)



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

EL ALMA

El alma es en la vida la hoja de acero de la espada que va al combate; es el arma que se lleva en la mano cuando se atraviesa la zona peligrosa del desierto, poblada de enemigos sanguinarios.

El alma está construída de un material decididamente fuerte y evidentemente sutil. Con ella tocamos todas las penas, y si su acero no está bien templado, penas grandes o penas chicas pueden dejarnos sin defensa para todo el camino de la vida.

El alma vigorosa, valerosa y fuerte es en la vida la salvación. Nada es más detestable que ver a las mujeres exteriorizando dolores y sufrimientos. Las almas vigorosas saben sobreponerse a las dificultades.

Quien recibe las dificultades de pie es como quien recibe a la fiera con el arma pronta y el brazo extendido. Ante las almas firmes, las penas huyen. La mayor parte de las mujeres son su propio enemigo. Si emplearan en la reacción el tiempo que emplean en lamentaciones y lágrimas, desarrollando la voluntad a favor de la resignación, el olvido y el consuelo, no habría desheredadas de la suerte ni esclavas del sufrimiento.

Hay que recomenzar siempre la lucha y la vida. No hay que arrinconarse a llorar; hay que armarse siempre de valores y de corajes nuevos.

Es heroico aprender a reír cuando sólo se tienen ansias de llorar, y es, además, cumplir con un deber de consideración a favor de aquellos que nos rodean y aman; y si es verdad que les amamos, no podemos, pues, causarles dolor con la constatación de nuestro sufrimiento.

¿Que llevamos la fortuna en contra? ¿Que la suerte nos da la espalda? ¿Que el viento nos pega siempre en la cara? ¿Que la corriente es fuerte y la llevamos a la inversa? Y bueno, procuremos conquistar a la fortuna; a ella le gusta la gente osada y astuta.

La suerte es veleidosa y sufre de caprichos; logremos catequizarla, porque ella ama a los decididos y a los alegres.

¿El viento es fuerte? Encojámonos un poco cuando sea demasiado recio; afirmémonos a la tierra que pisamos y de pronto levantemos la frente, desafiante, y aguantémosle, que no hay elemento en contra que no venza la decisión.

El mar de la vida, al que vamos derrotando brazada por brazada, por muy violenta que sea su corriente y por muy en contra que la llevemos, no deja hundir en ella al que a ella se arroje con ánimo y bizarría.

Bríos frente al dolor, esfuerzo frente a la adversidad y resolución de no dejarse abatir. Por duras que sean las pruebas a que el destino nos someta, siempre llevamos en el alma un rayo de sol; aunque sea aquel de tener que vivir, porque alguien en la vida bebe en nosotros dichas, consuelos, amor o ternuras; un hijo, una madre, un hermano; siempre nos debemos a alguien y no tenemos el derecho de desmayar en las dificultades.

El alma se templa en las penas y en las contrariedades; cada vez que hayamos vencido una dificultad le habremos fortalecido. Cada vez que miremos de frente al dolor y le dominemos, habremos hecho más fuerte nuestra alma; y en la próxima lucha sabremos defendernos con mayor éxito.

El alma en la vida es como la espada en los combates. El acero se templa al fuego, y el alma pasa por todos los fuegos del sufrimiento; si es fuerte no será quebrada; si es débil estará destruída por el primer dolor que golpee contra ella.

LA SOLTERONA

La solterona en la familia es, por lo general, la mujer útil y servicial. La que sirve de madre de los hijos ajenos; la que lleva sobre sus hombros la administración de la casa; la que ordena y cuida. La que vela siempre sobre todo y sobre todos. La que no sabe del amor, pero la que sabe, sí, de indulgencias y de deberes. La que está aferrada al honor. La que a fuerza de ser correcta es a veces un poco juez de la juventud inexperta.

Se dice que la solterona es intransigente y mezquina; que es agria y de carácter malo. La solterona no tiene por qué ser mala; malas o injustas son, sí, las sobrinas o las hermanas que las rodean. Las mujeres que conviven con ellas y que la ridiculizan maltrando su espíritu.

Su existencia sin amor es más noble que la existencia de la mujer enamorada, porque esta última se entrega a un amor y en él encuentra todas las dichas; la más infinita y completa, que es la del amor correspondido.

En cambio, la solterona pone su amor generoso en los hermanos, en los sobrinos, en los amigos, y si la pobrecita hiciera balance, mucho fué siempre lo que dió y nada lo que recogió.

Ella es toda amor, porque la vida es toda amor, y ella pone su ternura por todas partes; la siembra siempre. Ama la casa, la lencería, zurce y cuida los libros; ama todo lo que la distrae y consuela un poco de esa orfandad de amor que lleva en sí.

Si alguna vez esta mujer es triste, es porque sus mismos familiares han rechazado su solicitud comedida a favor de ellos; es porque le han pagado con ingratitudes sus generosos afanes; es porque la han amargado en ese triste marco en que ella ha colocado su corazón, nutriéndole de préstamos en los cariños, aunque ella haya hecho mucho por lograrse derechos en el querer y ser querida.

Conquistar cariños de los hijos que son los propios es ya una tarea ardua y dolorosa, porque es menester dar mil besos y hacer mil favores por recibir el favor de un beso.

No olviden las mujeres jóvenes que no consideran a la tía solterona, que ellas también pueden quedarse solas en la vida; no olviden que la vejez llega para todos, y que también las que se casaron y no tuvieron hijos pueden quedarse solas, y ser viudas es casi ser solteronas, porque lo mismo vivirán de amores prestados de hijos que no son los propios.

No se debe sembrar nunca la semilla que no se quiere recoger. Las solteronas son una especie de hermanas de la caridad. Merecen ternura y respeto.

La ilusión del gaucho que siente el orgullo del coraje y la hidalguía, está en ver perpetuada su vanidad de...

¡Machazo!

...en el hijo que perpetuará la tradición de su atávica y galante guapeza.

Narración cuyana por
GERMAN CARRASCO Y GARCIA



DI ánde habrá salido este chisgarabís, puro melindres y dengues, como solterona ennoviada! ¡Si es de no creer!...

Barbilindo y apocado de suyo, Miguelucho achicábase, aun más, por los gritos y aspavientos de su abuelo.

—¡Miguelucho! Miguelucho!...

—¿Qué me manda, tatita?...

— Salga de áhi, pos... ¡Tatita, tatita!... ¡Ni que jueras niño 'e teta!...

— Y... de áhi..., ¿cómo le hi de llamar?...

—¡Tata! ¡Tata! Ansina, roncando juerte y jumiando grapa... o giñebra... ¡A ver, caracho!... Atrancá la puerta y la ventana del lao del poniente; se nos viene la tormenta de allá, del Chorrillo. Indispués montá en tu zainito pa juntar esa puntita de terneros, que ha de andar por lo de ña Rosario. ¡Ah! Al guachito pampa, lo dentrás en el galpón. Movéte, pos...

— Ya voy, tata; ya voy...

—¡Cachorro 'e tigre... digenerao! Tenía que verlo su tata, que en gloria esté. ¡Se me moría el finao!...

El pueblo estaba hacinado en el fondo del cucurucho que formaban sus altas sierras pardas e infértiles. Ríspidas tunas coronaban las cúspides, montando guardia. A la oración, estos centinelas, de innúmeros brazos, proyectaban sobre la población sombras siniestras...

Se rendían los árboles al ventarrón norteño, y en sus genuflexiones barrían el suelo enteco, reseco.

La conseja era de ayer, nomás. Sólo a una generación había precedido la que tuvo por concreción en el lugar al gaucho Javier, antonomasia que éste había conquistado por su destreza en la esgrima criolla, la gracia de sus indirectas, la majeza de su porte, lo pintoresco de sus bromas y la poesía de sus canciones; todo esto, con la aleación de su condición de hombre bien nacido, que lo mismo era un hábil piloto de derrota en la conducción de una "punta" de cientos de reses bravas, como en las justas cuadreras batía "con luz" al centauro más "mentau" de veinte leguas a la redonda.

"¡Ah!... ¡Ah!...
Dulces como higo 'e tuna,
son los besos que vos das,
y aunque tienen sus espinas...,
me quiero en ellos pinchar..."

—¡Rosa!

—¡Javier!

—¡Chis! ¡Linda como una virgencita!

—¡Mal crestiano!

—¿Y.. de áhi?... ¡Dios me perdone!...

—¡Calle! ¡Calle! ¡No le he de perdonar! ¡Hereje!...

— Y si vos se lo pedís... ¿No te hará juicio?

— No hi de pedírselo, ¡oh!...

—¡Tan malita, la negra miya!...

Se suprimió la luz que separaba sus cuerpos. El diálogo monosilábico se interrumpía, para dar suelta a la presión ejercida por aquel amor puro, que se fundía en el ambiente, como si el varón y la mujer fueran aquellos dos cactos que, entrelazados, crecían injertados desde sus raíces.

—¡Adiosito! ¡Adiosito!

—¡Javier!

—¡Rosa!... ¿Por qué son tan dulces tus besos?...

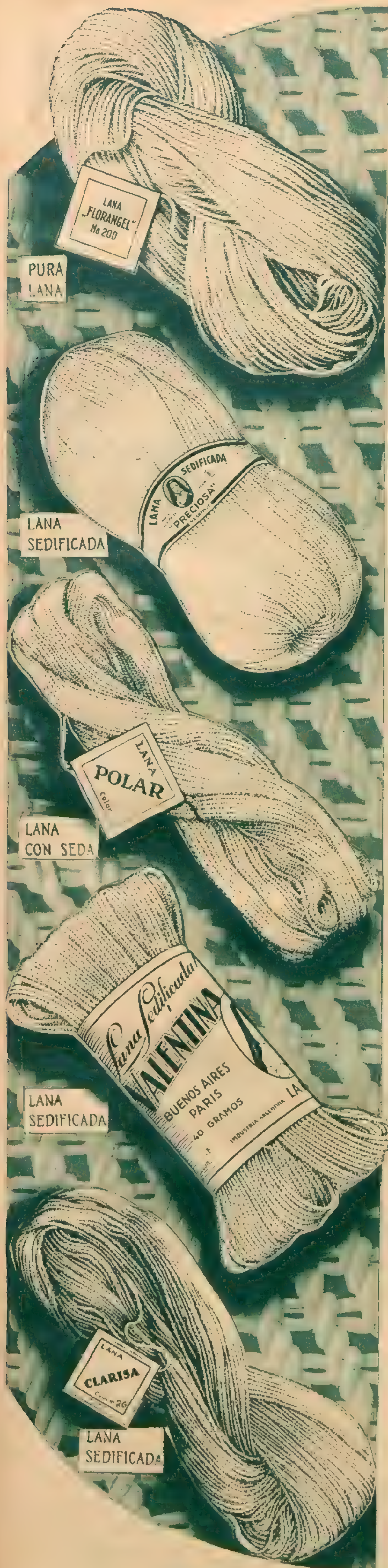
La flor del ceibo afloró en el rostro de la amada.

Y aconteció lo inaudito, lo inverosímil. La fatalidad extendió sus sombrías alas sobre aquellas dos almas sencillas y simples como el paisaje, a cuyo ambiente se sumaban; y fué así cómo esa noche, al separarse, quedó entre ellos clavada en el suelo, como la cruz del Gólgota, la daga del gaucho. A medida que la luna rielaba por la ruta del sol, los brazos del Redentor se abrían más y más...

"¡Ah!... ¡Ah!...
Me voy p'al lao de la luna,
mi negra la más querida,
porque así se va quedando
hacia'trás la sombra miya..."

—¡Ave María! ¡Chis!... ¡Ta güeno con mi aparcero! Se me hace que le pone cara 'e ascos a los amigos... ¡Y sigue ñublao!...

(Continúa en la página 45)





Hoy como Ayer

la mujer—tejedora siempre exigente—sigue prefiriendo la lana pura, la lana tibia, suave y cariñosa, la lana que no encoge, la mejor lana del mundo, la lana que justifica el trabajo de tejer:

"LA RELIGIOSA"

He aquí algunas variedades de la lana La Religiosa, de la que siempre hallará Vd. surtido permanente de colores en todas las tiendas y Casas del ramo.



LOPEZ, GOYA y Cía - PARIS - Bs. AIRES





Complemento indispensable para la conservación de los tejidos de lana:

JABON MASBELLA

35 cts. la pastilla.



Un aspecto de la hermosa piscina de Guanabara, en Río de Janeiro, durante la disputa de las pruebas del Campeonato Suramericano de Natación y Waterpolo. Estas justas deportivas atrajeron, como podrá advertirse, una concurrencia extraordinaria.

CAMPEONATO SURAMERICANO DE NATACION EN RIO DE JANEIRO

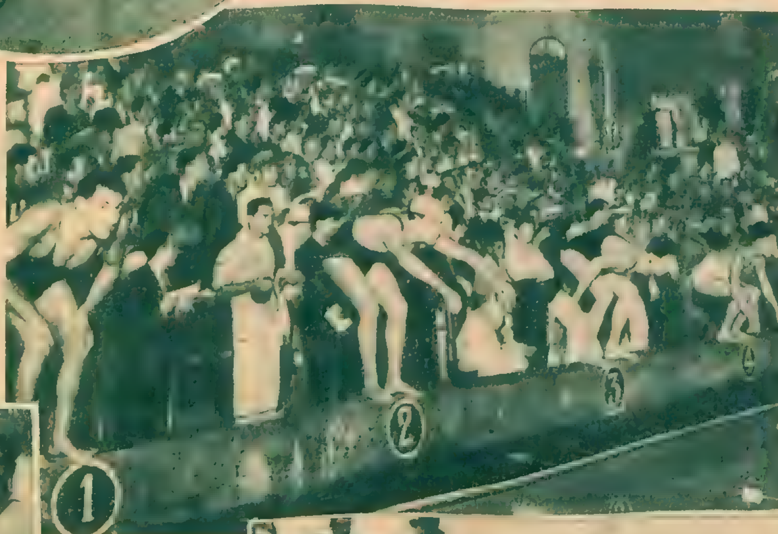


Horacio Dardano, nadador argentino que obtuvo una honrosa clasificación en los saltos ornamentales del importante torneo.





Alfredo Rocca, uno de los buenos nadadores que llevó la representación de los colores argentinos a Río de Janeiro.



Momento en que se larga una de las carreras de 400 metros. Puede advertirse en esta fotografía la gran cantidad de público que acudió a presenciar las interesantes pruebas por el Campeonato Suramericano de Natación

De izquierda a derecha aparecen Jeannette Campbell, ganadora de la carrera de 100 metros, libre, para damas, y las brasileñas Helena Salles y Piedade Coutinho, clasificadas segunda y tercera.



Los componentes del equipo argentino que ganó la posta 4 × 100, integrado por Rocca, Tahier, Panelos y Pepper. Les acompañan los entrenadores Giudici y Stipanicic.



Interesante instantánea que muestra a uno de los deportistas en el momento de efectuar un hermoso salto ornamental.

Fotografías de nuestro enviado especial

FIESTA SOCIAL EN RESISTENCIA



Grupo de concurrentes a la reunión social que tuvo lugar en casa del gobernador chaqueño y que se vió animada por distinguidas familias de la localidad.



El gobernador del Chaco, señor José G. Castells, rodeado de asistentes a la fiesta efectuada en su residencia de la capital de la gobernación, Resistencia, donde goza de generales simpatías.



En primer término, a la izquierda, aparece el señor José G. Castells, y a su lado el doctor Ferrando, el señor Llano, la señora de Wilken y las señoritas Elda y Dina Briolini.



La señorita Tuca Castells, hermana del gobernador del Chaco, sorprendida con algunas amigas durante la fiesta social de referencia.

Fotos Boschetti.

ENTREVISTAS MEMORABLES

La DIPLOMACIA BRITANICA enfrenta al PODER ALEMAN



EL CANCILLER ADOLFO HITLER SOSTIENE CON LOS DELEGADOS BRITANICOS LAS CONVERSACIONES CONSIDERADAS COMO LAS MAS IMPORTANTES REALIZADAS DESDE LA FIRMA DEL TRATADO DE VERSALLES

El 25 de marzo ppdo, es decir, nueve días después de que Alemania restableciese la conscripción obligatoria, reuniéronse en la cancillería de Berlín los delegados británicos y el presidente Hitler, a fin de discutir puntos de notoria importancia en la política europea, entre los cuales se destacaba la denuncia unilateral que de las cláusulas militares del tratado de Versalles había hecho la nación germana. Tal reunión fué el resultado del intercambio diplomático producido entre Francia, Italia y Gran Bretaña, y tuvo por finalidad la verificación de algunos sondeos necesarios para el restablecimiento de una paz absoluta en el continente europeo. Las conversaciones anglogermanas se iniciaron a las 10.30, y continuaron hasta las 19.30, hora en que fueron suspendidas para ser reanudadas al día siguiente. Esta primicia fotográfica que ofrecemos a nuestros lectores fué obtenida minutos antes del comienzo de las deliberaciones, y en ella figuran todos los diplomáticos cuyo estado de ánimo, a juzgar por la expresión de sus rostros, no podía ser mejor a pesar de la enorme importancia de la misión a cumplir. De izquierda a derecha aparecen: en tercer término, el lord del Sello Privado, capitán Anthony Eden; el ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña, Sir John Simon; el canciller y presidente de Alemania, Adolfo Hitler; el intérprete, señor Schmidt; el ministro de Relaciones Exteriores, barón von Neurath; el embajador británico, Sir Eric Phipps y el comisionado alemán a la Conferencia del Desarme, señor von Ribbentrop.

Con engaños y sufrimientos se ganan l



En vueltas convulsivas rueda este fakir hindú de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo. Los nativos están ya habituados a verlo y no se impresionan. El, por su parte, trata de mantenerse alejado de los automóviles y cerca de los turistas para que le den propinas, que a veces son buenas.



A la orilla del camino, con las piernas cruzadas, se sienta este individuo. Fija su vista en la punta de la nariz, y durante diez horas permanece inmóvil, sin duda pensando en lo difícil que es ganarse la vida. Asegura que, de esa manera, logra reconcentrarse en sí mismo y hacer luego cosas maravillosas con los demás.



Este encantador de serpientes está jugando con una pitón de ocho metros de largo, a la que domina completamente con el poder hipnótico de su mirada.

Vende pájaros y asegura que los ha dotado de gran suerte, que luego será transmitida por ellos a quien los compre. De acuerdo a lo que el cliente pague, así es la calidad de la suerte que el ave otorgará.



Este otro se arroja al suelo, cara al sol, y se pasa el día arrojándose tierra en el rostro, a tiempo que murmura algo que nadie comprende y que es una cantilena que parece hecha para no terminar nunca.

los hindúes el pan de cada día

Allá, en las lejanas tierras de la India, "el pan nuestro de cada día" es un problema tan real y digno de ser tomado en cuenta como lo es en cualquier parte. Sólo la forma de ganar ese pan es diferente. Otras creencias, otros puntos de vista, o tal vez otro sentido de las cosas hacen que los procedimientos empleados difieran, como se ve, totalmente de los nuestros, aunque la finalidad sea exactamente la misma.



En las ferias de Calcuta no faltan prestidigitadores más o menos improvisados que entretienen a la concurrencia con sus pruebas y trucos, exactamente iguales a los que aquí tanto logran aburrirnos.



No acertamos con la denominación justa que podríamos darle a este sujeto que se ha pasado diez años con su brazo derecho en esta posición, lo que le ha traído las naturales complicaciones. Asegura que su sufrimiento físico le acarreará incontables recompensas espirituales.



El encantador de serpientes instala su "negocio" en cualquier parte, siempre que haya concurrencia. Domina a sus animales sin esfuerzo alguno y es uno de los tipos hindúes que más se han popularizado.



Y por último, logra éxito el que se sienta en una superficie con clavos. Hace mucho que está en esa posición, tan cómodo como en un blando sofá, y allí estará todavía durante meses.



Se está desarrollando en el Club Alberto M. Haynes un campeonato de ajedrez, en el que toman parte numerosos aficionados. La presente fotografía muestra un aspecto de la sala durante el desarrollo de una de las sesiones del apasionante juego.

INFORMACION GRAFICA DE LA CAPITAL



Miembros del Comité Permanente Arquidiocesano de los Congresos Eucarísticos, durante la asamblea que realizaron en el Palacio Arzobispal.



Grupo de niños que concurrieron a la fiesta ofrecida hace pocos días en la Asociación Cristiana Femenina, donde se les brindó un interesante programa de variadas atracciones.



El ministro de Rumania, don Alejandro Buzdugan, con algunos periodistas metropolitanos, a quienes reunió para formular importantes declaraciones sobre la adhesión de los países de la Pequeña Entente al conocido pacto antibélico argentino.

Fotografías de "Mundo Argentino".

Labores



Aplicación del punto Catalina de Médicis

Este punto tan antiguo, aplicado sobre tela de color especial adquiere un aspecto nuevo y verdaderamente inesperado.

En estas dos labores puede juzgarse que este punto, que sólo se aplicaba en los trabajos en blanco, bien combinados los colores, se presta a varios usos.

Tanto el modelo azul como el de color granate están trabajados con siete hebras de algodón color marfil.

La carpeta redonda se remata alrededor con una simple orla a "punto guante". El dibujo interno está combinado de arcos y líneas quebradas con algunas hojas esparcidas. La carpeta granate es de otro estilo más clásico, y en ella están combinados animales y elegantes orlas, todo encerrado en un rico marco. Las esquinas se terminan con borlas de algodón.

PARA LA MUJER

FIESTA INFANTIL



Presentamos en esta página algunos interesantes modelos para niños: 1. Vestido en lana azul celeste, adornado con graciosos pliegues en el delantero. 2. De reps a lunares blancos es este sencillo modelo. Los pliegues de la falda le dan amplitud. El cuellito de piqué blanco resulta novedoso. 3. Este conjunto está formado por un pantalón de sarga azul marino y una blusa de seda, con grupos de pliegues en la espalda y frunces en el cuello y las mangas. 4. Una hilera de grandes botones adorna este vestido en lana beige. Las mangas son cortas y llevan un volado. 5. Muy sentador es este modelito de tela estampada. Lleva motivos plegados que resultan originales. 6. De lana roja este modelito. Puede usarse con una blusa de seda, adornada con plegados. 7. Por su sencillez resulta muy práctico este vestido. El cuellito es de crêpe blanco, adornado con vainillas. 8. Este trajecito puede realizarse en sarga blue y lo adornan motivos en color más obscuro. 9. Los motivos de pespuntes de este modelo lo hacen muy sentador.

PARA LA MUJER

Una CLASE de BELLEZA por SEMANA

Por *JOSEFINA HUDLESTON*

Cómo PROTEGER del FRIO el CUTIS DELICADO

INDICACIONES PROFESIONALES SOBRE COMO USAR LAS CREMAS Y LOCIONES PARA EVITAR QUE EL FRIO AGRIETE EL CUTIS

Para la limpieza del mediodía de la empleada se preparan unas cremas especiales para contrarrestar la irritación de la piel y para proteger el cutis delicado.

Debe quitarse bien del rostro toda la crema de limpiar con una toallita de papel o un paño humedecido en agua tibia.

Aplique bastante aceite alrededor de los ojos. Estas áreas son muy delicadas y deben protegerse del frío para que no se pongan ásperas.

Mezcle media cucharita de una crema lubricante con seis u ocho gotas de aceite lubricante, y forme una substancia de consistencia cremosa para el rostro y cuello.

En el invierno todo cutis delicado se pone áspero. Cada estación trae su problema particular para las que desean conservar la belleza. El calor excesivo y el frío intenso secan los aceites naturales de la piel y la dejan roja, áspera y agrietada. Cuando se presta un cuidado inmediato a esto, se puede pasar el resto de la estación sin preocupaciones.

Las cremas y los aceites deben usarse con mucha generosidad, y el cutis debe protegerse todo lo posible del calor excesivo o el frío intenso. El agua caliente y el jabón deben usarse muy poco, pero si tiene la costumbre de usarlos diariamente para limpiar el cutis, no deben usarse inmediatamente antes de exponer el cutis al viento frío. Voy a darles a continuación un tratamiento que servirá para reemplazar los aceites naturales que se hayan agotado, y también para contrarrestar los efectos tan perjudiciales para la piel de las casas con demasiada calefacción, oficinas, tiendas y escuelas. Se pueden seguir estas indicaciones de mañana y de noche. Si se limitan a un sólo tratamiento, es mejor hacerlo de noche, antes de acostarse.

Primero limpie bien el cutis con una crema que contenga bastante aceite. Esto quitará todo el polvo y maquillage que se acumula sobre el cutis. Luego quite toda la crema y vuelva a aplicar otra porción de la misma, dejándola sobre el rostro unos minutos y quitándola luego con una toallita de papel. Si observa que esto deja la piel demasiado grasosa, puede emplear una loción refrescante. De lo contrario, quite el resto de crema con una toalla humedecida en agua tibia.

Una vez que ha quitado perfectamente toda la crema, coloque un poco de crema lubricante en la palma de la mano, agréguele unas gotas de aceite lubricante y mezcle esto bien con los dedos hasta formar una substancia de consistencia suave y espumosa.

Ahora extienda esta substancia sobre el rostro y el cuello; luego, comenzando en el mentón, con las yemas de los dedos haga penetrar la crema en la piel. Este masaje debe ser muy suave. Pase la crema bien alrededor de los ojos, sobre las mejillas y la boca, porque es sobre estas áreas donde aparecen las primeras señales de grietas o asperezas. Para el masaje siempre haga un movimiento hacia arriba y afuera. Dedique, por lo menos, cinco minutos a este paso del tratamiento.

Debo mencionar que si el cutis es extremadamente seco, esta preparación debe dejarse sobre el cutis durante toda la noche, pero si hace el tratamiento de mañana, puede quitarse perfectamente toda la crema con agua y jabón o tónico refrescante.

Francamente, no aconsejo el uso del agua y jabón antes de salir al frío, pero si su cutis tiene una apariencia más fresca con este tipo de limpieza no la cambie por otra; pero tenga cuidado de enjuagar bien el rostro y pasar un poco de agua fría para cerrar los poros. Use alguna crema para

(Continúa en la página 65)



En gruesa lana escocesa sobre fondo verde está realizada esta capa que acompaña un traje en lana marrón. La tela está cortada al bies.

Adornos de astracán completan este ensemble en lanilla gris beige. Los botones del delantero están forrados en el mismo género.



Este interesante conjunto en lainage chevroné beige claro, lleva una chaqueta cerrada con botones. Es entallada y tiene grupos de pliegues en el hombro.





Siluetas



Indicado para viaje es este tapado de corte japonés. Lleva un gran jabot armado que cierra el escote. Un cinturón de gamuza marrón marca el talle.



Elegante es este traje de calle en tela color beige arena. Lleva una écharpe de la misma tela adornada con pespuntes y colocada en forma original.

Traje para golf, en lana color gris claro. Las mangas tienen un pequeño abullonado a la altura del hombro, que facilita los movimientos. Un pliegue da amplitud a la falda.



Modernas





De líneas nuevas es este abrigo de viaje. Los recortes aplicados en el cuello forman una solapa ancha y la manga presenta un corte.





Motivos de pespuntes realizados en cordonné de seda adornan este traje de tarde. La blusa es de crêpe verde obscuro y tiene un cuello fruncido, original.



NOVEDADES *de la* TEMPORADA

En los nuevos modelos de otoño se observan características muy interesantes. Las polleras revelan, en general, gran simplicidad; apenas un grupo de pliegues que les dan amplitud, interrumpen la línea recta que las caracteriza. Los adornos se observan de preferencia en el corsage, consistiendo en su mayor parte en recortes y aplicaciones del mismo género o telas que alegran el conjunto. Con los primeros fríos han aparecido, además, las guarniciones de piel que forman solapas o cuellos, y que resultan muy elegantes.



La ayudaban a bajar las escaleras

No podía vestirse ella misma

Ahora ordeña 8 vacas

Ella es la esposa de un granjero — pero no podía mantenerse de pie. ¡Qué gran desventaja, tanto para ella como para su marido! Todo se debía al reumatismo; la tenía invalidada.

Es fácil imaginarse su alegría al encontrarse nuevamente apta y al poder salir a ordeñar las vacas—especialmente considerando que tiene 67 años de edad. Ella nos describe sus experiencias en la siguiente carta:

"Estoy tomando Sales Kruschen para aliviar el reumatismo. Era tan grave que apenas podía vestirme a mí misma, no poner mis pies sobre el suelo. Mi marido tenía que levantarme para bajar las escaleras. Una amiga me escribió recomendándome las Sales Kruschen, de manera que decidí probarlas. Ya puedo subir y también bajar las escaleras. Puedo ir al establo y ordeñar ocho vacas. Hoy obtuve un nuevo frasco de Sales Kruschen, y mi marido dice que es el remedio más barato que ha comprado. Tengo 67 años de edad, y me siento perfectamente." — Sra. P. B. M.

El reumatismo es el resultado de un exceso de ácido úrico en el organismo. Dos de los ingredientes de las Sales Kruschen tienen la virtud de disolver los cristales del ácido úrico. Otros ingredientes de estas sales ayudan a la Naturaleza a expeler estos cristales disueltos a través de las vías naturales.

Las Sales Kruschen se venden en todas las farmacias a $ 2.20 el frasco, y duran mucho tiempo.

¡Machazo!

(Continuación de la página 30)

La interjección criolla ofendió el ambiente, yendo a herir los sentimientos más íntimos del gaucho.

No se hizo esperar el retruque. Sin abrir plazo sugeridor de medrosa prudencia, ambos mozos pisaron a un tiempo la arena del arroyo. A guisa de escudos cubrieron sus brazos con las vicuñas de sus ponchos.

La luna, haciendo guiños grotescos, se duplicó en el suelo. En su círculo platinado, los gladiadores de hogaño rememoraban la bizarría de las gestas de antaño.

— Dios quiso que yo llegara tarde. Pero toitos dicen que jué ansina, nomás, como les cuento. Agazapau, como puma en acecho, "el Pardo" se le vino al j'umo a mi Javier. ¡Ni juicio le j'hizo! ¡Quién no sabía que, de puro guapo, a m'hijo le gustaba "vistear" a poncho limpio, gambeteándole, cara a cara, a la mesma muerte! Un repente, "el Pardo", que no le sacaba ojo a la derecha 'e mi hijo, jué, y sin cubrirse — cosa rara, ¿noj?..., — pegó una corridita como de gallo traicionero, y...

Arrogante en su desafío a la muerte, que, como una centella viboreaba alrededor de su cabeza, Javier sonreía .. Un rayo de luna jugueteaba en sus pupilas, saltando de la diestra a la siniestra, hasta que en una voltereta trágica, pasó a la hoja de la daga de "el Pardo". Fué un instante. El arma homicida se llevó tras ella el rayo de luna arrancado a los ojos de Javier, teniendo por rojo sudario el cuerpo aquel, que, poco después, había de requerir otro para sí.

—Y le ganó la partida al finao. Aún llegué a tiempo pa cerrarle los ojos a mi cachorro. Endispués quise recoger su cuchillo, ... ¡no me han de creer! .. Risultó que m'hijo no lo tenía. Entonces jué que los testigos se explicaron lo que había pasado endenantes. Cuando Javier se echó mano a la cintura, porque vió que "el Pardo" había tomao la cosa a lo serio, notaron los presentes que Javier palideció...; jué hablar, pero su contrario que, a lo que maliciaron todos, ya se había dao cuenta que Javier estaba desarmado, no le dió tiempo ni pa respirar y... ¡Dios lo haya perdonao! ..

La gesta empezaba a sahumarse con el humo de las leyendas del lugar.

— Será por eso que la mano derecha del finao quedó a medio cerrar, con los cinco dedos señalando al cielo, como clamando venganza...

— Se dice también, ño Jerónimo, que "el Pardo", a las pocas noches, fué encontrado muerto junto al arroyo, con una puñalada en el corazón, y mesmamente como quedó Javier... Pero con la mano derecha cerrada... y tamién sin arma nenguna...

— Es que "el Pardo" era zurdo, mocito... ¡Lo sabré yo!...

El sol se desparramó por el campo absorbiéndose el perfil de todas las cosas. Bajo el ígneo palio una carreta transcurría por el carril; sus ejes generaban plañideros chirridos que, como si fuesen lamentos de una canción de celos y amor, se perdían en el azul, repechando las sierras.

Encaramado en la cima de su colmado cargamento, el tropero, asiendo la complicada red que entretejían riendas y tientos, prolongación milagrosa de las venas de su mano, acuciaba a los animales, sometiendo a su voluntad la rítmica, bamboleante y lenta marcha del convoy.

La tierra, en su proceso de fecundación, hacía brotar de sus entrañas el florecido fruto; inmenso incensario que perfumaba el ambiente, lleno en esa hora de un rumor de confuso origen, como si un "tucutucu" mitológico runrunease sus amores soterraños.

— ¡Tata! ¡Tata! ¡Sangre! ¡Sangre!

— ¿Qué le pasa m'hijito? ¿Qué es eso?

— ¡Sangre, tata..., aquí!...

— ¡Pero mi amigo..., eso no es nada!... A ver...

La nube de sangre que precedió al advenimiento de Miguelucho, había impreso indeleble huella en su cerebro. Cualquier manifestación de sangre adquiría a la vista del muchacho caracteres de tragedia, y era causa de dolores, insomnios y pesadillas de atenaceante apariencia de realidad, durante los cuales arterias y venas se abrían formando ríos sangrientos, de profundo e inacabable cauce...

— ¡Ejem!... ¡Ejem!... Así es, ño Jerónimo. Usté tiene que óirme. Ha de óirme. Anque me duela y li duela a usté. ¡Aahaajá! ¡Cómo no!...

— Así ha 'e ser, ña Rosario. Soy, aunque me esté mal el decirlo, tuito óidos...

— ¡Ah, pero usté no sabe nada? ¿Nadita?... ¡A mí qué me ha de contar! Hasta ahí podían llegar las cosas. ¡Cómo no!

— ¡Qué ña Rosario! ¡Ja, ja, ja!...

— ¡No se me réia!... ¿Sabe, po?...

— ¡Cómo no me hi de rair, si me pone esa cara triste, de petiso nochero, y entuavía no me ha manifestau la gravedá de la cuestión que me la trái acá... ¡Ja, ja, ja!...

— ¡Cómo! ¿Que no le hi dicho? ¡Cómo no!...

— Aserenesé, comadre. Si usté me dice su pleito, y Dios me ayuda, yo le hi de poner rimedio.

— ¡Ta güeno!... ¡Qué sonsa! Discúlpeme, mi compadre. Es que vengo enojada, ¿sabe?... Pero muy enojada. Sí, pues; la cosa no es pa menos... Ya usté sabrá que la mayor de mis nietitas, Aída, tiene bien cumplidos los diez y siete años, y está tal como rosa en botón.

— ¡Ahaajá! ¡Así hay 'e ser!

— ¡Y ansina es, ño Jerónimo! Es la que me ceba el mate; echa el máiz a las gallinas y me cuida los duraznos en los catres, endispués de descarozaos. ¡Una bendición de Dios!...

— ¡Ahaajá! ¡Así hay 'e ser!...

— ¡Y ansina es, ño Jerónimo! ¡Qué me cuenta que laj'otras tardes, como a la oración, se me da la idea de allegarme pa los fondos 'e mi rancho, pue no mi agradan los gatos de dos patas, cuando un repente... este... este, ¿anda por áhi su nietito Miguelucho?...

— ¿Cómo dice, ña Rosario? ¡Miguelucho!... (Y el espinazo de aquel algarrobo se irguió como en idos tiempos, cuando, jinete en su tobiano, pasaba desalado frente a la mozada absorta, llevando enhebrada en su índice erecto la argolla áurea de rojizo alamar...) ¿Miguelucho? Sí; debe andar por áhi nomás... Pero no hay de venir si yo no lo llamo...; está mu bien educau...

— ¡Sí..., sí!.. ¡Ahaaajá! ¡Educau! Usté, compadre, por lo que veo, me quiere tirar de la lengua.

— ¿Yooo? Dios no lo quiera, ña Rosario. Pero, a ver, cuente. ¿Qué vela tiene Miguelucho en su cuento?

— ¿Cuento?... Pues sepa usté la verdad, por mucho que a usté y a mí nos duela...

Se abreviaron las distancias. Las sillas de chirriante condición y confección sumaria, juntaron sus rusticidades. Los interlocutores no querían ser escuchados. Pero otro era el estado de ánimo de don Jerónimo. Este parecía

(Continúa en la página 49)

CARCAJADA FRANCESA

Por GEORGES COURTELINE

La escalera

Mi tío era un viejo insoportable, pero un buen hombre. Mi tía era una harpía muy testaruda y poco amiga de burlas.

Vivían en una vieja casita ridícula y se llevaban como perro y gato, animados el uno hacia el otro de una antipatía instintiva, aguzada por treinta y cinco años de convivencia en una pequeña ciudad de provincia, donde la existencia era formidablemente estúpida y absolutamente aburrida.

Bastaba que uno de los dos esposos expresara su modo de pensar, para que el otro inmediatamente tuviera un modo de de ver las cosas diametralmente opuesto. ¿Por qué? Nadie podría decirlo. Por nada. Por el gusto de llevar la contraria. Sea por lo que sea se peleaban de continuo: ella era áspera, agria, agresiva; él burlón, despreciativo, irritante por el modo de alzar los hombros y por su silencio obstinado e insultante.

La casa de mi tío, feísima



exteriormente, era, en compensación, mucho más fea en su interior y extraordinariamente incómoda.

Por ejemplo, el dormitorio que estaba en el segundo piso comunicaba con el comedor, situado en el piso bajo y exactamente debajo de él por medio de un absurdo corredor ancho de dos palmos y largo como un día sin pan, seguido de una no menos absurda escalera más negra y más tortuosa que el alma de un usurero. La casa parecía hecha a propósito para que cualquiera se rompiera la cabeza con facilidad.

Un día, mi tía habló de la necesidad absoluta de remediar aquel estado de cosas haciendo construir una escalera de caracol que uniera las dos estancias.

Mi tío se negó por completo a dar su consentimiento. No se cansaba de decir oue aquel proyecto era estúpido e irrealizable, y esta decircunstancia decidió a mi tía a realizarlo a toda costa, sin perder tiempo.

Gastando del fondo común, hizo venir al

Ilustró



carpintero y al albañil que con sus operarios terminaron el trabajo en una semana. Mi tío la dejó hacer, fumando tranquilamente su pipa. Cuando los obreros se hubieron ido, dijo con su tono burlón de siempre:

—¡Ahora estarás contenta! ¡Buen trabajo! ¡Estupenda escalera! Elegante, decorativa, cómoda... Puedes estar segura de que no bajaré nunca por ella.

Mi tía no esperaba semejante cosa. Empalideció.

—¡Ah!, ¿no pasarás por la escalera?— preguntó.

—No.

—¿Y por qué no pasarás por esa escalera? — preguntó otra vez mi tía.

—Porque no quiero bajar por ella.

Sonreía mi tío contento de sí mismo. Mi tía, desconcertada, callaba. Al fin exclamó:

—¡Esto es demasiado! ¡Te juro que pasarás!

—Y yo — dijo mi tío con tranquila firmeza — te juro que no pasaré.

La discusión quedó en este punto. Por tres días mi tío triunfó. Pero llegó el domingo a la mañana, y cuando le pidió a mi tía los setenta y cinco centavos que ella le daba semanalmente para sus vicios, le contestó que no estaba dispuesta a despilfarrar el dinero de la casa dándoselo a un viejo testarudo.

Mi tío sintió que se le iba la mano; pero se contuvo, permaneció sereno y se puso a silbar un aire alegre. Luego, como solía hacer otros domingos, salió después de almorzar y paseó cuatro horas sin un centavo en el bolsillo, bajo una llovizna insistente. Regresó a la noche, ostentando el leve balanceo del hombre que ha bebido, para hacer creer a su mujer que a pesar de ser un "viejo testarudo", tenía amigos capaces de pagarle una copa.

Esta grotesca comedia se repitió varios domingos, porque marido y mujer pusieron su orgullo en no ceder.

No se hablaban, dormían como dos viajeros unidos en el mismo lecho de un albergue cosmopolita, demasiado lleno de gente y a la hora de comer bajaban a la mesa cada uno por su escalera.

Entre ellos se acrecentaba un odio irreconciliable.

Un día descendiendo por su escalera, mi tío puso un pie en falso. Rodó ruidosamente y se rompió una pierna.

Mi tía acudió y trató de disimular la risa inoportuna y las exclamaciones de alegría que casi no podía contener. ¡Oh, un carácter verdaderamente delicioso el de mi tía! Mandó llamar a un médico y éste recomendó al herido la más absoluta tranquilidad.

Mi tío se sintió condenado al más atroz sufrimiento, no por la pierna rota sino por la humillación.

¡Ah, si mi tía, por lo menos, hubiese cedido al placer de cantar victoria y de manifestar a los cuatro vientos su alegría!... Pero no; era una mujer inteligente que conocía bien el corazón humano y no demostró ninguna insolencia. Sabía que la modestia del vencedor es un hierro candente sobre la herida del vencido.

Difícil es imaginar el martirio de mi tío mientras ella dulce y pacientemente lo cuidaba con su tranquila sonrisa, un poco enigmática, con sus palabras corteses, con la delicadeza odiosa de una enemiga segura de su propia fuerza.

Un día el pobre hombre fué atacado de una fiebre maligna y comenzó a delirar y a decir en el delirio que mi tía lo cocía a fuego lento y que encendía fuegos de artificio, junto al lecho, para festejar su próxima muerte.

La enfermedad terminó mal y, después de haber estado delirando treinta y seis horas, mi tío pasó a mejor vida.

Sucedió luego todo lo que sucede en semejantes casos: el médico, el cura, los amigos...

Mi tía, con el aire de circunstancias, recibía las condolencias; pero cuando el muerto comenzó a descender la escalera de caracol, dijo con un gesto imperioso:

—¡Ya te había dicho que bajarías **por ella!**

A. JOSSE

PARA LAS MADRES

Por EL MEDICO DE GUARDIA

LA PEREZA EN LOS NIÑOS

Contra lo que muchos padres creen, la pereza en los niños tiene su causa justificada, y la causa suele ser muy digna de tenerse en cuenta.

En efecto, la desaplicación y la falta de voluntad para todas las cosas casi siempre suele obedecer a deficiencias de la nutrición o si no a retraso en el desarrollo. Esto último puede tener muy distintas causas, ya que unas veces es entorpecido por las vegetaciones adenoides, o por los pólipos nasales, o por cualquiera de esas otras afecciones frecuentes en los niños.

Por tanto, cuando un niño tiene estos síntomas de pereza y desaplicación, es conveniente ponerse en guardia y, en lugar de amonestarlo o castigarlo, debe recurrirse al médico, para que éste lo examine y pueda aconsejar lo que más convenga.

Hágalo, pues, y evite todo disgusto al pobre chico, que quizá no es el responsable de su estado.

Cdo. a "Madrecita", de Chascomús.

VENTOSAS

En efecto, las ventosas son muy prácticas y suelen dar los resultados que se persiguen. Si el médico se las ha recomendado en el tratamiento de su nene, puede dárselas con confianza. Es cuanto podemos decirle.

Cdo. a "Juanita", de Patricios.

LA HIGIENE EN LA BOCA ES COSA INDISPENSABLE. ACOSTUMBRE SUS NIÑOS A QUE SE LIMPIEN LA DENTADURA AL LEVANTARSE, Y SE ENJUAGUEN LA BOCA DESPUES DE LAS COMIDAS. PIENSE QUE ES IMPORTANTE PARA SU BUENA SALUD.

UN BUEN DESINFECTANTE

Nos pide usted la receta de un buen desinfectante, y nos complacemos en indicarle la siguiente:

69 partes de agua
4 partes de cloruro de hierro
5 " " " " cinc
5 " " " " aluminio
5 " " " " cal
3 " " " " magnesio
y unas cuantas gotas de timol.

Este desinfectante, además de ser muy bueno, es muy económico y muy agradable al olfato. Su preparación no puede tampoco ser más sencilla.

Cdo. a "Lectora", de Trelew.

LOS DISPENSARIOS

Los dispensarios de esta capital atienden los casos a que usted se refiere en su carta. Puede usted llevar su nene al más próximo a su domicilio, que en él será debidamente atendida.

No cobramos absolutamente nada por las consultas que se nos hacen.

Cdo. a "Temerosa", de capital.

DE LOS BAÑOS EN GENERAL

Como regla general no deben bañarse en el mar los niños menores de tres años, excepto los raquíticos.

Aconséjase la cura marina a los niños linfáticos, anémicos, de débil constitución, a los convalecientes, a los que han crecido con demasiada rapidez y que están flacos, pálidos y decaídos y a los predispuestos a la tuberculosis.

Debe, por el contrario, alejarse de las orillas del mar a los niños nerviosos, muy excitables.

Al agua de baño de los niños conviene añadirle un poco de leche para que suavice la piel. También es muy buena el agua hervida con un poco de salvado o sencillamente una bolsa de salvado en infusión dentro de la bañadera.

Todos los bañistas deben observar las siguientes reglas:

No bañarse cuando se esté muy excitado ni después de haber hecho un ejercicio violento.

No bañarse hasta dos horas después de haber comido y no tomar nunca licores alcohólicos antes del baño.

No jugar en la orilla del agua, sino zambullirse de una vez, de modo que se moje la cabeza primero que nada.

No permanecer mucho tiempo dentro del agua; vestirse con rapidez y darse un paseo al sol a buen paso.

Para que el baño sea útil, deben echarse en el agua unas cuantas ruedas de limón; el agua así preparada, una hora antes de tomar el baño, es un excelente tónico para la epidermis y tiene la ventaja de refrescarla y suavizarla grandemente.

Esto es cuanto podemos informarle.

Cdo. a "Ona", de Ceres.

Los niños y los animales



El amor hacia los animales debe inculcarse en los niños desde su más tierna edad.

Un niño que es cariñoso con los animales — con los animales domésticos, se entiende, — no puede ser un niño malo, de sentimientos mezquinos. Además, es necesario acostumbrar a los niños desde chiquitos a no tener miedo a los animales, porque no hay nada más ridículo, y triste a la vez, que esas criaturas que cuando se ven frente a un perro o frente a un gato, rompen a llorar con un desconsuelo que no tiene límites. ¡Y no digamos cuando el animal, en un transporte cariñoso, se le acerca o se le echa encima! Son muchos los casos de niños que han sufrido verdaderos ataques nerviosos en hechos como los que hemos referido.

El contacto de los niños con los animales domésticos es necesario, pero sin excederse, porque puede asimismo traer consecuencias, como ser: mordeduras, arañazos, etc.

TRATAMIENTO

Suspenda durante quince días el tratamiento y luego reanúdelo. Le será favorable.

Cdo. a "Lía", de Wilde.

LOS DIENTES

Más o menos entre el quinto y séptimo mes empiezan los niños a echar sus primeros dientes.

Hay, en efecto, niños tardíos, pero siempre existe una razón que justifica la tardanza en dentar.

Cdo. a "Subscriptora", de Olivos.

CAMBIO DE CASA

No debe usted meditarlo mucho. Debe cambiar inmediatamente de casa, ya que es tan húmeda y sombría ésa en que vive, pues a ese ambiente malsano exclusivamente se debe el mal que padece su nena, que puede llegar a hacerse grave.

Busque una casa aireada y seca, y ganará muchísimo en salud, no sólo su nena, sino toda la familia.

Cdo. a "R. M.", de Comodoro Py.

EL DOLOR DE CABEZA

El dolor de cabeza es bastante frecuente en los niños chicos, sobre todo en los que están privados de aire y de ejercicio, en los sobrealimentados y los constipados.

Razón de más para vigilar cuidadosamente el régimen alimenticio de sus hijos. No se le dé, bien entendido, sobre todo al más chico, medicamentos analgésicos, sin orden formal del médico.

Cdo. a "I. A.", de Chas.

CUIDE SUS NIÑOS DE LA HUMEDAD. NO OLVIDE QUE ELLA PUEDE SER CAUSA DE QUE ADQUIERAN UNA DE TANTAS GRAVES AFECCIONES MUSCULARES, QUE LUEGO AMARGARAN LAS HORAS DE SU VIDA. LA HUMEDAD SIEMPRE ES PELIGROSA. EVITELA SIEMPRE.

CONSTIPACION

Es frecuente que los niños alimentados con el pecho sufran constipación, y ello es porque se les da a menudo laxantes o bien porque se les abriga más de lo natural de noche, hasta provocar la transpiración. Es de todo punto necesario que una madre trate de evitar estas dos causas.

La constipación debe combatirse de la siguiente manera:

Primero. — Regulando bien la alimentación.

Segundo. — No dando al niño purgantes ni laxantes sin orden expresa del médico que lo atiende.

Tercero. — Sentando al niño diariamente en el servicio por espacio de un rato y siempre a la misma hora, después de haber cumplido el año y medio de edad.

Cuarto. — Dándole a la criatura diariamente agua hervida o filtrada, principalmente en las horas de la madrugada. A esta agua que se le da puede agregársele un poco de jugo de uvas o de naranjas, o mezclada con un poco de agua de compota, que es muy recomendada.

Nada más podemos agregar al respecto. Esto ya lo hemos recomendado en más de una ocasión. No dudamos, pues, que le serán de mucha utilidad las indicaciones precedentes. Y lo mismo a las demás lectoras de esta página.

Cdo. a "Lectora antigua", de Luján.

DURANTE *el* OTOÑO PREPARE *sus* NIÑOS *para el* INVIERNO

¡ Machazo !

(Continuación de la página 45)

beberse las silbantes palabras de aquélla, que pasaban, insidiosas y reticentes, a través de uno de los portillos centrales de su boca, escasamente almenada.

—Me habían noticiau que me estaban gatiando los fondos 'e mi casa... ¿sabe?... Así que me allegué laj'otras tardes, al anochecer, como le iba diciendo endenantes, con intención de verle laj'uñas al gato de lás dos patas, cuando... ¡no mi'ha de creer!...

—Siga, ña Rosario, siga...

—Le digo que no mi'ha de creer. ¡Cachafaz! ¡Cachafaz! Había 'e verlo cómo apretaba! Ansina... Ansina... Pué. ¡Qué me cuenta 'e los besos!...

—¡Besos! ¿También besos?...

—Sí, pues..., como mi oye. Besos. Besos juertes, como esos de las ventosas al desprienderse del cuero. Desfachatau, desfachatau...

—Y... bueno, comadre. Ya se me hace que mi'hecho cargo del asunto... A lo que veo deben ser cosas de muchachos, sin importancia. Cálmese, comadre, cálmese... No será nada...

—¡Ahaaajá!... Ahora me sale con esas... ¡No será nada!... Eso es lo pior. ¿Usté no se ricuerda del caso de la Emeteria, cuando era niña? ¿La hija 'e don Rosendo? Diós nos libre y guarde, pero el caso jué de lo más chistoso... Pué señor, vino cierto día un pueblero del lao de San Luí, mozo dicharachero y bien empilchao, de bota corta y floreada caña, puro jarabe 'e pico, pero que jizo roncha entre la mozada del poblau. Dicen las malas lenguas que noche a noche lo vieron gatiando por los fondos de la casa de ño Rosendo. Unos decían que por la hija, otros que el andaba leñando el cerco al paisano, otros...

—Y... ya se sabe. El varón se amadrina allí ande le aprecean.

—¡Ahaaajá! ¡Así es! Una noche el forastero estaba chupando en el boliche del gringo don Yiácomo, y, cuando andaba ya bastante envinao, entre truco y retruco, y flor y de mi flor un gajo, salió mentau el nombre de la niña Emeteria. Endispué de muchas indiretas, más verdes que mocoretá se rrano, jué y dijo el forastero. "Y... no le hagan juicio, muchachos; urtimamente no será nada." En efecto, antes del año nació "No será nada", que a está'joras está haciendo la conscripción, pues d'esto han pasau má de diez y ocho años... ¡Ji... ji... ji!...

Los ojos de don Jerónimo se habían vuelto hacia dentro. El gaucho Javier yacía entre cuatro rústicos cirios, cuyas llamas, con sus muecas violentas, proyectaban en las encaladas paredes sombras fantasmagóricas. Se cernía en el ambiente la tétrica sombra de la muerte. En el suelo, abandonada a su inmenso dolor, puesta su mirada en el rumbo de las almas, la amada permanecía horas y horas en mística actitud. De nuevo volvió a pasar por la mente del anciano, en rápida asociación, el recuerdo del bréve tránsito de la compañera de Javier, la que que, en un sacrificio póstumo de amor maternal, exhaló el último aliento de su vida, en el instante mismo que otro ser, desprendido de sus entrañas, lo recogía en sus pulmones para empezar a vivir.

—No puede ser, ña Rosario. Usté se equivoca. ¿Miguelucho gatiando? No mi haga rair, ¿quiere?...

—Lu hi visto yo con estos ojos, que si han de comer la tierra...

—Y yo le digo que se equivoca. Ahurita se va a convencer. ¡Miguelucho! ¡Miguelucho! Vení para'cá. Vamos a ver, m'hijito. Vas a contestar a lo que voy a preguntarte. Pero como yo t'enseñao, ¿sabés? La verdá, siempre la verdá. Ña Rosario ha venido a decirme que hay alguno que le anda arrastrando el ala a su nietita Aída.

—¡Ahaajá!...

—¿Vos sabés algo?...

—¿Yooo?...

—¡Si, vos! Contestá...

—Y... cuando ña Rosario lo dice...

—Hay más. La'jotras noches le pareció a mi comadre que le andaban rondando por los fondos de la casa, por el lao del galpón, lindero a nuestro potrero. ¿Sabés vos algo de eso?

—¿Yoooo?...

—Sí, vos. Contestá...

—Y... cuando ña Rosario lo dice, será ansina, nomás...

—A lo que parece, Aída conversaba con un mocito conocido d'ella, y que andaban a los abrazos y a los besucones. ¿Es eso cierto? ¿Qué sabés vos d'eso?

—¿Yoo?...

—¡Claro que a vos te estoy hablando! ¿Qué contestás?...

—Y... yo sé respetar lo que dicen las personas mayores.

—Aún hay más, mucho más pior. Mi comadre dice qu'está segura de haber reconocido al mocito que estaba con su nietita.

—¡Ahaaajá!

—Que conversaba con ella.

—¡Ahaaajá!

—Que la abrazaba.

—¡Ahaaajá!

—Dice que juiste vos...

—¡Yooooo?...

—Sí, y que la besabas.

—No es cierto. Yo no juí...

—¡Tomá!

Por primera vez, desde que el destino había dispuesto entrelazar las vidas de aquellos dos seres, la mano del abuelo llegó violenta a la boca del nietito, y, precisamente en ese momento que, también por vez primera, no obstante sus escrúpulos de excesivo concepto de lo varonil, hubiera puesto sus labios, gozosamente, donde en aquel momento brotaba un hilillo de sangre, el que se deslizaba por la recia barbilla, levemente vellosa, como piel de durazno en sazón.

—Vaya nomás, ña Rosario.

—Yo siento mucho que por mí...

—Esté tranquila, comadre. Le agradezco mucho su visita; que hacía pa muchos meses que no se allegaba por estos pagos... Usté no se vaya. Quédese. Despídase de la comadre...

—La cosa es seria... ¿sabe?... Y bueno... A quédense con Dios. Hasta otro momento. Vos, Miguelucho, abrime la tranquera. Adiosito, adiosito...

—Ahora, m'hijo, venga pa acá. Es necesario que sepás, oíme bien, que el golpe que te di jué porque mi has mentido, ¿entendés?..., pero no porque hayás besao a la muchacha... ¡Qué esperanza!... Vaya m'hijo, vaya... Tomá, limpiate la boca... Eso no es nada. Se me jué la mano..., ¿sabés?... Mirá, será cosa de que te vayás a la esquina del vasco Olaechea y te comprés unas bombachas largas. Tenés unas piernas demasiau charconas pa lucirlas como si jueran d'envidiar. Andate, m'hijo, andate...

Entre las boscosas lindes de sus bigotes y barbas pugnaba por fugarse una carcajada, que se preveía ruidosa y abundosa, a juzgar por los esfuerzos que por cerrarle el paso hacía don Jerónimo.

Miguelucho se encaminó despaciosamente a sus quehaceres, un tanto agobiado por la afrenta recibida; a poco, como tocado por repentina decisión, irguió su pecho varonil y, como si en aquel instante mismo la naturaleza lo hubiera ungido en su máxima evolución, pisó fuerte, mientras sus ojos avizoraban, codiciosamente, hacia el galpón de los linderos ..

Con el fin de encubrir su emoción, el anciano se entró en la cocina, desde una de cuyas ventanas miró a su nieto a través de sus lágrimas — nunca más varoniles, — y levantando ambos brazos en alto, con los puños cerrados, en un gesto de gráfico convencimiento, lanzó al espacio la máxima afirmación:

—¡Machazo!

FIN



las peripecias de pancho



—¡NO VA MAS!...



El GATO TRAIDOR

Cuento para los niños por la TIA POMPON

HABIA una vez un gato que dijo a los ratones:

—No tengan miedo de mí; no les comeré nunca; no les haré ningún daño; lo único que quiero es vivir sin trabajar. Dadme un pedacito de queso cada día y yo os defenderé y os cuidaré.

Y los ratones, confiados, le llevaron cada día un buen trozo de queso. Eran muchos ratones y todos vivían en una cuevita.

Pero el gato no tenía palabra ni era capaz de sostener su promesa; ni siquiera sabía agradecer el bocado que los ratoncitos le daban a diario.

Y, astuto, se colocaba junto a la cueva y se comía al último de los ratoncitos. Ninguno, pues, podía descubrir la patraña del gato, porque la víctima era devorada cuando todos estaban ya en la cueva.

Y así pasó mucho tiempo, hasta que un día el rey de los ratones vió que faltaban muchos de sus súbditos y amigos; entonces dijo:

—Hemos sido unos torpes; nos hemos confiado del enemigo, le hemos tratado bien, le hemos dado de comer, le hemos mimado y él nos ha traicionado comiéndose cada día a un hermano nuestro.

Y nombró al más astuto de los ratones para vigilar al gato traicionero. Y, como todos los días, el gato se comió a un ratón... Y el ratón le acusó al rey.

—¿Cuántos días — preguntó el rey — le dimos queso al gato?

—¡Sesenta días!

—¡Sesenta hermanos que él nos robó!

Y sesenta ratones fueron encargados de caer sobre el gato. Los valientes ratoncitos no esperaron a que el gato se quedara dormido; lo atacaron de frente, y sesenta mordiscos dieron sobre el engañoso y traidor.

Pero el gato tenía un dueño, y el dueño era un niño bueno. Viendo a su gato herido le lavó y le vendó. Le llevó la comida y la leche; pero el gato no comió. Y así un día murió de las heridas y del hambre. Y el niño lloró.

De pronto vino un ratoncito y dijo al niño:

—No llores, que cada uno vive como merece y muere como debe morir. Tu gato fué infame con nosotros; todos los días nos arrebataba a un compañero.

Y el niño y el ratón fueron muy amigos. El niño escondía a los ratoncitos para que nadie en la casa des-

(Continúa en la página 65)

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING

COCKTAIL CINEMATOGRAFICO

Ofrecemos la presente sección a nuestros lectores con la promesa formal de seleccionar las noticias que en ella aparezcan y contribuir a que las mismas tengan, con sus respectivos comentarios, el valor informativo y ameno que por su público les corresponde.

Está comprobado que en Hollywood la crisis sólo afecta a los artistas que aun siendo "pasables" no tienen mayor aceptación entre el público. Porque aquellos que en realidad están capacitados para llenar con su sola presencia las salas de los espectáculos, ganan, y ganan mucho. Saben que desde el punto de vista monetario son verdaderos éxitos y saben también que sus nombres bastan para que en la boletería los pesitos entren a montones.

Por eso no nos extraña la pretensión de Bing Crosby, cuyo contrato finaliza en diciembre. Ya los dirigentes intentaron renovárselo, pero se encontraron con que las aspiraciones del mocito habían aumentado pavorosamente. En primer término, Bing Crosby no quiere contratos cortos. Y en segundo término tampoco quiere cifras cortas. En mérito a lo cual ha pedido dos millones y medio de dólares por la filmación de doce películas que deberán ser hechas en un plazo máximo de tres años. Es decir, que cada año se compromete a producir cuatro cintas y a cobrar, más o menos, doscientos mil dólares por cada una. La Paramount no ha dado todavía su contestación definitiva. Ha pedido al joven que trate de cantar por algo menos, pero el otro no agarra viaje.

Y mientras aquí se barajan millones, inequívoco signo de que las cosas van bien, el mundo cinematográfico de Hungría no sabe qué camino tomar, ya que Sandor Winter, propietario de la City Film Cº (la más importante productora local) acaba de declararse en quiebra. Las cosas fueron mal, pero el productor pensaba resarcirse de todas sus pérdidas con la presentación de "Baile en el Savoy", ya estrenada aquí, que lleva como protagonista a Gitta Alpar. Presentó la película en Viena y en Budapest, y en ninguna parte la pegó. El productor está ahora en Londres tratando de colocar el baile en alguna parte, pero no lo consigue.

En cambio Jean Harlow ha conseguido el divorcio de su tercer esposo, el cameraman Hal Rosson. El pobrecito tenía cara de tonto y resultó serlo. La rubia platinada lo soportó poco, pues aunque el divorcio fué cedido a mediados de marzo, ya vivían separados desde hace tres meses. ¿Cuál será el marido número 4 de Jean Harlow? ¿Algún millonario, algún actor o algún noble? Todo se puede



JOHN BARRYMORE

Ricardo Jiménez, domiciliado en Alsina 999, Salta (F.C.C.N.A.), es el autor de este correcto dibujo del conocido actor cinematográfico, al que por su gran similitud le otorgamos esta semana el acostumbrado premio de diez pesos moneda nacional.

Nuestro comentario

EL HOMBRE QUE RECLAMO SU CABEZA

Intérpretes principales: **Claude Rains, Joan Bennett y Lionel Atwill.**

Producción: **Universal.**

Dirección: **Edward Ludwig.**

No son frecuentes las películas que puedan dejar en el ánimo del espectador un fuerte deseo de meditación. Algunas apenas son capaces de interesar mientras se pasan. Otras, ni eso. Queda por fortuna una minoría que goza el privilegio de hacerse sentir entre los hombres, no sólo mentalmente sino también desde el punto de vista espiritual. Acaso no sea su aparatosidad lo que conmueve, ni la acabada expresión de arte que sus intérpretes nos ofrecen, ya que puede la reacción producirse ante un simple toque humano o ante un detalle de esos que por ser tan comunes forman parte de nosotros mismos. "El hombre que reclamó su cabeza" es una de esas películas que nos obligan a reaccionar y a pensar, porque está llena de novedades que siempre hemos sospechado y que hasta algunas veces comprobamos. Más aún, su tema es de actualidad en estos tiempos en que la paz de Europa anda dando tumbos y en que los fabricantes de armamentos viven días idénticos a los que se vivieron durante los días que precedieron a la gran guerra. Porque su argumento tiene mucho que ver con todo eso, con los pobres soldaditos que marcharon al frente y con las mujeres que quedaron en las grandes ciudades. Claude Rains (a quien no podemos decir que "vimos" en "El hombre invisible") es un actor de garra como no hay muchos. Su papel de marido humilde y talentoso, víctima de las maquinaciones de un millonario, adquiere, por momentos, una brillantez notable. Halla el gesto adecuado para cada situación y la expresión que sabe dar a su rostro resulta siempre admirable. Y luego su voz, rica en matices, sonora y expresiva en todo momento, se deja escuchar con verdadero agrado. Lionel Atwill, correcto y vigoroso como siempre. Y Joan Bennett, en un papel que le cuadra, hace una esposa por momentos un poco fría, pero acertada. El director Edward Ludwig supo unir con habilidad todas las escenas de un problema al que, a falta de originalidad, se le desfiguró con nuevos detalles. Creemos hacer su mejor elogio al decir que dirigió un film que si durante noventa minutos lo tuvimos en los ojos, durante mucho más tiempo lo tendremos en la cabeza.

EN MAYO NACIERON...

1...	Josephine Dunn (1910)
"...	Sonnie Hale (1902)
"...	Rose Hobart (1908)
"...	Leila Hyams (1905)
2...	Brian Aherne (1902)
"...	William Bakewell (1908)
"...	Bing Crosby (1904)
"...	Carmen Larrabeiti (1906)
3...	Mary Astor (1906)
"...	Aline Mac Mahon (1899)
7...	Gary Cooper (1901)
9...	Richard Barthelmess (1895)
10...	Mae Murray (1893)
11...	Dorothy Gish (1898)
12...	Katharine Hepburn (1908)
"...	Lia Tora (1907)
14...	Billie Dove (1903)
15...	Constance Cummings (1910)
16...	Jan Kiepura (1902)
20...	Patricia Ellis (1916)
"...	Estelle Taylor (1903)
21...	Robert Montgomery (1904)
23...	Douglas Fairbanks (1883)
"...	Herbert Marshall (1890)
"...	Dorothy Lee (1911)
25...	George Stone (1903)
26...	Al Jolson (1886)
"...	Paul Lukas (1897)
"...	Norma Talmadge (1897)
28...	Zelma O'Neal (1907)
31...	Ann Christy (1909)
"...	Jack Holt (1888)

LLUVIA DE MILLONES

Intérpretes principales: **Eddie Cantor, Ann Sothern, Ethel Merman y George Murphy.**

Producción: **Artistas Unidos.**

Dirección: **Roy del Ruth.**

Es ya por todos conocida la modalidad de las comedias musicales que Eddie Cantor se impuso desde que comenzó su serie de películas de largo metraje. "Diviértase", "Torero a la fuerza" y "Escándalos romanos" pudieron brindarnos un personaje nada original, por cierto (mezcla del chansonnier que hay en Maurice Chevalier y del payaso que hubo en Buster Keaton), cuya característica manera de actuar prevaleció en todas sus producciones, hechas sobre una especie de clisé que recibió un decoroso retoque antes de someterlo a una nueva copia.

Porque, en realidad, cada nuevo film de Eddie Cantor no es más que eso: el clisé de su film anterior con alteraciones que si no logran cambiar su estructura, sirven en cambio para ofrecer al público una copia mejor aún que el original. Tal es el caso de "Lluvia de millones", cuyo éxito fué confiado a los tres factores que dieron el triunfo a las tres películas anteriores: las revista, las canciones de Cantor y los chistes.

Y, en rigor de verdad, confesamos la legitimidad de este nuevo éxito, que nada tiene que envidiar a los otros. Si alguna duda quedase sobre la efectividad y la vis cómica de Eddie Cantor, bastará "Lluvia de millones" para desvanecerla. Interpretando un personaje atontado y un poco infantil, vuelve a matizar con sus gestos y el tono de su voz la casi totalidad de las acciones, de indudable ficción, pero admisibles en un film musical. Su figura esmirriada, movediza e inquieta vuelve a presentarse derrochando gracia y provocando la carcajada espontánea.

La única variante que "Lluvia de millones" ofrece, con respecto a las otras, es el excelente reparto que secunda a Cantor, ya que tanto Ann Sothern como Ethel Mermann y George Murphy saben aprovechar las oportunidades de lucimiento que se les ofrecen. Abundan los chistes de ley, finos y del más legítimo efecto. Cada pregunta es rubricada con una respuesta agudísima y de un humorismo innegablemente bueno. El argumento es convencional y no interesa. Sólo agrada lo que durante su desarrollo acontece. El director Roy del Ruth lo sabía, y ***buscó el éxito contando tan sólo con la gracia de los personajes, cosa que logró ampliamente.***

esperar de esta mujer tan linda por afuera y tan vacía por adentro.

¿Recuerdan ustedes que hace ya tiempo comentamos en esta misma página el hecho de que Ronald Colman había rechazado el ofrecimiento que se le hizo para que actuara de galán de Greta Garbo en "Reina Cristina"? Pues ahora ha vuelto a repetirse el caso, ya que, en vísperas de hacer "Ana Karenina", se solicitó el concurso de Ronald, quien pidió trescientos mil dólares por su participación y la promesa de que en la publicidad que de la cinta se hiciera, su nombre sería escrito primero que el de la sueca.

Lógico es suponer que el actor sabía sobradamente que ninguna de las dos condiciones sería aceptadas por los productores. Hoy día nadie, ni la misma Greta, recibe tal cantidad por filmar una sola película, ni ningún nombre puede ir primero que el de ella. En suma, lo de Ronald Colman no fué más que una nueva negativa, más caballeresca que la de "Reina Cristina" a filmar secundando a la sueca. Todo lo cual lo coloca en un plano muy elevado, ya que en la actualidad es el único galán que puede permitirse tal lujo.

Esto de que comiencen a abundar los artistas que desean explotar sus propias producciones ha provocado en Hollywood no pocos trastornos. El último es el que motivó la separación de la famosa pareja Laurel y Hardy, al hacer el primero de los nombrados, que es el flaco, abandono de los estudios de Hal Roach. Las divergencias surgidas entre ambos habían hecho que meses atrás Stan Laurel comunicase a Hal Roach su deseo de dirigir y financiar las películas en que él intervenía. Como Oliver Hardy no quiso saber nada, Laurel pidió entonces que se reemplazase a su voluminoso compañero. La empresa le prometió estudiar su propuesta, y cuando lo hubo hecho, fué llamado ante el directorio.

Y de allí salió Stan diciendo cosas feas, signo inequívoco de que su pedido había sido denegado. En resumen, el único que quedó en pie fué Oliver Hardy, cuyo contrato sin embargo expira en noviembre. George Bancroft recibió la oferta de un contrato para que acompañase a Hardy en sus comedias, pero dijo que no podía dar una respuesta definitiva hasta que conociese los argumentos de las películas en que intervendría. Se recordará que hasta cinco años atrás, Bancroft actuaba en comedias con bastante éxito. Por eso la propuesta no es del todo extraña, aunque más extraño sería que el protagonista de "Hoja de escándalo" la aceptase.

FIN

Una gran vida...

(Continuación de la página 5)

a mi ayudante, le grité jovialmente: "—¡Practicante Ortiz: alce su gorro!"

MURIO EN SUS BRAZOS EL HIJO DE SARMIENTO

Otro de los espisodios de la guerra del Paraguay que más duradera impresión dejaron en el alma del doctor Soler fué la trágica muerte del hijo de Sarmiento, el gran escritor y organizador nacional. El doctor Soler lo cuenta con encantadora sencillez y emoción:

"En medio del fragor de la encarnizada batalla de Curupaytí — dice — me gritan: "¡Venga, doctor, que el capitán Sarmiento está herido!" Con mi ayudante y enfermeros acudimos en su auxilio. Lo tomo en mis brazos..., pero ya exhalaba su último suspiro. Tenía veintidós años de edad. Era un gentil muchacho y una hermosa esperanza para la patria."

DESCUBRIO EN MENDOZA MANUSCRITOS DE SAN MARTIN

"En 1861 — anota el doctor Soler — tuve que ir a Mendoza en auxilio de las víctimas del terrible terremoto que destruyó gran parte de la hermosa ciudad andina. Removiendo las humeantes ruinas, en busca de heridos y cadáveres, encontré entre los escombros muchos libros y documentos que examiné. En seguida me di cuenta que pertenecían a la destruída Biblioteca Pública de Mendoza. Pero al examinarlos minuciosamente, ¡cuál no sería mi asombro y mi alegría al constatar que algunos de aquellos manuscritos eran nada menos que órdenes e instrucciones militares firmadas por el gran Libertador, general José de San Martín, cuando organizaba en Mendoza el glorioso ejército de los Andes! Dichos documentos, de incalculable valor histórico, los doné después al Archivo de la Nación."

FIN

Ana María

(Continuación de la página 25)

Ernesto, con toda su abyección y con todas sus extravagancias, es una tragedia que no puedo sobrellevar. No puedo reconstruir mi vida, pues temo a las amenazas de Ernesto. Ayer mismo, antes de salir, me insultó con una violencia tal, que llegó hasta a levantarme la mano en el paroxismo de la ira; pero ebrio como estaba, pude agotarlo en un forcejeo para mí extraordinario. Lo tiré a lo largo de la cama, y allí se quedó dormido."

—¡Pobre amiga mía! Vuelvo a repetirte que te absuelvo, porque en el fondo de mi corazón siento que no eres culpable. Pienso, sí, que debes rehacer tu vida sin temores. Divórciate. No le temas. Cásate con Nono. El te defenderá.

VII

Ha pasado un tiempo breve. Como de costumbre, fuí a visitar a Ana María. Ya no dejaba pasar un solo día sin ir, pues desde la revelación de su más íntimo secreto, temía que los tétricos pensamientos que la atormentaban fueran inculcando en su mente alguna resolución extrema. Después de haber escuchado de sus propios labios la resolución de poner fin a su vida, empecé a temer por ella y por los niños. Me había impuesto la tarea de vigilarla y distraerla, con el firme propósito de desviarla de sus malos pensamientos, puesto que no pudiéndola juzgar culpable, tenía que infundirle siempre nuevas esperanzas. En esos días llegué a conocer a Luis Roberto Molina, el padre de Lolito, a quien los chicos llamaban cariñosamente Nono.

Aquel día estaba triste.

—¿Qué le pasa, Luis Roberto? — le preguntó Ana María.

— Nada — le contestó él indiferente.

Después me contó a solas la preocupación que habían puesto en su espíritu ciertas manifestaciones de Ana María.

— No puedo inducirla a abandonar esta casa, a dejar a ese hombre al que ya no la liga ningún afecto. Teme el cumplimiento de la amenaza que él le hiciera al partir; no cree en mí. Y esta situación insostenible la llevará a quién sabe qué extremo. Sin embargo, yo puedo impedir cualquier catástrofe, haciéndola feliz.

Me pidió mi colaboración para salvarla. Desde entonces éramos dos los que luchábamos para inducirla a cambiar de vida. Luchamos en vano.

Solíamos vernos con él con frecuencia en una confitería central. Tomábamos el té y charlábamos amablemente.

Un día, a la hora acostumbrada, llegamos Ana María y yo a la confitería, ubicándonos en la mesa habitual. Luis Roberto no había llegado aún. Lo aguardábamos platicando, cuando observé sorpresivamente en la cara de mi amiga una brusca transición.

—¿Qué te ocurre, Ana María? ¿Te sientes indispuesta?

Y ella, por toda contestación, me señaló con el dedo una mesa. Seguí la dirección del dedo y me encontré con Ernesto, en compañía de una mujer acicalada extravagantemente.

No pasamos inadvertidas para Ernesto, quien, haciendo gala de una crueldad refinada, nos proporcionó la violencia de cambiar de mesa con su compañera, viniendo a instalarse en una muy próxima a la nuestra. Ana María y yo nos cruzamos una mirada de inteligencia, y levantándonos bruscamente, abandonamos el salón.

Ya en la calle, Ana María exclamó casi automáticamente:

—¡Ernesto ha regresado!

—¿Te preocupa? — le pregunté.

— Lucy, no me dejes hoy — me solicitó ansiosa, sintiéndose desfallecer ante quién sabe qué amargo presentimiento.

— Tendré que dejarte por dos horas, querida. El tiempo suficiente para cumplir en casa con una comida de cumplido.

Ella me dió las gracias, y nos separamos.

Escasamente había transcurido una hora, cuando un vecino de Ana María interrumpió nuestra comida con una comunicación que nos hizo sospechar una escena grave en la casa de nuestra amiga. Mi madre y yo abandonamos la mesa dirigiéndonos precipitadamente a conocer los ocurrido.

Cuando entramos al hall de la casa, sorprendimos a Ernesto, que con las manos en la cabeza lloraba desesperadamente.

—¡Lo que he hecho, Lucy!

Mamá se dirigió resueltamente a la habitación de Ana María. Cuando regresó instantes después, lo separó a Ernesto de mí.

—¡Ha completado usted su obra! ¡Ha cometido un crimen sin perdón!

Ana María, la amiga dilecta, la buena compañera a quien me hermanara una afinidad anímica y de íntimos sentimientos, vencida por el dolor, ante quién sabe qué injustas inculpaciones de Ernesto, se había envenenado.

FIN

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR



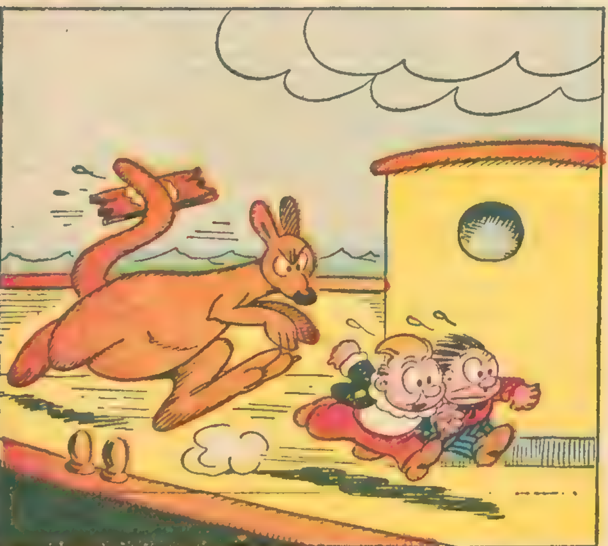






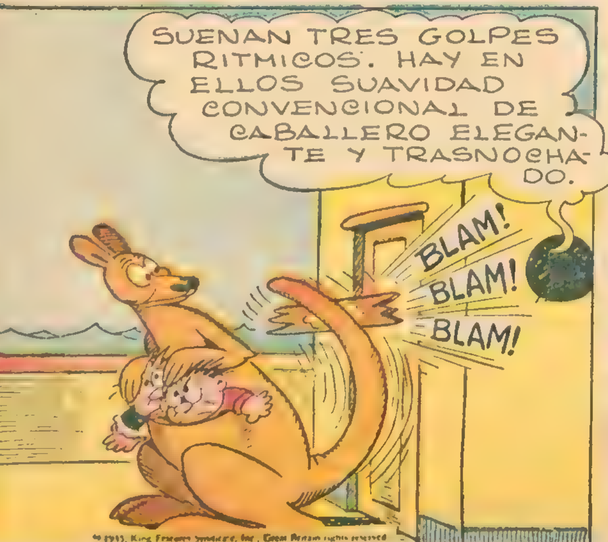


















Francis Day es actualmente la Jean Harlow de la cinematografía británica. Fué descubierta por los estudios de la Gaumont British y arrancada del anonimato para ser incluída en el film "¡Ay, papá!", que pronto conoceremos. Es una de las bellezas europeas cuyas medidas más se aproximan a las que en Hollywood representarían a la mujer perfecta, y que hasta el presente ninguna pudo llenar totalmente.

FRANCIS DAY

la "JEAN HARLOW" de la CINEMATOGRAFIA BRITANICA

El mundo en la





MAX SCHMELING VENCE EN HAMBURGO A STEVE HAMAS

Empleando la clásica pose nazi, el boxeador de peso pesado alemán, Max Schmeling, saluda al público que presenció y aplaudió su triunfo obtenido sobre el norteamericano Steve Hamas por knock-out técnico en el noveno round. A la derecha, su manager, Joe Jacobs, hace el mismo saludo.

EL ALMIRANTE BYRD LLEGA A DUNEDIN (NUEVA ZELANDIA), DEL POLO

De regreso de su expedición al polo donde estableció la Pequeña América, el comandante Richard E. Byrd llega a Nueva Zelandia, siendo recibido por un grupo de amigos. La expedición no tuvo el éxito que se suponía, pues el gobierno norteamericano parece no interesarse mayormente por los hallazgos que el almirante hizo en su viaje.



LA REINA DE ESPAÑA CONOCE A SU NUERA EN LA CAPITAL BRITANICA

Desde Roma, donde contrajeron enlace, el infante don Jaime y su flamante esposa, la señorita Dampierra, se trasladaron de inmediato a Londres para saludar a la reina Victoria, madre del novio. Aquí aparecen los tres en la puerta de la residencia de la reina.



NUEVA ADQUISICION HECHA POR LA MARINA MERCANTE DE FRANCIA

He aquí la esbelta y poderosa figura del "Normandie", el último buque mercante incorporado a la marina francesa, que será destinado a periódicos viajes entre la mencionada nación europea y EE. UU.

fotografía y en el comentario



EL HIJO DEL PRESIDENTE DE LA CHINA HABLA POR RADIO

Se llama James Lin, es hijo de Lin. Sen, primer mandatario chino, y forma parte del conjunto de los "Siete estudiantes en busca de saber" establecido en Nueva York, donde él cursa sus estudios. Aquí aparece hablando ante el micrófono, durante una transmisión especial organizada por la Asociación Cristiana de Jóvenes.



UNA PRINCESA DE FRANCIA EN LAS CALLES DE PARIS

La princesa María de las Mercedes de Borbón (a la derecha), que recientemente se comprometió con el príncipe Juan, hijo del rey Alfonso XIII, paseando por las calles de la capital francesa acompañada por su hermana. La fecha del enlace aún no ha sido fijada, aunque está próxima.



EL ULTIMO DE LOS BANDIDOS CORSOS ES CONDENADO A MUERTE

André Spada, el famoso bandolero corso y autor de innumerables crímenes, en el momento de escuchar la decisión final del jurado de Bastia que lo condena a muerte, sentencia ésta que él recibió con absoluta tranquilidad y con la sonrisa en los labios, que mantuvo hasta ser ejecutado.



RESULTANTE DE UN NUEVO DECRETO EN ITALIA

Niñas fascistas recibiendo sus uniformes después de su reclutamiento en Roma, de acuerdo con el decreto de Mussolini, que establece que todos los niños y niñas mayores de cuatro años deben obligatoriamente pertenecer a alguna agrupación militar.

SIETE PRESIDENTES DEL SOVIET SE REUNEN EN LA CAPITAL RUSA

De acuerdo con la Constitución de la U. S. S. R., el Poder Ejecutivo se halla presidido por siete presidentes de otras tantas repúblicas constituídas de la Unión. Aquí están, de izquierda a derecha, sentados: N. Aitakov, G. Musabekow, G. Petrovski, M. Malinin, A. Chervyakov, A. Rakhimbayev y E. Khokavek.

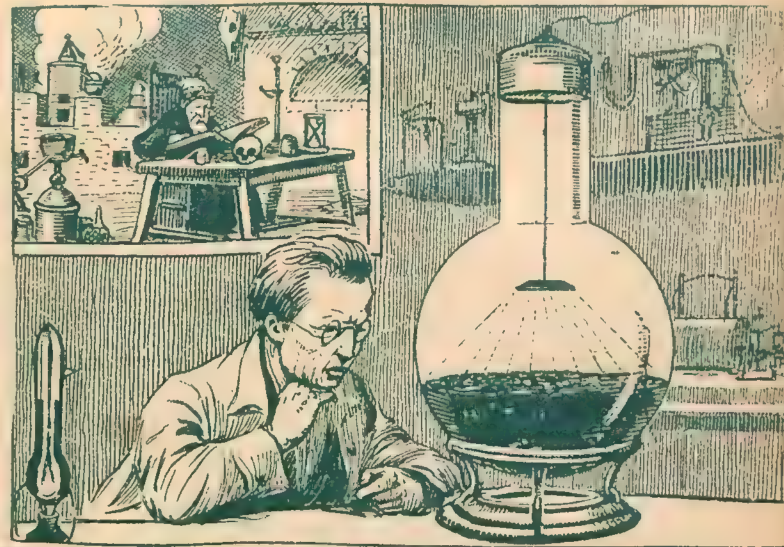


Como en los tiempos de la alquimia, la obsesión del ORO atormenta HOY a la HUMANIDAD



Raimundo Lulio, el gran filósofo y alquimista español de la Edad Media, que según cuentan las historias descubrió el valioso secreto de la transmutación de la materia.

ORO! Otra vez resuena por todos los ámbitos del mundo la palabra mágica. El oro es la alucinación de nuestros días, como lo fué de las épocas más tristes de la humanidad. Los pueblos y los individuos buscan desesperadamente el oro. Leed los avisos de cualquier diario y comprobaréis ese hecho insólito: la palabra ¡oro! os aturdirá como un grito. La radiotelefonía también llena el éter del mismo clamor: "¡Compramos oro!" Numerosas entidades e individuos se dedican en todo el mundo a amontonar oro y a traficar con él. Toda la economía y las finanzas mundiales giran





He aquí un verdadero ejército de desocupados, que integran los campamentos que rodean a Nueva York —como los bárbaros hambrientos rodeaban a Bizancio— recibiendo su ración diaria de comida, en uno de los suburbios de la gran ciudad yanqui.

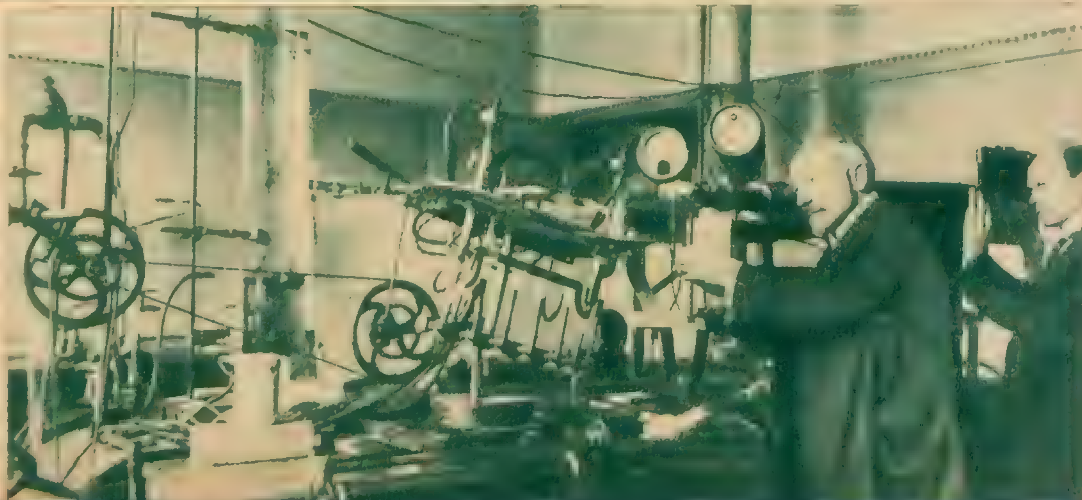


El fantástico aventurero y químico polaco Dunikowsky, prestando declaración ante los tribunales de París, que lo procesaron recientemente, acusado por varios comerciantes que habían financiado su famoso invento para fabricar el llamado "oro sintético".

El moderno alquimista Dunikowsky aparece con su máquina para fabricar oro. El único oro obtenido con ella, hasta ahora, ha sido el de los crédulos accionistas que facilitaron su capital



Esta es la fórmula hermética, de simbolismo gnóstico, de la gran reina Cleopatra, que encierra el antiguo secreto para fabricar oro.



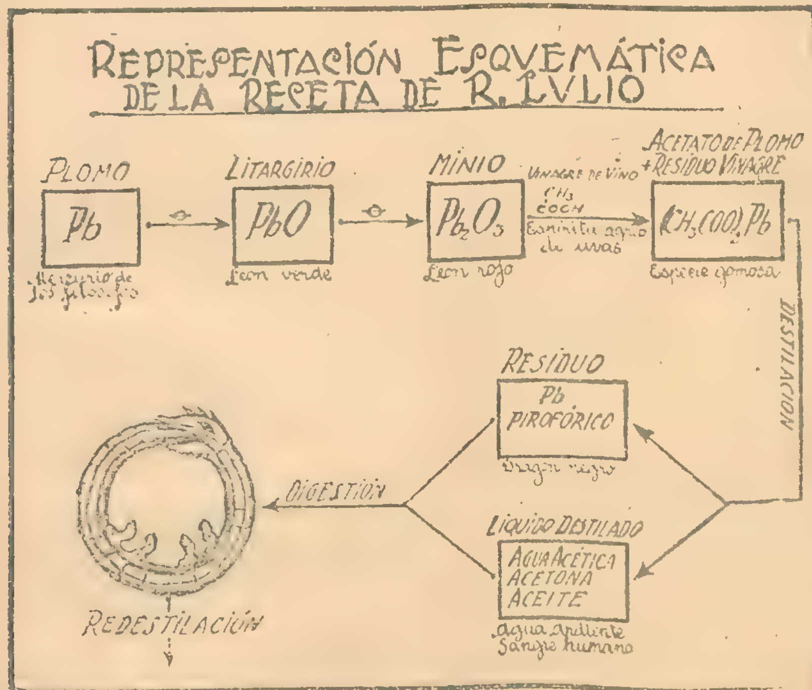
El profesor alemán Miethe ensayando en su laboratorio de Berlín una complicada máquina con la cual intenta fabricar en gran escala, artificialmente, el codiciado metal.

Nota por ALEJANDRO VILLALOBOS



en torno al precioso metal. Y como en nuestra edad, groseramente materialista, no existe política internacional de ideas, como en otros tiempos (catolicidad, reforma, islam, etc.), sino política de intereses, se deduce que el oro — símbolo y síntesis del moderno Estado económicofinanciero — es el inspirador de las leyes, de los tratados, de las guerras, de las revoluciones

Todos los Estados dictan leyes para proteger "su" oro. Este posesivo tiene en algunos países un significado muy extenso... Porque abarca el oro suyo... y el de los demás. Es



He aquí la misteriosa receta de Raimundo Lulio, donde se advierten ya claramente las fórmulas de la química moderna, oculta también la virtud mágica que permite convertir en oro cualquier metal.

el caso, por ejemplo, de Estados Unidos de Norte América.

EL ORO DEL MUNDO ES DE NORTE AMERICA

Legalmente, teóricamente, todo el oro del mundo pertenece en la actualidad a los yanquis. Ese fué su botín fabuloso en la gran guerra europea. Las diversas naciones del mundo — inclusive la Argentina — le deben a Norte América la fantástica suma de noventa y cuatro mil millones de dólares oro. Esto representa en metálico casi nueve veces más que todo el oro existente en la tierra. Si el reciente fallo de la Suprema Corte de Justicia de la Unión no hubiera anulado la cláusula del pago obligatorio en oro, todo el precioso metal existente en la tierra habría ido a parar a las arcas yanquis en poco tiempo. Por eso el mundo dió aquel inmenso suspiro de alivio cuando la cláusula del pago en oro fué eliminada. Pero... no nos hagamos ilusiones. Los yanquis exigirán a sus deudores sólo una parte del pago en oro... y perdonarán la otra. Al proceder así no lo hacen por generosidad. Es que ellos saben que no hay en el mundo suficiente oro para pagarles. ¡No podrían cobrar ni a cañonazos! Y también saben los norteamericanos que con la no pequeña parte de los pagos obligatorios en oro — que autoriza la nueva ley — se quedarán con todo el precioso metal que hay en la tierra, tarde o temprano . . .

ANALOGIAS HISTORICAS: LA EPOCA DE LOS BARBAROS

Spengler y sus imitadores han profetizado un retorno a la Edad Media. Estaríamos ahora — correlativamente — en la agonía del período helenístico. El pleno bizantinismo. Cuando Roma y Bizancio atesoraban todo el oro de la tierra, y ofrecían en sus palacios, tabernas y circos todos los placeres y vicios. Las populosas ciudades de Italia, España, Francia, eran pequeñas Romas y pequeñas Bizancios. El oro — como ahora — era el único medio para obtener todos los placeres y honores. Por eso una devoradora sed de oro atormentaba a todos los hombres. Luego vinieron los bárbaros. Poco a poco, pacíficamente, fueron acampando sus hordas alrededor de las más rica ciudades. Al principio rogaban por amor de Dios que les dieran algo para remediar su hambre. La ciudad opulenta les arrojaba las migajas de sus festín. Y los bárbaros, saciados, levantaban su campamento y se dirigían a otra ciudad próxima, en su "marcha de hambre". Las grandes ciudades, como Bizancio y Roma, tenían a su alrededor campamentos permanentes de hambrientos. Hasta que se produjeron las grandes invasiones de bárbaros que cercaban las ciudades y exigían, con amenazas de asaltos, que les entregaran oro, víveres y bailarinas. Bizancio tenía que comprar continuamente su paz y su seguridad arrojando a los hambrientos

(Continúa en la página 61)



Campamento de desocupados, rodeando como una [illegible] permanente la gran ciudad de Chicago, que debe mantenerlos... y cuidarse de ellos.



Camiones custodiados por la policía y el ejército cargando cajones llenos de oro de la Caja de Conversión con destino a Nueva York.

el consejero de los novios

Por NENUFAR

1º **LA ELECCION** que ustedes han hecho está muy bien. Los padrinos de boda deben ser a gusto de los novios; así que no haga caso de lo que dicen, porque será muy difícil conformar a todos.

2º Lleve en la mano el ramo de esas flores, ya que es de su agrado, y luego puede dar a dicho ramo el fin que más le agrade.

Le deseo mil felicidades.

Contestando a "Piba", de Bahía Blanca.

● ●

HA PUESTO EN EVIDENCIA que desea finalizar esas relaciones. Si el hecho insignificante de su ausencia momentánea lo ofendió, usted le explicó bien la causa e hizo todo lo que correspondía por calmar su enojo. No insista en llamarlo; seguramente las amenazas de la otra lo han obligado a proceder como lo hace. Sabiendo lo que ahora ha llegado a su conocimiento de su pasado, es mejor terminar; esa mujer siempre se interpondrá en su felicidad. Escríbale una carta pidiéndole la devolución de lo que de usted conserva. La respuesta le dirá cómo debe proceder después.

Contestando a "Rubia, pelo de choclo", de Junín.

● ●

1º **POR LO QUE VEO**, su corazón no interviene para nada en este asunto. Uno u otro le es lo mismo; lo que significa que no quiere a ninguno. Siendo así, descarte al candidato bonito y sin trabajo, y trate al otro un poco más de tiempo para ver si llega a interesarse realmente por él.

2º Cuando a un joven lo guían buenas intenciones, de él mismo parte la idea de hablar con los padres para pedir visitar. Si no lo hace, puede usted insinuarle disimuladamente el deseo de poner a sus padres al corriente de dichas relaciones, a fin de que la trate en su casa.

Contestando a "J. D. J. J. F. G. N., Corazón desconfiado y Princesita que sufre", de Junín.

CALME SU AFLICCION. Son permitidos los casamientos entre primos hermanos; así que no pierda la esperanza de que se realice también el suyo, aunque le aconsejo que no se apresure demasiado. ¡Son los dos tan jovencitos!

Contestando a "Estoy loco por N.", de Río Cuarto.

● ●

APROVECHE LA OPORTUNIDAD de rehacer su vida, ya que ha llegado el momento de ello. Acepte a ese muchacho. El pasado relégueIo al olvido; no rememore sus hechos con nadie y menos con su nuevo festejante. Espero que esta vez sea muy feliz.

Contestando a "Alma triste", de Mendoza.

● ●

ME CAUSO mucha gracia eso de que tiene un novio "dormido". Puede ser que esa timidez que lo domina en su presencia le impida ser más "despierto". Ya que él es así, es preciso que usted lo aliente un poquito, sea algo más afectiva, que no por eso perderá su femineidad y tal vez consiga cambiarlo. Además puede manifestarle sus dudas acerca de su cariño, dado lo poco expresivo que se demuestra. Es algo difícil transformar caracteres; por eso, como es tan jovencita, debe meditar mucho antes de encadenar su vida a un hombre a quien no logra comprender. Esa diferencia de años nada tiene que ver con lo que a usted le pasa. Me agradaría conocer el resultado de mi consejo.

Contestando a "Negrita linda".

● ●

LAS PREGUNTAS que me formula se alejan en absoluto del carácter de esta sección; por eso, aunque lo siento, esta vez no puedo complacerla.

Contestando a "Itatí", de Unquillo.

1º **CUANDO HAY UN ROMPIMIENTO** definitivo, al novio le corresponde iniciar la devolución de todo lo que signifique recuerdos de aquel amor.

2º La causa que cita no es motivo para promover semejante alboroto, pero hay personas fácilmente excitables y el más fútil motivo las pone fuera de sí, provocando escenas desagradables.

Cuando llegue el momento publicaré otra de sus poesías.

Contestando a "Trovero del ensueño", de Crotto.

● ●

MUCHO ME ALEGRA que haya conseguido vencer a ese sentimiento que intentaba dominarla, y me satisface sobre todo que haya seguido mi desinteresado consejo con tan halagüeño resultado.

Agradezco, querida amiguita, su gentil envío, y quedaré encantada de conocerla a través de la fotografía que me promete.

No puedo enviarle la dirección que me pide por cuanto esta revista publica solamente los retratos que ella solicita. Retribuyo su cariñoso saludo, y ya sabe que sus noticias siempre me resultan agradables.

Contestando a "Evita Emilia", de Santa Fe.

● ●

ESE INCUMPLIMIENTO de palabra no debe ser tolerado por más tiempo. Cuando se ama de verdad es inconcebible el "olvido". Dígale que si continúa faltando a sus promesas, usted no lo continuará atendiendo. Si no se corrige, es inconveniente seguir, pues me parece que usted no lo ama como debiera, y prueba de ello es que le resulta imposible borrar de su mente al otro.

Siempre que necesite desahogar su pena, escríbame sin temor a cansarme.

Contestando a "Amor y dolor", de Rosario.

ES IMPRUDENTE que le escriba esa carta, después de lo ocurrido. Cuando regrese a esa ciudad, si a él le pasa lo mismo que a usted, es decir, que si a pesar del tiempo y la separación no ha logrado borrarla de su recuerdo, tratará de acercarse. Como usted también ansía una reconciliación, no desperdicie la ocasión de una entrevista, y entonces llegarán a un acuerdo.

En cuanto a la otra pregunta le diré que, si en aquella época usted no deseaba llevar las cosas adelante, pues notaba que su cariño se iba extinguiendo, hizo bien en ser mezquina en sus manifestaciones de afecto.

Vuelva a escribirme, si algo tiene que objetar a lo que le digo.

Contestando a "Alma doliente", de Corrientes.

● ●

1º **EL LARGO DE LA COLA** en los trajes de novia varía. Si es usted una persona alta, puede llevarla muy larga. Haga el velo de tul de ilusión, que resulta más gracioso.

2º Los novios envían por separado las participaciones de enlace.

3º Una vez efectuada la ceremonia religiosa los novios reciben los plácemes de la concurrencia y familiares, y después se pasa al comedor.

Contestando a "Mimí", de Carlos Tejedor.

● ●

FUE BURLADA en su buena fe y jugaron con su corazón; por eso blasfema contra todos. No, amiguita, es preciso reacionar; contenga su odio, deje correr los días y, ya algo más calmada, la reflexión llegará y comprenderá que si grande fué el agravio y la ofensa, más grande debe ser aún el desprecio y el olvido.

Por el momento tenga sus horas ocupadas; busque la manera de estar constantemente ocupada a fin de que los pensamientos sean otros, y después escríbame otra vez.

Contestando a "Atormentada", de La Rioja.

ENLACES QUE SE EFECTUARON EN EL MES DE ABRIL

Nelly Travers con Ignacio Quirno, en la Capital Federal.
Argentina Inés Sáenz con Francisco Raggio, en Vedia (Buenos Aires).
Magdalena Rivas con Andrés Peralta, en Arroyo Algodón (Córdoba).
Amelia Teberobsky con Pedro B. Goldman, en Libaros (Entre Ríos).
Antonia Calero con Francisco Ruggeri, en Rosario.
Luciana J. Núñez con Armando Fava, en Morón.
Rosa Lucía Palermo con Demetrio C. Kuzek, en Rosario.
Marina Lirusso Bernardi con Polidoro Carmonatti, en San Carlos Centro.
Marta Daminoni con Eneas A. Pampliega, en la Capital Federal.
Laura Pueyrredón con Horacio Robinson, en La Tablada.
Odette Casalegno con Alfredo Morando, en Rosario.
Beatriz Pita Devoto con Julio César Cataldi, en Capital Federal.
Silvina Zanotto con Faustino Ortelli, en Marcelino Ugarte.
María Fiorda con José Siri, en Río Cuarto (Córdoba).
Norberta C. Rojas con Horacio Balverde, en La Plata.
Ada Giola con Alfredo Palau, en Rosario.
Jacinta Fernández con R. Altuna, en Carlos Casares.
Beatriz Z. Estevez con Luis M. Quesada, en Avellaneda.
Margarita T. Aroldi con Amaranto Montoya, en Ascensión.
Margarita Bonifacio con Raúl Alberdi, en Coronel Suárez.
Teresa Korak con Vicente Sagasti, en Coronel Suárez.
Ojelia Desio con Juan M. Rioja, en la Capital Federal.
Rosa Elena Salas con Eduardo Acuña, en Catamarca.
Delia Conte Grand con Fortunato Guzzo, en San Juan.
Amanda Quiroga del Corro con Julio Aguiar, en Mendoza.
Juana Comello con Enrique Bielli, en Monte Grande.
María Pedrotti con Vicente Balbi, en Lobos.
Arminda R. Lombardi con Luis Braica, en Carmen de Areco.
Angela Claverol con Gastón Bouillet, en Rosario.
Hortensia C. Capano con José Reale, en la Capital Federal.
Estela Reboredo Núñez con Juan C. Guiñazú, en Mendoza.
Eustaquia Malaval con Luis Moscardi, en Puán.
Haydee Sapere con Emir Mazzochi, en Pellegrini.
Inés Ratto con Víctor P. Chevez, en San Isidro.
Dora R. de la Rúa con Jorge C. Araya Sugasti, en Rosario.
Lydia Ponce Astrada con Héctor Ponce Laforgue, en Córdoba.
Leticia M. Aller con Mario O. Laguna, en Villa Crespo (Entre Ríos).
María González Guerra con Antonio Manchón Navarrete en Villa Maipú (Mendoza).
Adela Tácari con Plácido Zampa, en Casilda.
Argentina Soldani con Severino Pagani, en Casilda.
Aurora García Reynoso con Eliseo Sigot Jourdán, en Galarza (E. Ríos).
Rosa Cercós con Amador Zurdo, en Junín.
Nile A. Boero con Vicente Palumbo, en Rosario.
Cecilia M. de Jayo con Francisco Luchesi, en Tandil.
María A. Daunz con Jorge Ambrosis, en La Plata.
Hilda Cambessies Iriart con Gabriel Pagano, en Olavarría.
Elena Bardes con Roberto Laure, en Lanús.
Aida L. Ibarrola con Raúl Bouchet, en Chivilcoy.
Concepción Gómez con Gabriel Carús, en Teodolina (Santa Fe).
Margarita Ferreyra Herrera con Ricardo Espinosa, en Capital Federal.
Lydia C. Ayerza con Jaime J. Campaña, en Luján.
Idelia C. Ceresetto con José Abadía, en Junín
Matilde Bahier con Manuel J. Montoba, en San Andrés de Giles.
Juana Iribarren con Juan A. Flexas, en General Viamonte.
Ana M. Garín, con Bernardo Gerez, en General Viamonte.
Nelli Sánchez Goitia con Oscar Fitte, en La Rioja.
María A. Pacheco con José Abarca, en Córdoba.
Josefina Urriza con Martín Muguerza, en Del Campillo.

A LOS NOVIOS DE TODA LA REPUBLICA

Como ya anunciamos hace algunos números, "Nenúfar" publicará en esta sección, en el primer número de cada mes, la nómina de los enlaces a realizarse en el curso de él, a fin de que la noticia de este simpático acontecimiento llegue a todas las relaciones de los contrayentes.
Por tanto, "Nenúfar" invita a los novios de todo el país a que envíen la noticia de su enlace con una anticipación de veinte días, por lo menos, para poder ser incluída con las demás.

Como en los tiempos...
(Continuación de la página 59)

que la rodeaban comida, oro y mujeres. Hasta que los hambrientos tomaron las ciudades y destruyeron aquella civilización groseramente materialista y aquellos Estados sensuales, regidos por tantas leyes económicofinancieras...

Y en nuestros días, ¿quiénes harán el papel de bárbaros? Sobre esto no hay duda: los desocupados, los desocupados — que no son menos bárbaros que aquéllos — llegan de todas partes en marchas de hambre y acampan alrededor de las ciudades. Esto lo sabemos y lo vemos todos.

Ahora, los hambrientos que cercan nuestras ciudades piden por caridad que se les mantenga. Dentro de algunos años — cuando el actual sistema económico financiero alcance su última crisis — los hambrientos que rodearán las ciudades serán innumerables... y nos exigirán, con amenazas de asalto, que se les entreguen oro, víveres... y bailarinas.

Pero mientras esto llega... ¡que siga el festín!

SIN EMBARGO, LA TIERRA ESTA LLENA DE TESOROS SIN DUEÑO...

Cuando todo el oro en circulación o guardado haya ido a parar a las cajas fuertes de los yanquis, ¿qué haremos? Tenemos dos soluciones para este problema: dedicarnos a buscar la *piedra filosofal*, esto es, hacernos alquimistas, o buscar los tesoros perdidos en la tierra y en el mar, que de hallarlos juntaríamos mil veces más oro que todo el que existe actualmente en circulación, en alhajas o judaicamente secuestrado

LOS SABIOS ACTUALES CREEN EN LA PIEDRA FILOSOFAL

He aquí un síntoma revelador: los grandes químicos europeos creen hoy en la piedra filosofal. En los laboratorios de Alemania, Francia, Inglaerra y Estados Unidos los investigadores más famosos están buscando el secreto de la *transmutación de la materia*, esto es, la fórmula para convertir cualquier substancia en oro. Y no creáis que la química moderna basa sus investigaciones en teorías nuevas. Sus ideas son tan viejas como la alquimia árabe, que las heredó a su vez de la ciencia hermética de los sacerdotes egipcios. La posibilidad de convertir cualquier substancia en oro se funda en la idea de la unidad de la materia. Esto es, que hay un elemento primario, simple, universal, del cual participan todas las cosas. Todas las formas aparentes de la materia serían sólo combinaciones de esa única substancia universal. A esa substancia mágica la llamaron los árabes y los alejandrinos *piedra filosofal*. Los antiguos alquimistas aseguraban poseer el secreto de esa substancia maravillosa. Su fórmula hermética se ha conservado hasta nuestros días — transmitida por el sabio medieval Alberto Magno — y la vamos a entregar a nuestros lectores para que descifren su enigma y se hagan fabulosamente ricos. Se trata de la famosa fórmula contenida en "La Tabla de Esmeralda" de Hermes Trimegisto, que dice así:

"Lo verdadero sin mentira es cierto y muy verdadero. Lo que está abajo es lo mismo que lo que está arriba, y lo que está arriba es lo mismo que lo que está abajo, para cumplir los milagros del Ser Unico.

"Así como todas las cosas fueron creadas de una sola, por la mediación de Uno solo, todas las cosas nacieron de esta cosa única por apropiación. Es el padre de toda la armonía del mundo. Es completa su virtud cuando se deposita en la tierra. Separarás con esmero y habilidad la tierra del fuego, lo sutil de lo denso; sube de la tierra a los cielos, vuelve a bajar a la tierra y adquiere su fuerza en lo superior como en lo inferior. Así poseerás la gloria del mundo entero; toda obscuridad se alejará de ti. Esta la virtud, fuente de toda virtud porque domina toda cosa sutil y penetra toda cosa sólida. Así fué creado el mundo; así se producían las combinaciones admirables, siendo esta la manera, y por esto fuí llamado Hermes Trimegisto (tres veces grande), conocedor de las tres partes de la filosofía del mundo."

Ahí tenéis, en ese misterioso arabesco, la fórmula de la felicidad, cuyo enigma quieren descifrar actualmente en sus laboratorios los grandes químicos europeos. Si vosotros, lectores, sin inútiles trabajos de laboratorio, conseguís descubrir el secreto, habréis resuelto el problema que obsesiona al mundo: conseguir oro. Obtendréis la inmortalidad, vuestros serán los imperios y todos los placeres de la tierra...

FAMOSOS FILOSOFOS Y GRANDES SANTOS CONOCIERON LA PIEDRA FILOSOFAL

No solamente los alquimistas árabes y alejandrinos conocieron la piedra filosofal y fabricaron oro con ella. Grandes filósofos y santos de la Edad Media y moderna fueron alquimistas y descubrieron el secreto de la piedra filosofal, de la cual hablan en sus obras. Entre estos se destacan Santo Tomás de Aquino, el gran filósofo escolástico, que fué alquimista y en cuyos escritos hay muchas referencias a la piedra filosofal; el beato mallorquín Raimundo Lulio, insigne sabio alquimista — cuya fórmula para fabricar oro publicamos, — quien no solamente utilizó la piedra filosofal para fabricar el precioso metal, sino también para rejuvenecerse en su vejez; Roger Bacon, ilustre filósofo — iniciador del método experimental, — en cuyo libro *Speculum alchimiae* (Espejo de la alquimia) describe todas las maravillas que se pueden obtener con la piedra filosofal; Paracelso, famoso médico y sabio investigador del Renacimiento.

Ya veis cuánta autoridad tienen estos alquimistas. Tan grandes filósofos y santos no pueden engañarnos.

ESTA DE MODA BUSCAR TESOROS PERDIDOS

La sed devoradora de oro que atormenta actualmente a la desdichada humanidad, se manifiesta en la moda de buscar tesoros perdidos En todas partes de América se organizan expediciones fantásticas para buscar los inmensos tesoros de los mayas, las fabulosas riquezas de los aztecas, las incalculables cantidades de oro, plata y piedras preciosas de los incas...

Ciertamente, el suelo de América debe estar lleno de tesoros enterrados, perdidos. Desde hace siglos se buscan los tesoros de Huáscar, entre los que había una cadena de oro puro que podía rodear toda la plaza del Cuzco, y tan pesada que no podían levantarla cuatrocientos hombres... ¿Qué se hicieron las incalculables riquezas de los últimos aztecas, misteriosamente escondidas por Guatimozín, quien prefirió morir a manos de los soldados de Cortés antes que revelar el lugar en que las enterrara?

¿Y todo el oro y piedras preciosas que robaron y escondieron los piratas y facinerosos de la conquista y que aún no han sido hallados por nadie?

Jóvenes torturados por la sed del oro, buscadores de tesoros: leed las crónicas de los historiadores primitivos de la conquista de América — sobre todo Cieza de León y Bernal Díaz del Castillo — y el oro, la plata y las piedras preciosas deslumbrarán vuestros ojos...

FIN

En TODOS los TIEMPOS la MUJER ha



En Francisco Solano López, presidente del Paraguay, influyó Elisa Lynch, que fué la instigadora y cómplice de las carnicerías del mariscal.

LA influencia de la mujer en el hombre que la ama y en aquel a quien ella quiere es casi siempre enorme. Si esa influencia se refleja en personas que ocupan una gran posición social o se destacan por sus hazañas o talento, la personalidad de la mujer que ha ejercido esa influencia cobra un interés particular.

Esta nota está dedicada a algunas de esas "mujeres fatales", a las cuales cupo un papel decisivo en la vida de muchos hombres célebres.

La frase clásica "cherchez la femme", que generalmente se pronuncia con un dejo de ironía, tiene a veces un sentido muy serio y profundo. Nos lo demuestran la vida cotidiana, la historia y la política con ejemplos que confirman este dicho.

Es claro que la influencia de la mujer en las actividades de los representantes del sexo fuerte puede ser diferente, tanto para el bien como para el mal.

DESDE LA BELLA HELENA

La bella Helena, causante de la guerra de Troya, y Cleopatra, que perdió a Antonio, son los ejemplos clásicos del maligno espíritu femenino al que debe la humanidad algunas lúgubres páginas de su historia. Sin embargo, dentro de la enorme cantidad de esos ejemplos en la historia, la política y la literatura, se conocen más casos de la influencia benévola y no negativa de la mujer.

En la historia de la Revolución Francesa está la luminosa imagen de madame Tallien. Una de las "tres gracias del Directorio" — las otras dos eran madame Recamier y Josefina Beauharnais, — una mujer de rara belleza, contribuyó a la destitución de Robespierre, y en los sangrientos días de la revolución salvó a muchos de los condenados a muerte. La influencia que ejercía sobre su esposo era ilimitada, y ella consideraba su primera obligación aprovechar este ascendiente para arrancar a los condenados de las garras del verdugo.

LA INFLUENCIA DE UNA MUJER EN LA VIDA DE LORD NELSON

Muy interesante y original es la figura histórica de Emma Lyon. En su juventud niñera, luego mucama, se empleó un tiempo como camarera de un restaurante, sirvió de modelo para pintores y terminó en Nápoles por ser la amante primero y la esposa luego del embajador inglés lord Hamilton. Goethe, quien la conoció en una recepción de la embajada, dijo que lord Hamilton, hombre de gustos refinados y que coleccionaba muchas obras de arte, quiso que su castillo fuese adornado con esa hermosa mujer.

Hamilton no profesaba un sentimiento profundo hacia su esposa. Generalmente, la presentaba a sus visitas envuelta en distintas telas artísticas, con efectos de luces, y en general la miraba como una de las numerosas obras de su amplia colección.

El destino quiso que ella se encontrara un día con lord Nelson, y sin titubear prefirió el famoso almirante de hierro al esteta Hamilton. Debido a su conocimiento y amistad con Carolina, reina de Nápoles, supo asegurar el aprovisionamiento de víveres y armas a la flota de Nelson en Siracusa. De esta manera lady Hamilton preparó la victoria marina de Abuquir, aquella victoria que Nelson mismo solía denominar "la victoria de ella".

Desde entonces Emma y Nelson fueron inseparables, a pesar de que oficialmente ella seguía siendo la esposa de Hamilton. El lord adoptó el papel de un modesto amigo y como un fiel can acompañaba a ambos en sus



También Goethe, según sus mejores biógrafos, escribió bajo el influjo femenino. La que más influyó en su inspiración del gran poeta fué Charlotte von Stein.



Elisa Lynch, llamada la "Mariscala de sangre" por la gala que hacía de sus instintos crueles y el ascendiente que tenía sobre Francisco Solano López.

INFLUIDO en los GRANDES HOMBRES

Recuerda LUIS RAYMONDE

Nuestra Manuelita Rosas, la hija del Restaurador de las Leyes, ejerció benéfica influencia sobre éste, y a ella se debe que la tiranía de su padre no causara aún más víctimas.



numerosos viajes.

Lord Hamilton murio en 1803, apoyando la cabeza sobre el pecho de Nelson y apretando entre las manos la diestra de Emma.

Después de la muerte del almirante Nelson en la batalla del 21 de octubre de 1805 en Trafalgar, Emma vivió todavía diez años más. Murió en Francia, en la ciudad de Calais, desamparada y pobre como lo fué al principio de su carrera.

LA BAILARINA LOLA MONTES

Un papel muy interesante tuvo en la historia del reino de Baviera la célebre Lola Montes. Hija de una criolla y un capitán inglés, la hermosa Lola Montes, después de una serie de aventuras amorosas en distintas capitales de Europa, llegó en el verano del año 1846 a Munich, y de inmediato cautivó al septuagenario rey Luis. Por lo pronto, la influencia de ella se manifestó en la renuncia del gabinete de Abel, ordenada por el rey, y eso cimentó su popularidad.



Lola Montes hizo caer en las redes de su seducción al septuagenario rey Luis de Baviera.

Muy pronto, sin embargo, Lola, aprovechando su situación de "maitresse du roi", empezó a contraer deudas en todos los negocios de la ciudad, diciendo sonriente a los vendedores:

— Mi Luis lo pagará todo...

Esta situación ridícula en que se colocó el rey por culpa de ella empezó a indignar a los altivos bávaros, y cuando la bailarina, para colmo, empezó a influir en la política del reino, se produjo la conocida sublevación que culminó con la expulsión del rey y de su amante del palacio real.

LOS EJEMPLOS DE GOETHE, LORD BYRON Y BALZAC

Pero donde más se destaca la influencia de la mujer es en la vida de los grandes artistas. Aquí nos corresponde nombrar a Matilde Wesendonk, amiga de Wagner, que le inspiró una de sus mejores obras: "Tristán e Isolda".

También Goethe, según dicen sus biógrafos, escribió sus mejores obras bajo la influencia femenina. La que más influencia tuvo sobre él fué Charlotte von Stein; lo corroboran sus múltiples cartas, las que demuestran la participación que tuvo ella en la actividad creadora de Goethe.

La condesa Teresa Gicciolli tuvo un papel importante en la vida de lord Byron. El la conoció en uno de los salones de Venecia, y en seguida se enamoró de esa encantadora joven rubia de ojos azules. La condesa era no solamente muy hermosa, sino inteligente y sumamente ilustrada, y durante muchos años tomó parte activa en las creaciones de Byron; pero al final el famoso poeta se cansó de su musa inspiradora y su viaje a Grecia obedeció al deseo de abandonar a la condesa.

Junto al nombre de Honorato de Balzac está ligado el de la condesa Hansky, con la cual se casó después de un romance de diez y siete años.

La condesa era la fuente de inspiración del famoso escritor, estaba muy orgullosa de ello y abiertamente hablaba de su unión.

LASSALLE Y PUCHKIN

Es digna de recordarse también la amiga de Lassalle, Elena von Denning. Ella siempre concurría a los salones de Lassalle durante las discusiones con sus camaradas, y con una veneración silenciosa contemplaba a su famoso amigo cuando éste, en un discurso vigoroso y gráfico, bregaba por alguna de sus teorías.

A causa de esa bella mujer pelirroja, Lassalle más tarde pereció en un duelo a orillas del lago de Ginebra.

Agregaremos a esta lista de "mujeres fatales" un nombre que está íntimamente ligado a una de las trágicas páginas de la historia de la literatura rusa. Es Natalia Gancharova de Puchkin, la famosa y bella esposa del poeta.

Quizá su influencia personal sobre Puchkin no fué importante, pero él le dió toda la amplitud de sus sentimientos, a ella están unidos los últimos años de su vida, y al fin ella fué la causa principal del drama que constituyó el preámbulo de la muerte en duelo del poeta.

La cuestión de su culpa o inocencia ha quedado en segundo plano. Pero tal vez, y en contra de su voluntad, las circunstancias han hecho de ella una "mujer fatal".

MUJERES DE AMERICA

Recordando la influencia femenina en la vida de los hombres célebres de Europa, es justo que no olvidemos a las grandes figuras americanas.

Manuela Sáenz dedicó con apasionamiento su vida al general Simón Bolívar. Casada con un médico inglés, James Thorne, lo abandonó para seguir la suerte del Libertador, convirtiéndose en su compañera y colaboradora.

Mereció el nombre de "Libertadora del Libertador", a quien sobrevivió para asistir a su apoteosis.

Evocando la época de la Restauración, surge de inmediato la dulce figura de Manuelita Rosas. Hija del famoso ti-



Nelson, el famoso almirante, experimentó la influencia de Emma Lyon, que fué el estímulo de su vida heroica.

rano Juan Manuel de Rosas, con su suave bondad salvó innumerables vidas de enemigos políticos formulando un ruego a su padre. Era la única que detenía la mano del verdugo, la única cuya benévola influencia era notoria sobre el tirano, el único rayo de esperanza y de luz en las tinieblas de aquellas páginas obscuras de nuestra historia.

También es muy interesante la figura histórica de Elisa Lynch, la "Mariscala de sangre". Compartió el trágico destino de Francisco Solano López, a quien conoció en París. Permaneció siempre junto a su compañero, y era instigadora y cómplice de las horribles carnicerías del mariscal. Su nombre se recuerda en aquella historia del tirano que describe miles de muertes provocadas por la más insignificante sospecha o mero capricho de la ambiciosa Elisa Lynch.

Su nefasta influencia sobre Francisco Solano López, hombre despótico y cruel, lo impulsó a las más descabelladas empresas. Si en Elisa Lynch hubiese asomado una leve sombra de aquella bondad y dulzura que personificaron a Manuelita Rosas, quizá no se hubieran producido la guerra del Paraguay y la Triple Alianza.

Hablando de los grandes hombres de América, debemos dar lugar primordial a Domingo Faustino Sarmiento, de obra inmortal en la historia argentina. Donde más se destaca su gran obra es en la decidida lucha contra la ignorancia y el analfabetismo, en la cual intervinieron varias mujeres como amigas y colaboradoras.

Entre ellas, figura Juana Manso, cuyas cartas sirvieron de guía y consejo a Sarmiento; Lucy Smith, a la cual debió su título de doctor en la Universidad de Michigan, y Mary Mann, esposa de un pedagogo norteamericano, cuyas descripciones del sistema educativo en América del Norte sirvieron para modificar el de nuestro país.

Meditando sobre los ejemplos citados, cabe decir que es muy verídico este aforismo: "La mano de la mujer es la que mueve el mundo."

FIN

Cartas de París

(Continuación de la página 24)

samente colocados, los viejos aparatos que durante tantos años Claudio Bernard manejó con sus manos. Por iniciativa del profesor Carnot, una sala pequeña del Colegio de Francia, que fué durante mucho tiempo el laboratorio del maestro, se convertirá en museo dentro de muy poco tiempo. Un "Relicario" — ese será su nombre — consagrado a la memoria de Claudio Bernard en el mismo Colegio de Francia, en cuya puerta nos recibe su estatua, será uno de los homenajes de más sobria elocuencia que han merecido la vida y la obra del gran sabio. Para dar ya al futuro museo un comienzo de realización, el profesor D'Arsonval — único discípulo sobreviviente de Claudio Bernard — aprovechó las sesiones que celebraba en esos días la Asamblea Francesa de Medicina General e invitó a sus miembros a concurrir en peregrinación hasta la sala número 6 del Colegio de Francia en que Claudio Bernard dictaba sus lecciones. Por una amabilidad de D'Arsonval pude asistir al homenaje. Joseph Bedier y André Mayer hacían los honores de la casa; y después que el profesor Roger expuso como fisiólogo la obra del maestro de la experimentación, D'Arsonval — largamente aplaudido — contó durante más de una hora sus recuerdos personales sobre Claudio Bernard. Nervioso y chispeante a pesar de los años, D'Arsonval entretuvo a su auditorio con anécdotas risueñas y lo emocionó después con su propia ternura. Como un hijo, habló del hombre de quien se ha dicho con razón que "no era un fisiólogo, sino la fisiología", e hizo desfilar en un cortejo dramático las sombras de los otros discípulos que supieron formarle su familia científica: Paul Bert, Ranvier, Dastre, Morat, Armando Moreau... Pero fué para mí el momento más intenso de aquella tarde inolvidable cuando anunció que se iba a desprender para regalarlo al "Relicario" de un montón de papeles que nos invitó a contemplar. Sobre la misma mesa ya bastante maltrecha junto a la cual trabajó Claudio Bernard, D'Arsonval depositó los manuscritos de la *Introducción a la medicina experimental.*

Ya estaba enfermo cuando la escribió. Para descansar un poco había buscado un refugio en su villa natal de San Julián, entre los viñedos sin límites y los valles sombríos. Frente a los Alpes, cuyas cimas blancas alcanzaba a distinguir en los días hermosos, Claudio Bernard empezó a escribir, como quien redactara el testamento de su vida científica, las páginas extraordinarias de la *Introducción*. Pocas veces la sabiduría y el arte han marchado con un paso más igual; pocas veces la prosa francesa ha alcanzado una limpidez mayor, una expresión tan ceñida al pensamiento. La frase hermosa se mueve con un ritmo amplio y tranquilo, que algunas imágenes felices le dan vivacidad sin traicionarlo. Estilo admirable, cada vez más escaso en los hombres de ciencia, y que le dió a la *Introducción a la medicina experimental* el doble triunfo de los laboratorios y de los salones: para los hombres cultos era el descubrimiento de un nuevo mundo, para los sabios era una manera de expresar, de una vez por todas, las reglas y consejos de sus propios trabajos.

El éxito del libro fué tan enorme que sus colegas científicos le enviaron un mensaje colectivo y que inspiró a Pasteur, desde las columnas del *Moniteur*, un artículo hermoso de vibrante simpatía. Hasta el enfermo de San Julián llegó el eco de tanta admiración, y refiriéndose en especial al artículo que Pasteur le había consagrado, Claudio Bernard le escribía a un amigo: "Los testimonios de amistad que me llegan me han atado otra vez a la vida y comprendo que sería una torpeza no cuidarme lo bastante como para abandonar a estos amigos que me han hecho tan feliz."

Algunos años atrás, cuando más arreciaban las campañas contra Pasteur, llegó éste profundamente abatido hasta el laboratorio de Claudio Bernard. Desalentado, le contó la milésima infamia de que había sido víctima. Claudio Bernard lo escuchó en silencio y cuando terminó le dijo sonriente tomándolo del brazo: "Sabe usted que padezco de una vieja enfermedad que me exige ciertas curaciones. Esta mañana he soportado dos sondajes. De los médicos que me atendían, uno se ríe de vuestros microbios. Pero vi que, como el otro, se lavaba las manos con cuidado. ¿Cómo puede usted dudar del éxito de una obra que hasta los enemigos deben aprobarla aunque sea en silencio?"

Era Pasteur ahora el que llevaba hasta su lecho de enfermo la confianza en el triunfo, la seguridad en la obra bien construída. Varoniles consuelos, de una limpieza incomparable, que no podrán comprender jamás los que vuelven las espaldas a los ásperos goces de la investigación. Asperos goces que Claudio Bernard ha resumido en esta línea de una belleza perfecta y que he releído ayer en su propio manuscrito, con indecible emoción: "No adoptar jamás una explicación sino después de haber hecho lo posible para destruirla."

FIN

¿QUIÉN LO DIJO?...

Por MAX SABELOTODO

Locuciones, refranes, aforismos y frases célebres desfilan por aquí, proclamando su verdadero origen unas veces, y negando otras, el que les atribuye la versión popular, aceptada con frecuencia hasta por los "eruditos", que los utilizan de segunda mano. No es el deseo de entretener la curiosidad del lector, sino un propósito docente el que ha decidido la incorporación de esta sección a MUNDO ARGENTINO. Quien coleccione esta página podrá disponer de un tratado, tanto más indispensable si se piensa que no existe ninguno de su género en nuestro idioma.



"Cada uno es hijo de sus obras"

ESTE PROVERBIO

data del siglo XVII y pertenece al autor de "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha", Miguel de Cervantes Saavedra.

CERVANTES,

nacido en Alcalá de Henares en 1547, fué soldado en la batalla de Lepanto donde perdió la mano izquierda, y prisionero en Argel durante cinco años. Vivió entregado a penosas ocupaciones para ganarse el sustento y murió de hidropesía a los sesenta y nueve años. El "Don Quijote" que inmortalizó su nombre es uno de los más insignes monumentos literarios de la humanidad.



En la segunda parte de "Don Quijote",

capítulo XXXII, se lee: "A eso puedo decir — respondió don Quijote — que Dulcinea es hija de sus obras y que las virtudes adoban la sangre y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso que un vicioso levantado."



El sentido de este proverbio

es que no hay para el hombre linaje comparable al que se conquista mediante las propias acciones, de tal modo que un príncipe puede convertirse en un villano, si carece de honor y de probidad, y un rústico merece la consideración de un príncipe cuando su conducta es virtuosa.

El gato traidor

(Continuación de la página 51)

cubriera su paradero, y así fueron creciendo y multiplicándose. Cada vez que alguien hacía daño al niño, un ratoncito se subía ya por la pierna de un profesor severo y malo, ya por las polleras de la vieja niñera rezongona y majadera, y dábales tantos mordiscos, que el niño quedaba tranquilo y riendo.

Un día invitaron al niño a visitar la cueva, y éste, cuando entró, se quedó sorprendido. Era una ciudad inmensa, llena de calles, de juguetes, de casas, de golosinas y de niños.

—Aquí — dijo el rey de los ratoncitos — encontrarás cuanto quieras. Este es el premio que damos a los niños que saben querer y respetar a los animales. Los animales son seres inferiores a los hombres, es verdad, pero los hombres no tienen el derecho de mortificarles. Cada vez que un niño defiende y trata bien a un animal, la vida le regala en suerte alguna recompensa.

FIN

Una clase de belleza...

(Continuación de la página 41)

base de los polvos antes de aplicar el maquillage. Este tipo de crema, si se usa bien y se sabe elegirla, protegerá siempre un poco al cutis y reemplazará a los aceites naturales que se hayan agotado.

EL MAQUILLAGE

Ya tenga un cutis seco por naturaleza o que se haya puesto seco por el tiempo, encontrará que el rouge en pasta es el mejor. Debido a la base aceitosa de este rouge, el color se extiende mejor sobre la piel y no forma contraste con el color natural.

Los labios no pueden ignorarse durante esta estación del año. Se agrietan y secan; el lápiz queda como una pasta, dándoles un feo aspecto pintarrajeado. Antes de aplicar el lápiz de los labios use una pomada incolora como base para el lápiz de color. Luego, después de pasar el lápiz sobre los labios, pase otra vez la pomada grasosa para extender bien el color. Use también alguna pomada de noche, antes de retirarse, para que los labios estén al día siguiente preparados para hacer frente a los vientos fríos.

Otra indicación para la hora de retirarse. Lave los ojos con cualquier loción especial para quitar cualquier irritación causada por el viento, que los llena de tierra.

LAS MANOS

¿Tiene las manos rojas y ásperas, y la piel sobre los nudillos dura y agrietada? Entonces será mejor que use una buena crema o pomada y haga un buen masaje sobre la piel. Siempre seque bien las manos después de lavarlas, y luego haga un masaje con su crema o loción favorita. Use esta preparación varias veces al día para impedir que las manos presenten ese aspecto tan desagradable.

Si durante el día, en la oficina o en la escuela, nota que es necesaria una buena limpieza, use una de las nuevas mezclas de cremas que sirven igualmente para el cutis seco como para el grasoso.

Naturalmente, no se puede hacer una verdadera limpieza durante las horas de trabajo, pero el uso de esta crema al mediodía quitará todo el polvo y maquillage y lubricará el cutis.

Observará que una sola aplicación de esta crema limpia muy bien el cutis. Se puede quitar la crema con una loción, pero de lo contrario esta crema no dejará el cutis grasoso.

Antes de salir al viento frío pase un poco de pomada, que no quede pegajosa, sobre la piel de las piernas. El viento fuerte a menudo golpea las polleras contra las piernas enrojeciendo este cutis tan delicado.

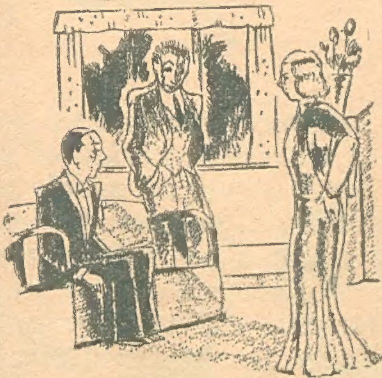
No espere hasta que los aceites naturales se sequen y dejen la piel áspera y agrietada para poner en práctica este tratamiento. Mantenga el cutis del rostro, cuello, manos y piernas suave y fresco. Si ha esperado demasiado tiempo y el viento frío ha comenzado a hacer sus estragos, comience hoy mismo a contrarrestar los efectos.

FIN

El buen humor en nuestros teatros

(DE LOS ULTIMOS ESTRENOS)

Apuntes de nuestro dibujante GINZO



MENDIGO (M. Danesi.) — ¿Sabe usted leer?...
PERICLES (S. Arrieta.) — Soy bachiller.
MENDIGO. — Estoy preguntándole si sabe leer.
De "DIOS SE LO PAGUE", teatro Fémina.



PAULINA (Camila Quiroga.) — ¿Tú has leído "La perfecta casada?...
MATILDE (Nélida Quiroga.) — ¿Qué es eso?... ¿Alguna novela?...
PAULINA. — Ahora, sí.
De "NI AL AMOR NI AL MAR", teatro San Martín.



MARIO (J. G. Castro.) — Pero ¿qué puede haber en nuestra desmedrada clase media? Bien llamada así: media, porque todo es a medias en ella; alimentada a medias, instruída a medias, compadecida a medias y, a medias, rebelde...
De "NI AL AMOR NI AL MAR", teatro San Martín.



GONZALO (M. Caplán.) — ¡Dios creó el mundo y descansó; creó el hombre y descansó; creó a lo moquer, y desde entonces no descansa ni el mundo, ni el hombre ni Dios!...
De "¡QUE FENOMENO EL TURISMO!", teatro Maipo.

Cartas de un argentino que se enoja

Somos un pueblo, no un mercado

Señor Director:

La infructuosa lucha que desde hace unos años sostienen el gobierno y las entidades representativas de nuestra producción para conquistar mercados externos los ha llevado a un descubrimiento maravilloso; les ha hecho comprender que también el pueblo argentino es un mercado capaz de consumir los frutos de su propia tierra. Durante los años de la guerra, cuando Europa nos compraba todo lo que producíamos, bueno o malo, a nadie se le ocurrió pensar si el término medio de la población nacional comía la carne necesaria para constituir una raza fuerte y vigorosa. Y nadie olvida que la carne, el pan y los alimentos todos, como la habitación y los demás artículos de primera necesidad, se fueron por las nubes, a pesar de la sanción de dos o tres leyecitas o providencias demagógicas y endebles destinadas a evitarlo.

Pero empezó la crisis. Los mercados extranjeros, nuestros tradicionales clientes, empezaron a rechazar los productos nacionales. El gobierno nacional, con tesón realmente plausible, se empeñó en franquear las barreras aduaneras que las naciones interponían al comercio de exportación. Trató de impedir que los clientes se nos fueran; se esforzó, no siempre con el mismo acierto, en conseguir compradores nuevos. Las entidades representativas de los productores, como era lógico, lo secundaron entusiastamente. Mas los resultados no correspondieron a los desvelos. Comenzó a sobrar la carne, el trigo, el vino, la manteca, la lana, la fruta. Y fué entonces cuando el gobierno y los productores pensaron en que esos productos podían ser consumidos en el mismo país. Fué entonces cuando descubrieron el mercado interno.

Descubrieron el mercado interno y se lanzaron precipitadamente a conquistarlo. ¿No era, acaso, absurdo que una población carnívora como la de la República Argentina comiese tan poca carne? Y llovieron estudios, conferencias y estadísticas destinados a estimular el consumo de carne. La manteca, por ventura, ¿no constituía uno de los mejores alimentos del hombre? ¿Qué razones podían existir para que en nuestro país, de tan grande y buena producción lechera, cada habitante consumiera un porciento de manteca tan sensiblemente inferior al que consumen los habitantes de Nueva Zelandia y Australia? Era necesario que todos untásemos nuestro pan con manteca. Nos lo dijeron en todas las formas imaginables. ¿No declaró Pasteur que el vino es uno de los alimentos esenciales del hombre? Había que tomar más vino.

En fin, no creo necesario insistir en los ejemplos. Con cada uno de los productos que no podían colocarse en el extranjero se ensayó una intensa campaña de propaganda dentro del país. Había que conquistar el mercado interno. Tales campañas pusieron en evidencia, sin duda, algo que no debía haber sorprendido ni a los productores ni al gobierno. Pusieron en evidencia que nuestro pueblo, a pesar de su decantada riqueza material, es un pueblo mal alimentado. O por lo menos un pueblo peor alimentado que la mayoría de los pueblos civilizados de Europa. Lo lamentable es que sólo hayamos sido capaces de descubrirlo cuando, abarrotados de producción, buscábamos afanosamente mercados para colocarla. Lo lamentable es que una verdad tan dolorosa la hayamos descubierto como comerciantes, no como argentinos. Que no hayamos sido capaces de descubrir, antes que el posible mercado consumidor, el pueblo mal alimentado. ¿Es que como pueblo, en sí, el argentino no preocupó a nuestras autoridades? ¿Son éstas, acaso, simplemente representantes de los productores?

No constituye una novedad para los que conocen el país que el pueblo argentino, a pesar de las eternas loas a nuestra prosperidad, no es un pueblo bien alimentado. En una serie de documentados estudios, el doctor Escudero lo ha demostrado hace poco. La incorporación anual de ciudadanos al servicio militar, principalmente en las regiones militares que corresponden a las llamadas provincias pobres, también sugiere elocuentemente algo de eso. Basta, por otra parte, recorrer ciertas líneas férreas del Norte para palparlo en las estaciones del trayecto, donde mujeres, hombres y niños famélicos tienden las manos ansiosas a los pasajeros del coche restaurante para pedir un mendrugo; donde los perros llegan a comerse la grasa de los ejes del tren. No constituye una novedad, pero el gobierno sólo parece haberla descubierto por causa del exceso de productos. Ha pensado antes en el mercado que en el pueblo.

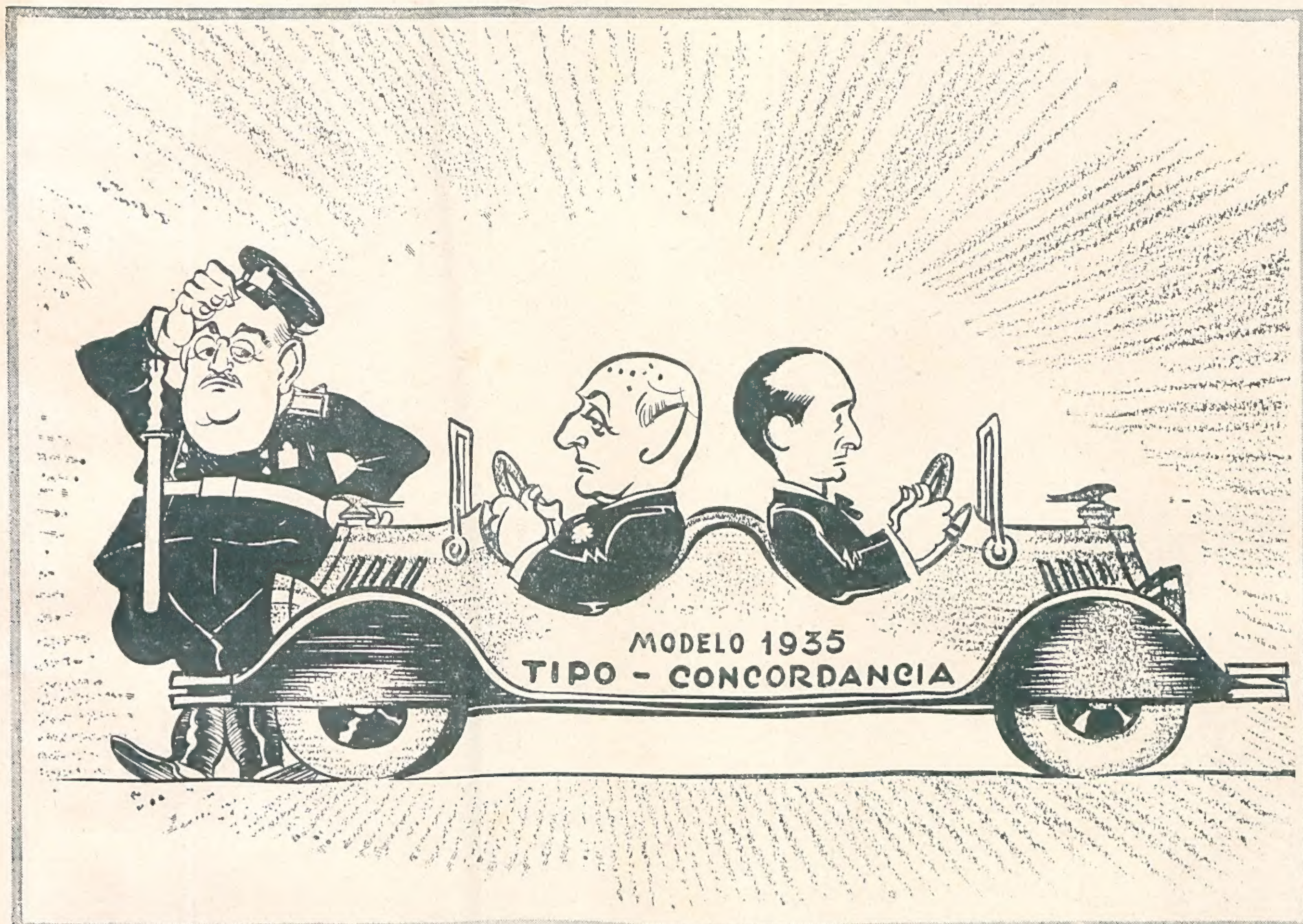
¿Y qué solución, finalmente, se le ha dado al problema? Una solución completamente pueril: hacer propaganda para que se consuman en mayor escala los productos que sobraban. ¿No se le ha ocurrido al gobierno pensar que si el pueblo no come más carne y más fruta, verbigracia, no es simplemente por capricho gastronómico? ¿No resultaría más eficaz, en vez de hacer propaganda, tratar incansablemente de levantar el nivel de vida argentino — no el nivel de vida de la capital, que parece ser lo único que preocupa a los poderes públicos — hasta permitir que todos los pobladores de este país pudiesen proporcionarse una alimentación adecuada? Y, además, es o sería un gran negocio para los productores. Es notorio que los Estados Unidos llegaron a ser una gran nación, económicamente, por causa de su gran mercado interno. Pero los norteamericanos no pensaron en el mercado interno, como nosotros, sino en el pueblo, que debe ser anterior a toda preocupación comercial.

Argentino D. Veras

Mundo Argentino EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES
Dirección y Redacción: RIO DE JANEIRO 300 — U. T. 60, Caballito 1020-29



El ESPEJO de la OPINION PUBLICA en el PAIS y en el EXTRANJERO



BALANCE DE LA POLITICA MUNDIAL

(1) **Los ministros del Interior y de Hacienda de la nación persiguen dos fines políticos casi opuestos dentro del gabinete.** El doctor Melo desea fortalecer el radicalismo impersonalista, mientras que el doctor Pinedo encarna la nueva Concordancia netamente conservadora. Frente a criterios tan dispares, es difícil que el P. E. siga una línea política definida.

(2) El presidente Roosevelt acusó a los grandes capitalistas de haber provocado la crisis en la Unión con su insaciable codicia. Después de dos años de desesperados esfuerzos por combatir la desocupación, **éstos responden que es ahora el gobierno, con sus fantásticas erogaciones fiscales en sostén de sus planes de reconstrucción, el que devora la riqueza nacional.**

(3) La visita del comisionado británico, Mr. Anthony Eden, a Rusia, señala una etapa en las relaciones anglorrusas, al producir **un entendimiento entre Londres y Moscú sobre el desarme y los pactos de seguridad, que resucita, en parte, la antigua Entente entre ambos países.**

(4) **Todos los estadistas se declaran entusiastas partidarios de la paz y de la concordia entre los pueblos, pero mientras tanto se gastan enormes sumas en armamentos, y la guerra se prepara como si fuera inevitable.**

(5) Los ex aliados, viéndose confrontados con una Alemania agresiva y dispuesta a borrar las consecuencias de su derrota en 1918, **cargan sobre los hombros de Hitler la responsabilidad de los acontecimientos provocados por su política reivindicatoria.**

REPUBLICA ARGENTINA

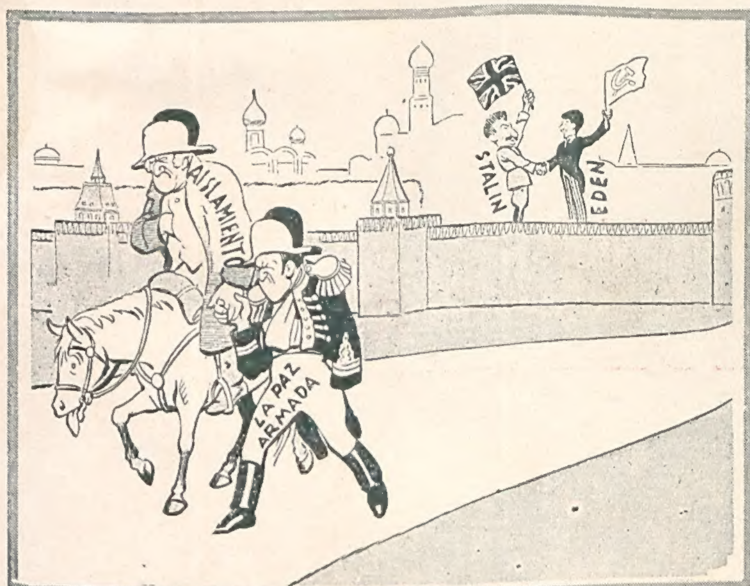
1 **Justo. — ¿Cómo podré dirigir el tráfico con semejantes vehículos?**



ESTADOS UNIDOS

2 **Los propósitos serán mejores, pero el consumo es el mismo.**

(De "Saturday Evening Post")



3 **LAS RELACIONES ANGLORRUSAS**

La retirada de Moscú, 1935.

(De "Daily Dispatch")



4 **EL ARMAMENTISMO**

La pobrecita. — Todos me escriben que me adoran.

La otra. — Pero las alhajas me las dan a mí.



5 **LA ENCRUCIJADA**

"Estoy en tus manos."

(De "Daily Herald")

Impreso en los talleres graficos de la Empresa Editorial Haynes Lda., S. A.